

V

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

SALVADOR RUEDA



el susano de luz

v

SALVADOR RUEDA
el gusano de Luz
NOVELA ANDALUZA

Edición, prólogo y notas
de María Isabel Jiménez Morales

[el autor]

Salvador Rueda Santos, periodista y poeta, nace en el caserío de Benaque, Málaga, el 3 de diciembre de 1857, en el seno de una modesta familia de labradores. Al fallecer su padre, decide trasladarse a Málaga, donde, además de ejercer una gran variedad de trabajos, colabora en *El Mediodía*, diario dirigido por Narciso Díaz de Escovar, quien, desde entonces, se convertirá en su mentor y amigo. Con 23 años, edita su primer libro de poemas: *Reglones cortos* y redacta su poema 'Arcanos', que lo dedica a Gaspar Núñez de Arce, poeta y posteriormente Ministro de Ultramar, el cual, agradecido, le proporciona su primer trabajo serio y bien remunerado en *La Gaceta de Madrid*, siendo allí, en la capital, donde inicia su etapa más brillante que se prolongará durante casi cuatro décadas. Precursor del Modernismo, en 1892 da a conocer en España, con motivo de su visita, a Rubén Darío, con el que mantendrá una estrecha amistad que, no obstante, acabará tornándose difícil. En 1906, tras el fallecimiento de su madre, marcha a Alicante y se refugia en la Isla de Tabarca, su *nuevo paraíso*, siendo en esta época cuando realiza su periplo por Hispanoamérica: cinco viajes transoceánicos que culminarán en 1910 siendo laureado como poeta de la raza en el Gran Teatro de la Habana. Nombrado en 1911 "Hijo Adoptivo" de Málaga, en 1919 decide regresar a su ciudad natal, dirigiendo la Biblioteca Pública Provincial hasta su jubilación. Muere modestamente el 1 de abril de 1933. Salvador Rueda figura, con todo derecho, en la casi totalidad de las antologías poéticas españolas contemporáneas. Escritor muy fecundo, es autor de idilios poéticos y obras teatrales, así como de novelas y relatos costumbristas de ambiente andaluz, gracias a los cuales llegó a ser comparado por Manuel Machado con los mejores escritores de su época, como Benavente, Sawa y Valle Inclán.

[la obra]

Publicada en 1889, *El gusano de luz*, su primera novela andaluza, escandaliza a la crítica más puritana por ser considerada, en palabras de Pereda, una “novela pornográfica de la peor especie”. En ella se narra el proceso de enamoramiento que experimentan Concha, de quince años, y su tío Sebastián, de más de cincuenta. Desde el primer instante, tío y sobrina sentirán, sin saberlo, una atracción mutua que, paulatinamente, se desbordará en una pasión incontrolable... En la novela, la joven protagonista, que va a pasar una temporada al cortijo de su tío, conoce unas costumbres que le cautivarán, lo que aprovechará el autor para dibujar escenas de sabor tan andaluz como las fiestas en los lagares, la trilla, la elaboración del gazpacho, las formas de cortejar de los campesinos, la buenaventura o la cencerrada, escenas que hoy nos complacen por su componente pintoresco y emotivo. Salvador Rueda concluye esta novela en Sevilla, en abril de 1888, y a lo largo de todo ese año intenta editarla precedida de una carta o prefacio de algún autor consagrado, para lo cual la envía, al menos, a Pereda, Valera, Clarín y Menéndez Pelayo. Pero, pese a los intentos del joven escritor, *El gusano de luz* se acabará publicando sin prólogo, consiguiendo que aquellas opiniones, además, lo desvíen de la moderna trayectoria narrativa por la que había tomado partido cuando la escribió. Estamos, por tanto, ante la mejor de sus tres novelas andaluzas, la que ha merecido más estudios críticos y reediciones, con un mayor mestizaje literario y una mejor construcción narrativa, muestra de su peculiar estilo altamente poético, cuidado y colorista.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© 2012 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© edición al cuidado y posfacio: María Isabel Jiménez Morales

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-113-1

D.L.: GR-1796-2012

Ilustración de cubierta: : *Paquilla*. José María Rodríguez Acosta, 1912. Colección
"particular, Granada.

índice

EL GUSANO DE LUZ	9
NOTAS	193
POSFACIO	
<i>EL GUSANO DE LUZ</i> Y LOS INICIOS DE UN NOVELISTA MARÍA ISABEL JIMÉNEZ MORALES	197

I

EL DESAYUNO

Esperando a que la incierta luz de la mañana entre en hilos de claridad por las hendiduras de la puerta que da al campo, uno de los gatos del cortijo está en perspicaz acecho, con las dos manos extendidas hacia adelante, y la cabeza algo agachada, lo mismo que si se hallara a la vista de algún fugitivo ratón.

Esta vez no espera, sin embargo, echar las uñas a su víctima, sino que, por el contrario, aguarda *la venida de la rosada aurora*, porque con ella arriba al cortijo la solícita *despensera*, cargada con todos los artículos que han de hacer falta durante el día.

Entre ellos, clara es la cosa, viene la deseada cordilla de los gatos, y aquí acaba de explicarse que solo por el interés es por lo que el más antiguo de los vigilantes de rincones del cortijo está como cosido a la puerta, no haciendo otro movimiento que el de sacudir repentinamente de vez en cuando una de sus orejas, como si al llegar a ellas otro rumor que no fuera el de los pasos de la mujer, lo lanzara, molesto, de su oído.

A alguna distancia del animal hállanse apostados, acá y allá, sus demás compañeros, agazapados en la misma actitud. Y es cosa de observar, entre las profundas tinieblas de la casa, las redondas esferas de sus ojos, que, sin saberse de dónde reciben la luz, brillan azuladas o verdes, como piedras de fina transparencia.

El espacio negro de la estancia se halla impregnado de suaves olores campestres que se unen y entrelazan en agradable armonía, como se enlazan unos a otros los motivos de una obra musical.

Escudriñando con el olfato podríase dar, mediante una instintiva marcha de curvas y ángulos, bien con el pajar, donde exhala su particular aroma la paja; bien con la campana de la chimenea, donde está la caña de morcillas como sarta de negros dogales; o bien con el local destinado a los frutos, donde, al entrar, se entonan y vigorizan los nervios, que insensiblemente pasan recado al apetito.

La luz de un candil que alumbrara de pronto la estancia haría aparecer ante los ojos, de manera tan confusa como poética, los instrumentos de labranza colocados a un lado y otro de la cocina, las vasijas de pleita encajadas unas en otras y alzándose en guarnicionada torre a un extremo, las jaulas de perdiz enclavadas en el muro con sus mustios restos de hojas picadas y todos los detalles que adornan la vivienda de un buen cortijero, como bueno es el taciturno tío Sebastián, que durante el día bulle por toda la casa, dándole más acentuado carácter.

Ahora, sopla por un lado de la boca, acostado en el colchón de lanas de su rebaño, y Dios sabe en qué sueña, pues, muy del otro lado de los bríos que trae consigo la juventud, sin familia que le moleste, y bien repletas las arcas y las trojes, no viene a solicitar su atención nada que no sea sosegado y tranquilo, como sosegado es su carácter, y tranquilas y morigeradas sus costumbres.

En habitación lejana a la en que duerme el santo varón, disfruta también de sus visiones psicológicas la honrada y hacendosa Antonia, criada del tío Sebastián, que, puesta también por los años fuera de los tiros del amor, entiende en los asuntos de la casa y se entrega por entero a sus quehaceres, con acierto que corre parejas con su pulcritud.

Al fin, por la línea azul del mar que en curva perezosa rodea el extenso paisaje donde se halla enclavado el cortijo, asoma la temerosa luz del día como apocada muchacha que en sus quince abriles asoma a las primeras visitas, y toda la llanura de la playa, las laderas sembradas de vides e higueras, las huertas de cañas de azúcar y los festones de olivos y naranjos, empiezan a esbozarse sobre el cuadro de la naturaleza y llenan la impalpable gasa que los envuelve de agitados puntos luminosos, entre cuyos remolinos asoman sus copas atrevidas las palmeras y las torres de la lejana capital.

Antonia despierta entonces con exactitud de cronómetro, que tal se la ha ido fijando la costumbre, y a tientas coge la caja de los fósforos de debajo de la almohada y forma para encender ese rumor que no puede confundirse con otro alguno, ni aun con el *zarzalear*¹ de los ratones; y, hecha que es la luz en su mano, va en dirección del candil, hundiéndose en los golfos de tinieblas y viendo anaranjado y orlado de iris el resplandor, a causa de la suave congestión del sueño.

Trasmitida la luz a la mecha, que se halla endurecida por los restos de la última combustión, coge el candil en una mano y se desliza de puntillas para no despertar al dueño, yendo en dirección de la puerta del campo, con gran contentamiento de los gatos, que de diferentes puntos salen en dirección de ella, alzando la cola y dando mallidos cariñosos.

El cerrojo despereza sus goznes, haciendo a modo de ruidosos bostezos; descórrese la inflexible tranca y, sacudidas por Antonia las hojas de la puerta, bien como si llamara a una persona dormida, ábrese a la luz del día la casa, y el primer rayo

de sol va a dar en el fondo de los brillantes peroles de la chimenea, que lucen al pronto como los abandonados instrumentos de una banda de música.

En el mismo escalón de la puerta se dan los amigables buenos días el perro vigilante que anhela entrar en la casa y los gatos, ansiosos de salir.

Antonia, apagada la luz del candil, cuya llama no luce ya en medio de la del sol, empieza sus primeros quehaceres y se peina y lava sentada frente a una silla, que sostiene, además del espejo, otros requisitos de tocador.

No bien ha terminado su *rodete* y ha dado fin a su aseo, cuando la despensera asoma por la vereda de delante de la casa: en las cabezadas de los toldos la aguardan impacientes los gatos, componiendo una original sinfonía de distintas voces.

Llega la mujer con su enorme cesto, lo coloca encima del rebellín² y, cambiando su saludo con Antonia, va pidiendo a esta la lista de los artículos que desea, dejándose ambas cercar por la legión ruidosa de los gatos.

Pero como con tanto mallido se hace imposible la conversación entre las dos mujeres, pide Antonia la ración de cordilla. Y lo mismo es cogerla en sus manos y preparar el cuchillo que ponerse todos los animales a dar saltos y cabriolas en torno de ella, tirándole alguno del vestido de esa manera inteligente que significa tanto como decir «aquí estoy yo».

La primera ración va por derecho de antigüedad al *gatazo*, bisabuelo de los demás gatos, que, a semejanza de una persona, gruñe y pone los bigotes de punta cuando coge la tajada.

Pronto los otros se empinan con extraña agilidad para coger la suya respectiva y enarcan después el lomo en actitud de defensa para en caso de ataque intempestivo.

La despensera se ríe instintivamente del egoísmo de los animales y, guiada por un desconocido impulso, se pone de parte de alguno de ellos, que ansía salga victorioso en la batalla.

Esta se traba por fin al caer en el suelo una succulenta tajada, que, ansiándola para sí todos a un mismo tiempo, se arrojan bufando sobre ella para clavarle las uñas, como antes le han clavado los ojos.

¡Buena se arma entonces en la explanada! Dos gatos la cogen, cada uno por un lado, y, rodeados de los demás, se miran de reojo, casi juntas las cabezas, iniciando leves *gruñidos* que son como los truenos de lejana tempestad. Por no ser menos otro felino, clava también el diente en un lado libre de la presa, y ya son seis ojos los que se miran de soslayo echándose su furor unos a otros como pelota que salta sobre diversos planos; hasta que, por intervenir los restantes, según pueden hacerlo, en la pieza de cordilla, queda planteado el combate y a punto de romperse el fuego, que esta vez tiene que salir forzosamente de las uñas.

—¡*Miau!* —dice uno con furia reconcentrada, como aquel que va a tirar por medio de los trigos.

—¡*Miau!* —añade otro, que por su acento se comprende no ha de soltarla.

—¡*Miau!* —sigue un tercero, y se queda tremando la nota, como cantante que hace una agilidad de garganta.

Y dadas estas señales de aviso que son como el argumentar de cada uno, pasan a los hechos de fuerza, y sin más anunciarse con frases de suavidad,

—¡¡*Ramamiáu!!* —grita el que expuso primero sus razones, dando un fiero tironazo a la cordilla.

—¡¡*Ramamiáu!*! —exclama con más fuerza el segundo, arrojando una manotada a su contrario.

—¡¡*Ra-ma-ma-miáu!*! —dice definitivamente el tercero, dando relieve trágico a su papel, y arrastrando tras de sí el racimo de gatos con una extraordinaria fuerza de mandíbulas.

Entonces es una horrible batahola la que se arma: los arañazos, los quejidos lastimeros, y el soplar y el erizarse de los lomos forman el más raro desbarajuste que pudo soñar ningún maestro antes de comenzar su partitura.

Pero en esto llega el perro al lugar de la disputa, planta solemnemente la mano sobre la tajada, dispérsanse los gatos como un puñado de moscas y, adoptando una postura de león, empieza a engullirse filosóficamente la tajada.

El día, en tanto, acaba de llenarlo todo de claridades. En las casas vecinas al cortijo, donde se instalan pastores y sirvientes del tío Sebastián, recobra todo vida y movimiento, y empiezan las tareas del día entre los cantos alegres de los zagales.

El viejo sale entonces con los ojos hinchados de sueño a la puerta que da al campo; siéntase en cómoda silla al lado del umbral, desde donde va echando puñados de menuda cebada a las gallinas; hace luego su primer cigarro que se fuma a la luz apacible del sol, y, cuando ha terminado todas estas faenas, aparece Antonia ante él con un vaso de leche recién ordeñada y tibia, cuyo calor y *tiroteo de espuma* llegan agradablemente a la tez y a los oídos del hombre, abismándole en una especie de voluptuosa pereza.

Luego se retira de los vivos rayos del sol, y, colocado dentro de la casa, quédase mirando la túnica vaporosa de la niebla, hecha infinitos jirones sobre el paisaje, y la atmósfera impregnada de una polvareda de luz y oro donde las moléculas bailan en libertad la esplendorosa danza matutina.

II

MONÓLOGO

Retírese el tío Sebastián dentro de la casa y, así que el sabroso alimento reanimó un tanto su espíritu, tomó una cómoda postura en la silla. Y a la vista de aquel florecer de la naturaleza, que, al mismo tiempo que granaba los racimos, poblaba de pájaros las arboledas, empezó a hacer su primer monólogo del día y dijo calladamente para sus adentros:

—«Buen ver tiene este año la cosecha: las tierras sorbieron el agua, como esponja, durante las primeras lluvias, y ya no queda tallo sin retoño ni árbol sin su relevo de ramas nuevas. Mala cosecha la pasada, peor aún la anterior y lo mismo las que le antecedieron, la que ahora dice «aquí vengo» parece que va a desquitarse con creces de las anteriores. Buena falta hace, pues, aunque ni el dinero ni la abundancia se echaron de menos, los gastos del cortijo subieron a mucho, y contra la gula debe estar la templanza; así como tras del tener, la caridad. Buenamente pensando, no es regular convertirse uno todo en ramas para dar sombra a cuantos se le arrimen; pero ¡qué se va a hacer con los que nos quieren, sino corresponder con lo

que Dios nos dio para poder espantar la miseria! A nadie tengo que dar cuenta de mis acciones; nadie hay tampoco de mi familia que necesite de mí, pues mi hermano Andrés posee cuanto le hace falta para los suyos, y con esto pare usted de contar de parientes. Por otra parte, las pjaras de cabras dan leche para surtir al pueblo vecino y aportan a la casa buenas monedas; las ovejas echan lana *si Dios tiene qué*; los *frutales*, por mala que venga la cosecha de uvas, cumplen como deben; y las crías de cerdo alargan, por la buena, lo bastante para salir bien de gastos imprevistos. Con esto, y con que arribe lozana la cosecha de este año, que mucho granizo ha de caer o sale bien de racimos, el cortijo se redondea, como quien dice, y hace frente a los gastos y socaliñas para que bien recibamos nochebuena.»

Y siguiendo el viejo en su monólogo del cántaro inmortal de la lechera, añade después que ha hecho un cambio de postura en la silla:

—«Luego, esto se alegrará con la venida de ese pimpollo de sobrina que me anuncia mi hermano, la cual parece que anda maleja y desgana. No acostumbrado a otra compañía que a la de los pastores y gente de campo, me dará alegría ver su palmito distinguido y sus aires de encumbrada persona; porque, eso sí, la tal sobrina debe de ser todo un fino primor, porque así lo dice la gente que de allá viene, y así lo repite mi hermano en su carta.»

Aquí, sin darse cuenta de ello, el tío Sebastián rompe la serie de cruces que tiene formadas con los dedos y mete una mano en su bolsillo buscando la carta mencionada.

La desdobra con toda parsimonia y lee sin pronunciar palabra, con signos de complacencia en el rostro:

«Mi querido hermano Sebastián. Ya sabes por otras mías que tu sobrina no me gusta cómo anda de salud, a pesar de que nada tiene que quiera ser grave ni lo

pretenda; mas, como no se robustece lo que debiera y el paso por donde va (tiene quince años) es, además de delicado, propenso a la tristeza, he pensado que, mandándotela algunos meses, quizás con la sana vida del campo acabe de hacerse mariposa. Te advierto que por el capullo ya se adivina lo linda que ha de ser la flor, y conviene cuidarla con esmero y atenderla como necesita. Tú vives completamente separado de familia, no has visto tampoco desde hace mucho tiempo al *Gusano de luz*, como aquí llama la gente a tu sobrina, fundándose en lo mucho que le brillan los ojos, y esto irá a alegrar en algo tu soledad de viudo impenitente, que a fe te juro nunca te envidiaré. Así, ya sabes que el día que menos nos esperes asomamos por ahí tu sobrina y yo, y te quedarás con ella hasta que se robustezca por completo.

¡Ah! Te advierto que no sé si Concha tiene novio, a pesar de sus pocos años, y si esta es la causa de su tristeza. Indaga tú de buena manera lo que haya y dale saludables consejos como sabes. Adiós, hasta la vista. Tu hermano que te quiere. Andrés.»

—¡Novio, y según dice su padre todavía no ha salido del cascarón! —dice el tío Sebastián, guardándose otra vez la carta en el bolsillo—. Pero eso no debe ser cierto, porque esas cosas poco tiempo suelen andar ocultas. De cualquier manera que sea, yo indagaré si tiene quien la ronde y le haga carantoñas, y veremos qué casta de pájaro es, y si resulta persona que cuenta con fortuna para sostener una familia. La mujer, familia quiere, y mi sobrina no es bien que corra mi misma suerte. Lo malo será que, si hay algo de cierto, con estas y con otras, la muchacha dé en el desmejoramiento y se pase los días en claro, cavila que cavila, sin pensar en nada, y su naturaleza no rompa con todo brío. A bien que para eso está aquí su tío, que mirará por ella; y, mucho me engaño, o con fortuna he de sacarla adelante, así Dios me dé su santa gloria. Pero lo que siento es no ser ya padre, siquiera sea de *mentira*, para tratarla con todo amor y cariño.

E instintivamente, el viejo se revuelve en la silla y mira de un lado para otro, como buscando los invisibles seres de una familia.

La viva reverberación del sol, que del suelo alza a modo de un anaranjado nimbo, llena de resplandores la casa, hace resaltar lo limpio de los peroles, arranca a la cristalería del vasar enérgicos haces de rayos y promete un día caluroso, en que han de dar un buen paso hacia adelante las plantas y los frutos.

El viejo, alumbrado hasta en los surcos de sus arrugas por la poderosa luz del astro, queda como envuelto en un suave y arrebolado incendio; y sorprendido de esta manera voy a describir en varios rasgos su semblante, para que se vea lo que es un acabado ejemplar en clase de ricos y bien acomodados cortijeros.

La persona del viejo da principio por una aseada calva, orlada de cabello, tan así cano como así negro; sigue a la calva una frente llena de claridad y de blancura, más parecida a frente de hombre delicado que piensa, que de labriego; arranca bajo ella una nariz rosada y aguileña, airosamente encorvada sobre un bigote canoso y recortado con pulcritud; hacen compañía a la nariz unos ojos dulces y de mansa expresión donde las negras pestañas se juntan en apretados hacecillos que dan algo de incitante y sensual a la mirada, y cuando alguna, muy escasa vez, se sonrío, su semblante se envuelve en una expresión tal de sinceridad, y hasta diremos de honrada franqueza, que no hay más remedio que rendir parias y decir: «este es un hombre a carta cabal».

Con semejante porte, el tío Sebastián se hace respetar en el cortijo como si tuviera la amenazadora presencia de un Goliat, y no necesita de más aditamentos para ser enérgico, cuando viene al caso, y para mostrarse adusto a toda hora, aunque por dentro se conozca que es bueno como el mismísimo pan de flor.

Hay que decir en honor suyo que jamás se le vino nadie encima por hombre que fuese, y que él en su casa es el amo, sin que nadie se atreva a *rechistar*.

Dulce generalmente, compasivo hasta en sus momentos de furor, nada tacaño para los que le rodean, y siempre dispuesto al bien y a la caridad, el tío Sebastián no tendría *pero* al decir de la gente del contorno, si a su lado hubiera lo que completa y da carácter y alegría a un hogar, a saber: tres o cuatro muchachos que despertaran los ecos de los rincones y una mujer merecedora de varón tan lleno de mansedumbre.

Pero a eso, después de su ya lejanísimo matrimonio, se opuso siempre el hombre y, detrás de las correrías de su juventud, vino a vivir sobre lo suyo, apartado completamente de familia. Y así piensa morir con su ya considerable caudal de años, que pasan de los cincuenta, sin que nada ambicione sino reposar y luego morir, semejante a las flores que, una vez marchitas y secas por el sol, doblan humildemente la cabeza sobre el tallo.

III

AL RUMOR DEL AGUA

Antonia, una vez que hubo terminado las tareas del almuerzo y puesto la mesa en medio de la cocina, que era, como en todas las casas de campo andaluzas, el *estrado* del cortijo, se acercó al tío Sebastián, sacándole de sus abstracciones, y con aquel respeto mezclado de cariño con que siempre le hablaba.

—Señor Sebastián —le dijo—, el almuerzo está en la mesa.

Vino en sí el viejo a la voz de la sirvienta, pasado un instante en que no supo dónde se hallaba. Arrastró luego con una mano la misma silla que le sostenía y se colocó en uno de los frentes de la mesa, sentándose Antonia en el del lado opuesto, cosa a que se había hecho acreedora por su antigüedad en el cortijo y por su conducta en el fiel cumplimiento de sus deberes. No habrá de extrañarse este rasgo de franqueza, si se tiene en cuenta la tradición, en todo cortijo noble y rico, de conceder tales privilegios a la persona que logra crearse un puesto de consideración en la familia.

Antonia, pues, se sentó frente a frente del cortijero con aquel aire de respeto que saben adoptar las personas que conocen los favores que se les dispensan y ambos metieron la cuchara, primero el tío Sebastián y luego ella, en la fuente de *sopas de la olla*, que, con sus hojas de *yerbabuena*, esparcidas sobre el líquido, exhalaba un vapor oloroso y confortable que se desvanecía no bien se alzaba una cuarta del plato colocado sobre la mesa.

Solíase poner esta en tiempo de verano entre la puerta principal de la casa y otra que caía al lado opuesto y daba sobre el campo. Así es que, a izquierda y derecha de ambas personas, se veían dos amplios paisajes, uno limitado por la curva de mar, enteramente azul, que circundaba la costa; y otro cuyo término cerraban sierras abruptas, que detrás de valles y colinas lanzaban sus crestas a las nubes.

Era la sirvienta del cortijo mujer que a ninguna clase de trabajo le temía y que, sin ser lo que suele llamarse hombruna, tenía bien amarradas las enaguas, y no podía cualquiera írsele, en punto a carácter, a las manos, porque metía el resuello para adentro al más pintado y se hacía respetar de pastores y sirvientes, usando de su derecho a ser considerada como de la familia.

Únicamente con el viejo daba su brazo a torcer, y no por estudiada hipocresía o por consideraciones a quien le suministraba el pan de cada día, sino porque realmente tenía cariño y respeto al santo varón, y lo primero que se apuntaba en la frente cada mañana al levantarse era el siguiente precepto, que ella incluía entre los mandamientos de la ley: «lo primero, no disgustar al amo».

Pero, hecha esta salvedad, con que correspondía, sin proponérselo, a la merced que en el cortijo se le dispensaba, cualquiera podía ir a imponerse a la mujer sin que del primer bufido lo echara patas arriba y no le valiera argüir en su favor, ni venir con quejas y furores.

Hecho el *repente*, como ella decía, hecho se quedaba; y no había quien viniera a desfacer el entuerto.

Tuvo Antonia en sus mocedades un excelente palmito, que en diversas ocasiones se disputaron a guitarrazos los mozos de las parrandas, quienes pasaban por conocer la nata y flor de los rostros bonitos y graciosos; pero Antonia dijo a todos «¡arre allá!» sin que lograra satisfacerle ninguno. Y vino a casarse a la postre con aquel que jamás le cantó una copla, ni hizo sonar una cuerda a su ventana, ni tampoco la entretuvo con carantoñas, cosas a que se entrega todo el que en enamoramientos se entromete.

El convenio entre ambas personas fue cuestión de golpe y porrazo, o *de chaparrón*, si se quiere. Vio Cleto un día en la fuente a la que había de ser su mujer, la cual llenaba con el caldero su cántaro, sin que el chorro de agua, compacto y uniforme, se desviara un punto de la boca de la vasija; miró la franca y expresiva belleza de su rostro, contempló la armonía vibradora de todo su ser y, sin acordarse para nada de la escena de Rebeca en la fuente³, le dijo de tú por tú poniendo buena porción de miel en las palabras:

—Antonia, ¿quieres casarte conmigo?

Y la mujer, que no esperaba semejante trabucazo, desvió sin querer el chorro de agua; partiose este en mil hebras sobre el asa del cántaro, y el espurreado líquido fue a mojar alegremente el vestido de Cleto.

—¡Válgame Dios y qué mal me quieres —repuso entonces el mozo—, cuando *entavía* no te he dicho buenos ojos tienes, y ya me has echao el chorro de agua fría!

—No, hombre, no he querido mojar te —se apresuró a decir ella, encauzando otra vez el arco de cristal—: es que como me ha cogido la noticia tan *de sopetón*...

—¿De sopetón? Pues a bien que no la he tenío pocos días prepara, queriendo salirse como pájaro a probar el vuelo. Si de esa manera espantas mis ideas...

—¡Qué cosas tienes, hombre!

—¡Qué cosas tienes! —añadió dando puntadas al respunte el mozo, que siempre cogía las últimas palabras de su interlocutora para poder seguir hablando—. Lo que yo tengo es un cariño verdaero, y por eso quiero ser claro como el agua.

—Pero, ¿quién me asegura a mí que es cierto lo que dices?

—¿Que quién te lo asegura? Pos mi emoción mesma, Antonia. ¿Te paece a ti que no *enfluye* estar un día y otro viéndote, y sujetando la pregunta que a vez quie salir?

—Pero eso no basta con decirlo, porque mira tú cuántas cosas salen del revés.

—Esta, te aseguro, Antonia, que siempre estará del derecho. Conque, si tú me quieres, dímelo; y trae, mientras, el caldero, que no quio que te dobres por la cintura.

Y diciendo y haciendo, Cleto arrebató el caldero de manos de la moza, que, accediendo a la galantería, se puso a mirar la agilidad con que el hombre sacaba el agua de la fuente y la introducía en forma de cristalino ramal dentro del cántaro.

—No enmuescas, Antonia, porque me veas con la caeza gacha, que, aunque tengo puestos los ojos en el agua, tengo el oío colgao de ti.

—Pues lo que te digo, Cleto, ya que te empeñas, es que estaré, antes de contes-tarte, algún tiempo viendo cómo te portas.

—Eso es, a la espetativa; pero ya verás cómo no jayas achaque. ¿Te parece a ti que, habiéndote querido tanto en secreto, iba ahora a jacerlo mal cuando lo sabes?

Al llegar a este punto, el cántaro se coronó, lleno de líquido, de un penacho de burbujas rumorosas que corrieron por las paredes de la vasija.

Cleto, una vez que hubo terminado, arrolló con arte la cuerda del caldero; echose de una manotada al hombro la vasija de barro, y Antonia tuvo por primera vez en su vida quien le llevara el cántaro de la fuente.

Al poco tiempo eran marido y mujer, y el trabajo de Cleto producía para cubrir, aunque con dificultades, sus atenciones.

No se abrió flor alguna en el vaso donde una y otro pusieron sus amores. Pasado algún tiempo, en que apenas si Antonia pudo gozar de su matrimonio, murió el desdichado Cleto, y entonces fue cuando el tío Sebastián tomó a la mujer de sir-viente, no habiendo esta mudado de colocación desde el momento mismo en que entró al servicio del cortijero.

Antonia, como muchas mujeres de Andalucía, que suelen parecer volubles y ca-prichosas, guardó fe inquebrantable a su esposo con una entereza de carácter in-creíble. Y allá en el fondo de su alma le alzó como a modo de un santuario, donde solo penetraba, en actitud de orar, su pensamiento, con la pureza de un rayo de sol sobre la nieve.

IV

ARRE, BURRO

En Higuera, pueblo de D. Andrés, el hermano del cortijero, notábase muy de mañana, en el corral de una casa, trasiego de varias personas que iban y venían en torno de dos lucidos jumentos: uno, a cuyos lomos poníanse las jamugas donde había de ir encajada una mujer, y otro que cinchaba un solícito sirviente metiéndole una de las rodillas en la panza, en el cual iría cómodamente montado un propietario de pueblo, hombre como hasta de cincuenta años, alto, enjuto, naturalmente distinguido, excalcalde hacía tiempo del lugar y, finalmente, padre de la desmejorada Concha, que no otra que ella era la que había de ser conducida al cortijo, como tampoco era otro que D. Andrés, su padre, quien, en compañía de un hombre conocedor del terreno, llevaría su hija cerca y bajo la vigilancia de su hermano.

La escasa luz del cielo y la del candil, que otro sirviente sostenía en una de sus manos, alumbraban la escena que se verificaba bajo el emparrado, cuyas frescas hojas, acusadas finamente por la luna, fingían en el suelo las sombras de grandes insectos.

Cristóbal, el leal sirviente de D. Andrés, no veía de buen grado que Concha se fuera sin más ni más al cortijo, para estarse allá Dios sabe el tiempo; pero a él solo le tocaba obedecer y, entre suspiro echado por lo bajo y cómico *puchero*, no lograba someter a sosiego su corazón, que, dale en que había de ponerse blando, enviaba, a pesar de la corteza que le dieron los años, silenciosas lágrimas a los ojos, que Cristóbal, para no ser visto, deshacía en los *revuelos* de la faena con las encallecidas yemas de los dedos.

D. Andrés aparentaba, como hombre que no cede en su idea y se las mantiene derechas a todo el mundo, no estar en lo más mínimo preocupado con el viaje de la muchacha, porque así creía que bien cuadraba a su haz indomable de nervios, pero por dentro, con enérgica protesta de su alma, sentía también todo género de blanduras, que antes sería capaz de matarse que de descubrir.

Pero no hay otro remedio que resignarse a la partida. Concha no puede permanecer en el pueblo sin sentir más desarrollo en su naturaleza. De poco le sirven el hierro que toma a todo pasto y los cuidados que se la dispensan. Su cuerpo no muestra más que indecisas curvas, a pesar de sus quince abriles, y siente todos los vagos anhelos de la mujer, sin gozar ninguna de sus ventajas.

A veces, quiere llorar sin motivo; otras, se queda largas horas embebecida mirando no se sabe qué punto del espacio, y siente como lejanas músicas e inciertos deseos que la dejan pálida y ojerosa. Los muñecos los tiene arrinconados y, a decir verdad, más se acuerda de las palabras de misterioso sentido que le dijo un mozalbete, vecino suyo, cierto día, que de los patrones de vestido con que adorna sus peles y del ajuar microscópico que un día le trajo su padre de la capital.

Sonaban bien, según ella, en los labios del mozalbete aquellas palabras dichas con pudor y con voz temblorosa, que no sabía a ciencia cierta qué querían significar.

Luego, el muchacho tenía todas las señales del hombre significadas en su persona: la voz gruesa y llena de repentinos *gallos*, el labio superior lleno de bozo, la mirada valiente e impregnada del fuego del amor y un vigor de músculos muy en oposición con el delicado cuerpo de la joven.

A la muchacha, desde el día del lance, quedósele en el olfato, y llegó a ser eje y tremendo pilar de su naturaleza, cierta sensación a ser humano que, cuando se le borraba de la memoria, se entretenía en *recomponer*, dibujando con la imaginación los trazos y líneas del mozalbete.

Una noche se inició en Concha, a raíz de una de estas meditaciones, como a modo de una ligera calentura que puso en serio cuidado a su madre y más al preocupado D. Andrés. Y sin más meditar este el asunto, puesto que tantas vueltas le había dado en la cabeza, entrose resuelto en su despacho, cogió papel y pluma, y escribió a su hermano la carta transcrita, diciéndole que iba a mandarle la muchacha a ver si a su lado se restablecía.

Carmen, la madre del asomo de mujer, como avisada en los misterios de su hija, velaba como un pájaro sobre un pie, esperando, en medio de los más discretos cuidados, ver despertarse un día mujer la que en la noche antes se acostara con reminiscencias de niña; pero el día del abrimiento de la rosa no llegaba, y también fue conforme con su esposo en que Concha pasara un largo plazo de tiempo al lado de su tío, para ver de robar al aire y a los campos el brío y la salud apetecidos.

Muy a su pesar, pues que para tales cosas madrugaba, púsose de punta a la del alba, como todas las personas de la casa, la buena de Carmen, a fin de ayudar a los preparativos del viaje y rogar a Dios por el presto restablecimiento de su hija.

En tanto que su esposo y los sirvientes arreglaban en el corral las susodichas monturas, ella hablaba en voz baja y emocionada a la joven, voz que salía dulce y tierna del corazón, y a veces se rompía, al tomar las inflexiones del llanto.

Ayudole a ponerse un limpio traje, ni lujoso ni modesto, bien así como para viajar; dejola vestirse algunas prendas, que eran de su agrado y que siempre tuvo la madre guardadas bajo llaves; la peinó con todo esmero, dejando caer a cada momento besos en sus mejillas; y al fin la joven quedó hecha una linda persona, que por primera vez en su vida se disponía a viajar.

Con estos extremos del cuidado materno, la muchacha, cuyo carácter naciente acusaba lo fácil que había de ser en pasar repentinamente de la alegría a la tristeza, fuese poco a poco emocionando, a semejanza del vaso que se llena de agua gota a gota, y dióse cuenta, por una intuición súbita, de lo que pasaba, lo cual la hirió con emoción honda y desagradable.

¡Ella abandonar su casa! ¡Dejar sus muñecos y sus juegos, su pueblo y su buena madre, su niñez, en fin, e irse allá lejos, a la soledad de los campos y a vivir en otros lugares!

Reflexionada por el sentimiento esta idea, que en los poetas y en los niños la reflexión se halla en los nervios, quiso asomar el llanto a sus ojos, y echósele un fatigoso nudo en la garganta.

Al través del muro de la habitación donde se hallaba, oía el patear de las bestias y el bregar de los hombres sobre el empedrado, con esa emoción que se experimenta cuando se perciben los preludios de nuestra primera salida.

De vez en cuando pasaba una ráfaga llena de misterios, de esas que corren a la madrugada, y agitaba las hojas de la parra, creyendo la pobre que ya no volvería más a sentarse a su sombra y a mirar los insectos zumbando en torno de los racimos.

Por una ventana abierta, veía pasar a cada instante al atareado sirviente, bien con una manta de aparejo en la mano, ya mordiendo un nudo demasiado duro

que era preciso deshacer, y siempre seguido de otro sirviente que dejaba dar medidas al candil al pisar sobre el plano desigual del empedrado.

No estaba aún la naturaleza de la muchacha (que había de ser el símbolo de la naturaleza misma) para tales emociones. Quería llorar, romper en quejas y sollozos, y la emoción hinchaba su pecho llenándole de pena verdadera.

En esto dio el gallo su primera señal.

¡Qué oleada de sentimiento se levantó entonces en su alma al oír aquella voz alegre, anunciadora del alba, alargada en su final por un ronco *estribillo*, impregnada de recuerdos de aldea, seguida de un expresivo silencio roto por el removerse de las gallinas en el gallinero, por el gruñir de los cerdos bajo el techado, por el canto de las codornices, por el primer limpiarse del pico del jilguero en los alambres y por tantos leves ruidos como vienen a formar el susurro misterioso del alba!

La voz del padre llegaba sublime a sus oídos: parecíale más blanda y cariñosa, más llena de inflexiones que venían como a ofrecerle amparo y cariño. Hasta entonces no comprendió que aquella era la voz de su padre.

¡Con cuánta pena diría adiós a todo: a los sitios y a las personas, a los niños y a los juegos! ¡Adiós hermosos olivares, tendidos en franjas oscuras sobre los campos; adiós medrosas cañadas, henchidas de lobregeces por donde ella pasó, vibrando de miedo, a la hora de los crepúsculos; adiós huerta risueña, acostada en el valle, donde los hilos de las arañas, tendidos de rosal a rosal y lucientes como hebras del iris, dieron la primera idea del color a sus ojos!

Todo se quedaría atrás, atrás, al monótono mecerse de las bestias. Desaparecerían las copas sonantes de los álamos de plata, las viñas con sarmientos llenos de hojas como guirnaldas, la torre de la sencilla iglesia, en cuya cruz vio ella una

noche posada a la lechuza, y la costa adormecida e indolente que iría cerrando lentamente el paisaje.

No pudiendo resistir tan duras emociones, Concha rompió a llorar con desconuelo, y la madre, a falta de alas con que cubrirla, le ocultó la cabeza contra su pecho.

Pronto los desiguales pasos de las cabalgaduras resonaron por el largo pasadizo, seguidas de las de los hombres, y las bestias quedaron esperando a los viajeros cerca de la puerta de la calle.

—¡Vamos, que se hace tarde! —dijo, con voz fingidamente enérgica, D. Andrés.

La contestación fue un golpe de lamentos de madre e hija, que, abrazadas, salieron de la estancia.

Auxiliada Concha por el padre, salió a la puerta de la casa, llegó al lado de la bestia que había de conducirla y, alzada en brazos por D. Andrés, quedó cómodamente montada y se agarró a los palos de las jamugas, por instinto.

El beso último que por lo bajo le dio su madre en la mejilla lo sentía agudo y doloroso como si sobre la tez le anduviera una hormiga de fuego.

D. Andrés montó pronto, para abreviar, en la otra bestia, y, en medio de un nuevo y desconsolado golpe de llanto, rompieron marcha los jumentos, sonando los cascots sobre los empedrados.

Al trasponer la cercana prominencia que ocultaba las casas del pueblo, apareció a los ojos de la muchacha, en la distancia, a tiempo que el alba rompía, la placa

azul sombrío del mar, y, por un cambio repentino de su carácter y a semejanza del pájaro que escapa de las manos del niño, cantó, más bien que habló, llena de alegría y deslumbrada por el soberbio espectáculo de la naturaleza:

—¡Ay qué bonito, papá!

V

CAMINO ADELANTE

El camino desde Higueruela al cortijo donde se trasladaba Concha cogía en su comedio a la capital de la provincia, dividiendo a un lado y otro la distancia. Así es que aguardaban a la viajera magníficos cuadros, primero circundados por la línea azul del mar que ya se había presentado a sus ojos, y luego compuestos solo de vides y arboledas, cuando hubiera atravesado la población.

Por lo pronto, empezaron a bajar, padre e hija, y el hombre que les acompañaba, la enorme pendiente que se extendía desde el pueblo a la playa, toda erizada de troncos y dificultades.

A un lado y otro, y a cosa de media legua, comenzaron a descubrir a la luz del día las casas de campo colgadas de las laderas en medio del trozo de sembrado que les correspondía; los bardales de chumberas que encerraban el camino en peligrosas angosturas; las ventas donde hacían el arreglo de la mañana las venteras, sacando a la puerta los frascos de aguardiente y los *yelos*⁴, o azucarillos, para expenderlos

a los transeúntes; las medrosas guaridas, medio en ruinas, donde un tiempo se albergaron contrabandistas y bandoleros y donde aún parecían asomar, por las rotas ventanas, trabucos y cabezas ceñidas de vivos pañuelos de colores; términos y lejanías, velados de leves brumas doradas por el sol, y grandes manchas de olivos, alternando con hazas de cañas de azúcar y frondosos álamos y pinares.

Concha, desvanecida casi la impresión que recibiera al separarse de su madre, parecía que entraba en un mundo desconocido a medida que sus ojos pasaban, con la prontitud de dos mariposas, sobre tanto incidente como el camino les presentaba.

Nada decía D. Andrés, quien, como hombre dado a tomar por lo serio las cosas de la vida, quedose *rumiando* con la imaginación, a medida que avanzaba, no ya su despedida, que era asunto de salir y volver, sino el paso que daba, moralmente considerado, de separarse de su hija, siquiera fuese dejándola tan bien guardada como lo estaría al lado de su hermano.

No era D. Andrés hombre que hacía las cosas sin antes meditarlas con detenimiento y sin poner a salvo en lo posible las contrariedades que cada una pudiera traer; pero, como en esta ocasión se trataba de su hija, quedábale allá en lo interno, sin embargo de haberlo bien meditado, cierto *escarabajeo*, como gráficamente dice la gente campesina, que no le dejaba tranquilo y sosegado.

No había para qué estar inquieto, si con razón se miraba; porque Concha, además de tener, como tendría en el cortijo, todo el miramiento y cariño propios de familia, estaría también al lado de una mujer entendidísima en todo, como era Antonia, quien en más de una ocasión había mostrado su probidad e inteligencia, ya atendiendo con solícito cuidado a algún pastor enfermo, bien velando al lado mismo del lecho de su amo y haciendo, en todo caso, aquello que a su condición de mujer correspondía.

Solamente su carácter huraño, pero en el fondo extremadamente bondadoso, carácter parecido al higo chumbo, que si punza por la corteza es todo miel en el centro, pudiera disgustar y cohibir a la muchacha. Y tampoco era esto inconveniente ni causa para no dar el paso, porque ya iba advertida la muchacha de este pormenor, y, pasados los primeros días, con un poco de esfuerzo de Antonia por agradarla y otro poco de hacerse querer de parte de la joven, el asunto vendría a parar en una perfecta armonía y quedarían a salvo los inconvenientes.

Entretenido en estas cábalas, y tratando a sí mismo de persuadirse, dieron con las andariegas cabalgaduras en la playa y oyeron el chirrido de la primera noria que lentamente vaciaba sus cangilones en los trémulos círculos de agua de un estanque.

Cristóbal montó, en poniendo pie en la llanura, sobre la parte trasera del rucio que guiaba D. Andrés, siguiendo una costumbre muy general en el país, y empezó a desquitarse de la caminata que había traído al lado de la joven.

—Güen día mus se presenta, D. Andrés —rezó el buen hombre, dejando caer las piernas a los lados del burro.

—Demasiado bueno. El sol ya nos hormigüea en la espalda y todavía no ha dado los primeros pasos.

—¿Dónde van esas bestias cargadas de fruto, papá? —dijo terciando en el diálogo la muchacha, ansiosa de recoger noticias.

—A la capital, hija —repuso el padre, más cariñoso que de costumbre.

—¿Donde nosotros?

—Sí; pero ellas se quedarán, y nosotros seguiremos⁵.

—¿Hasta la casa del tío?

—Justo, y allí te quedarás a vivir tú, y nosotros nos volveremos.

—¡Mire usted, papá, qué *pájaro*! —saltó de pronto la joven, absorta ante la figura de un pavo real.

Un ave de este nombre, de la que Byron ha dicho que es un ave augusta, abría la brillante cola sobre el fresco brocal de un pozo y enseñaba todas las deslumbrantes rosas de sus plumas.

A su lado, miraba con perfecto descaro, en la puerta de una venta, echado sobre sus patas traseras, un perro madrugador, y a Concha le sorprendió que, a semejanza de los poco sociables del pueblo, no rompiera en furiosos ladridos y viniera a morder las patas de las bestias.

Todo era desusado y sorprendente para la muchacha. Las personas que pasaban a su lado, a más de no saludarla, cosa que hubiera sido desacato en el pueblo, ni decirle siquiera *buenos días* o *adónde te encaminas*, iban abstraídamente haciendo su marcha, los jinetes dejándose mecer por las cabalgaduras, y los de a pie con aquella especie de *obligación de andar* que se imponen los transeúntes en las carreteras.

Era, en verdad, particular todo aquello para quien jamás vio otro sitio que el encerrado en el anillo de montañas de su lugar.

La vista de un coche le sorprendió grandemente: parecíale muy elegante aquel rodar sereno y aquel deslizarse sobre el polvo, impalpable por lo batido. Los rayos de las ruedas atraieron más que ninguna otra cosa su atención: no podía comprender cómo el reflejo del sol pasaba de un *palo* a otro con aquella ligereza, y cómo siempre permanecía vivo y en el mismo punto.

Unos *jabegotes*⁶, o barqueros, que atravesaron por la playa, cerca de ellos, con las redes de pescar al hombro, fueron así mismo objeto de su atención. Sus pies se hundían calladamente en la arena o crujían sobre rodales de guijas y de conchas con broncos y agradables ruidos. Encontraba a los hombres rudos, pero vestidos de una manera artística, como cuadraba a gente criada en la costa. Pantalón arrollado a media pierna para poder chapalearse el agua, faja enroscada a la cintura, camisa abierta, que dejaba a la vista los recios pelos y el aspecto salvaje del pecho, y gorra ceñida a la frente, a manera de los charranes de la playa, que charranes y no otra cosa eran los *bohémios de mar* que le sorprendían.

Luego vinieron a grabarse en sus retinas las atalayas negruzcas que albergaban a los vigías y que se alzaban sobre peñones y montañas luciendo su marcado aspecto morisco.

El recuerdo de su madre, como los pelotones de agua que se deshacían en viento y en espuma, se desvaneció por completo en su cabeza, y, en aquel instante, ni una célula vibratoria de su cerebro hubiera recordado el dolor de aquella escena de despedida a la puerta misma de la casa.

Andando, andando, toparon en una venta, donde con aires de don Quijote, por lo grave y enjuto, acercó D. Andrés su jumento para pedir un vaso de agua, haciendo lo mismo Cristóbal y su hija, que también pidieron vasos de agua fresca. Concha, como niña al fin, pidió el suyo con azucarillo para dar regodeo al paladar.

Debajo de la parra había unos mendigos que hacían su viaje a pie a un pueblo vecino. Un niño, vestido de andrajos, alargó la mano hacia D. Andrés, pidiéndole una limosna. Concha, ante aquel chicuelo, que ya imploraba la caridad, sintió grandísima tristeza y se entregó de súbito y por completo a un agudo dolor. Sus nervios pertenecían a la impresión del último objeto, más si lo que venía a herirlas era el sentimiento de humanidad y compasión.

—¡Papá, mire usted qué niño!, dele una limosna.

—Toma —dijo D. Andrés—, dásela tú. Y puso en su mano un real en una pieza, breve como una lenteja de plata.

La muchacha inclinó el cuerpo sobre el rocín, alargó la mano hacia la gorra del niño y soltó luego el realillo, que, pareciéndole al nuevo dueño cosa demasiado excelente para no entusiasmarse, hizo varias piruetas y se lo llevó a uno de los ojos, dejándolo allí a guisa de lente, con la cual miró, riendo, a la muchacha.

Una carcajada de esta cortó el nudo angustioso que ya iba formándose en la garganta.

Puestas al paso las bestias, se internaron nuevamente en la carretera. El sol caía como en pleno julio sobre campos de Andalucía.

Las reatas, cada vez más numerosas, entraban por los caminos accesorios al principal, dando leves quejidos bajo las cargas y pateando sobre el polvo que en nube espesísima se levantaba.

Las pitas de a orillas del camino recortaban su sombra sobre el suelo y se cubrían de una impalpable polvareda, que más hacía sentir la idea del sol y los calores.

Los charcales parecían hervir a medida que el día llegaba a su plenitud, y se levantaba de ellos ese vapor movible, perceptible apenas a los ojos, que se exhala de la tierra en los días ardientes de estío. El viento estaba echado, mudo, rendido por el peso de las horas, y dejando en paz los remolinos de hojas y fragmentos.

En los morales cercanos a la carretera, las cigarras sonaban de trecho en trecho su única nota, larga, interminable, salida de vigoroso órgano que no cesaba nunca de sonar.

Los alambres del telégrafo hacían comba de palo a palo y corrían siempre a la misma distancia, echando al suelo su sombra entre baches y montecillos, como si sobre el deslumbrante dorado de la luz hubiérase ido extendiendo dos delgados hilos de seda.

Jadeantes bajo el fuego caído *a plomo* del sol, los arrieros poníanse los pañuelos en forma de sombrajos en la cabeza. Masticaba alguno su almuerzo a compás del paso de la bestia, y otro entonaba una copla con dejo a canción de siega, que hacía recordar los caballos trazando círculos en la era, los rostros curtidos de los trabajadores y los haces de espigas bruñidas por los soles de julio.

A pesar del breve quitasol que Concha había abierto para librarse de la quema, sentía en su cabeza como una *leve destilación de luz* que le penetraba los huesos y la sumía poco a poco en una insacudible modorra.

Ya se había apagado en ella la locuacidad, sus ojos se habían cansado de ver continuamente aquella mancha de sol sin límites, blanca de puro brillante, abrasadora, seca, y solo a veces rota por las matas de juncos, en torno a las cuales volaban los locos *violeros*⁷.

Entre este insoportable ambiente de fuego, llegaron a la capital, que produjo una impresión terrible de entusiasmo y temor en la muchacha; atravesaron sin detenerse calles y plazas, y dieron vista nuevamente al campo, en esto accidentado por las puntas de sombras que empezaban a salir de los peñascos.

Allá, en la última distancia, después de un buen rato de camino, divisaron, del tamaño de un pañuelo desplegado, la casa del noble cortijero, situada sobre una prominencia, desde la cual veíanse el mar y las llanuras.

Por una rara casualidad, el viejo, que estaba en ascuas sobre la venida del hermano, se había puesto a mirar con un catalejo al camino que conducía a la capital,

y muy lejos pudo reconocer la figura de su hermano, montada sobre el jumento, y las otras dos personas que le acompañaban.

Era mucha la impresión que le causaba al cortijero la venida de su hermano para que por un momento no perdiera su habitual seriedad.

Mandó enarbolar una sábana en un largo palo a uno de los pastores, la flameó este en la explanada de la casa, y a la señal, como avisados que estaban los viajeros, contestaron sacando los pañuelos de los bolsillos, que pudieron allá ser vistos con el catalejo.

Aquel reconocimiento arrancó a todos una vibración de alegría. Cristóbal sintió que sus labios se contraían en forma de *puchero*; Concha dio un grito de placer, porque le agradaba lo nuevo y desconocido; y D. Andrés, disimulando su sentimiento, adelantose un poco del grupo, metiendo espuelas al jumento, porque a todo correr se le venían las lágrimas a los ojos.

VI

PIE A TIERRA

—¡Venga acá el *Gusano de luz!* —dijo adelantando por el empedrado de la portada el tío Sebastián, extendiendo las manos para bajar de un abrazo a su sobrina.

—¡Ay mi tío, ay mi tío Sebastián! —exclamó la muchacha, llena de alegría, dejándose robar por el cortijero, que la cogió por la cintura y le puso un colmo de besos en la cara.

Luego, no suelta todavía, clamó hablando de tú por tú a su tío:

—¿Sabes que eres un viejo muy simpático?

Otra vez el hombre, que sentía meterse en su ser, como agua por los huecos de una esponja, toda aquella frescura y juventud, oprimió la figura gentil de la joven y le enterró la cabeza contra su pecho.

La niña aspiró, en medio de aquel aura de ternura, la sensación que se le quedó en los sentidos desde su entrevista con el mozalbete; y la única diferencia que de una manera súbita notó entre ambos olores fue la de que el de su tío era más *intenso*, bien así como entre un vino joven y otro viejo se notan variados perfumes y diferencias.

Todo esto, por supuesto, fue obra de un segundo y juzgado de una manera intuitiva.

—¡Pero si estás hecha una mujer! —repuso anegándose en sus ojos luminosos el viejo; yo te hacía más pequeñita, más pequeñita...

—¿Por qué, tío?

—Porque... qué sé yo... como me habían dicho que estabas tan *canija*...

—¡Ja, ja, *canija*!

Realmente, el buen señor no sabía lo que hablaba ni lo que le sucedía: él se había formado otra idea de su sobrina. Se sentía, pudiera decirse, *en suspenso*.

Pero como a todo esto no se hubiera ocupado más que en dejarse iluminar de cerca por la joven, clamó D. Andrés poniendo los brazos en actitud de quien va a coger una pareja de baile.

—¡Pero, hombre, no vaya a quedarse todo para la hija, que aquí está también el padre que desea un abrazo!

—¡Ah! —dejó escapar con sorpresa el cortijero, como si en aquel instante tuviera la primera noticia de la presencia de su hermano.

—¡Ven acá, hombre! —siguió diciendo en tono de broma D. Andrés.

—¿Cómo va, cómo va? —preguntó dulcemente el viejo.

—Bien, y tú, ¿cómo lo pasas?

—Pues como siempre; aquí metido, y soñando con la venida de este arrapiezo, para ver de dar alguna animación a mi vida.

—Pues ahí la tienes deseosa de quedarse contigo y de ponerse sana y robusta. A ver si me la devuelves con los carrillos lo mismo que manzanas.

—Así los tiene ella de lindos —dijo sin poder *desenganchar* los ojos de su cara el cortijero, y siguió dirigiéndose a Cristóbal—: este hombre, si viene a vuestro servicio, puede quitar los aparejos a las bestias y meterlas en la cuadra: ¡Antonia!

—¿Qué manda usted, señor?

—Di a *Matusalén* que venga a echar pienso a estas bestias. Nosotros, acerquémonos a la casa.

El reducido grupo atravesó de punta a punta el empedrado y llegó al escalón de la puerta, donde, bajo las hojas de la parra, había mal colocadas sobre las piedras unas cuantas sillas.

Concha, a causa de su continuada postura en las jamugas, sentía adormecido todo el cuerpo y había perdido la manera de echar el paso. Como si pisara sobre corcho, llegó a la puerta de la casa, entre su padre y su tío, y allí se puso a mirar la cortina de rosales que cubría la fachada, donde había también madreselvas y pasionarias.

—¡Conque te gustan las flores! —exclamó observándola el viejo—. ¡Pues a fe que hay pocas en la huerta! Toma este capullo que está para abrirse. Tú, Andrés, siéntate, que pronto iremos a la mesa.

La muchacha, subsanando el descuido del cortijero de no enseñarle ante todo la casa, metiose por *allá dentro* movida de curiosidad y empezó a escudriñar todo: la cocina y las habitaciones, las vistas que enseñaban las ventanas tras los cristales, y la serie de toldos, ya empezados a arreglar, porque la vendimia de *moscateles* no tardaría mucho en empezarse.

Lo que más parecía interesar al *Gusano de luz* era subir al piso y asomarse al balcón para contemplar lo que desde allí se descubriera. Por fin tropezó en un ángulo con unos escalones y, sintiendo más que nunca el entorpecimiento de pies, empezó a subir, viéndose pronto en una gran sala, a uno de cuyos extremos se veía un dorado montón de albaricoques, en otro unos capachos de cerezas y dondequiera gratos productos de los campos.

Al friso del balcón, se agarraba una enredadera, llena de azules campanillas, que le recordó, por una de esas imperfectas comparaciones de las fantasías ardientes, las andas de la Virgen del pueblo con sus bellas campanillas de plata.

Despedía la sala aquella un aroma especial, sano y hermoso, que traía a la imaginación la idea de abundancia.

Asomose al antepecho y se halló con el cuadro de naturaleza más hermoso que hasta entonces había presenciado. Un espacioso mar al fondo, por donde pasaba un buque que dejaba una negra línea de humo sobre el agua; más cerca, hazas de caña que ponían franja verde a la playa; a la izquierda, casas de campo, unas cerca de otras, con bandadas de palomas en los tejados que al romper en estridente vuelo se abrían como impensados abanicos; a la derecha, crestas de montañas

con largas sombras en las faldas y luces en la cima, y aquí y allá listas de vides y árboles frutales que se venían abajo al peso de los frutos.

Tomándola por una piedra disparada, como suele acontecer a veces, Concha inclinó de pronto la cabeza y dio un fuerte grito viendo venir hacia ella la que no era sino una golondrina, la cual, rozando casi su cabeza, entró por el hueco del balcón y fue a revolotear en torno del nido.

La exclamación puso en pie al padre y al tío que conversaban sentados a la puerta, y vieron subida en el pulpito a la rapaza, como dispuesta a dirigir un sermón al auditorio.

—¿Qué haces ahí, muchacha? —preguntó sorprendido D. Andrés.

—Nada, había subido a ver esto.

—Bien hecho. Así como así —añadió el tío—, yo he sido poco amable que no te he llevado a verlo: no he caído en la cuenta, hija. Pero ven, que voy a enseñarte cosa que más te guste.

Era el mirador a lo que se refería.

—Allá voy —clamó, echando a correr, escalera abajo, la joven.

Antonia, que para recibir a los viajeros habíase colgado *los fondos del arca*⁸, salió en esto a la puerta y dijo que estaba dispuesta la comida.

Concha se encontró, al bajar, con la mesa llena de copas y botellas, los cubiertos simétricamente ordenados, las servilletas oliendo intensamente a limpieza, las sillas en su sitio y a Antonia acusando un afán de servir, que no había más remedio que traer una cómica risa a los labios.

—Mira lo que nos sale al paso. No podemos ir donde quería: ¡a comer ante todo! —dijo a la muchacha el tío Sebastián, poniéndola a presidir la mesa.

Las luces de la tarde huían con lentitud por las laderas, y en los valles trazaban contornos de fantasmas las sombras.

En la botella del agua que tenía delante de sí Concha, reproducíanse de un modo invertido los árboles y los caseríos, la lejana carretera por donde seguían pasando hombres y diligencias, y la lista distante de la playa.

El mar quedaba tan reducido por la *lente* que a Concha le llamaba la atención el prodigio, y su admiración por lo maravilloso hizo perder más de un viaje a la cuchara.

—¡Come, muchacha! —solía decirle el tío cuando notaba su abstracción y, sin querer, quedábase, de paso, mirándola sin saber qué le sucedía.

Ella venía en sí de sus imaginarias excursiones, sonreía mirando la aguileña nariz y el bigote canoso y recortado del viejo, que le hacían una gracia *extraña*, y volvía de nuevo a la molienda.

La comida se prolongó un largo espacio. Habló D. Andrés de lo grande y misterioso de la religión, de la esperanza que sabía derramar en los corazones y de la mano que tendía a los seres dispersos para reunirlos en torno de una misma mesa.

El cortijero alternaba en aquel diálogo y, aunque se conocía que no hubiera llegado a ser un sanagustín, no era tampoco halda de paja.

Concha, por su parte, oía de mejor grado que la fabla mística la vaga salmodia de los grillos, que a su modo sabía descifrar, e incrustaba sin parar en sus retinas la imagen del viejo, de la cual no sabía desprenderse.

Cerrada la conversación, como era de costumbre en el cortijo, rezó el tío Sebastián, después de la comida, los cotidianos padrenuestros, que fueron contestados por los demás con ese murmullo semejante al de religiosas abejas en la colmena.

Concha dejó caer, distraída, dentro de la botella del agua una gota de vino, y del mismo modo que el rancio licor fue haciendo ondulaciones y se espació lentamente dentro del seno de cristal, el sueño fue espaciándose poco a poco por su espíritu. Y algo después, con la puerta del cortijo perfectamente atrancada, cayeron en el lecho, rendidos de cansancio, los viajeros. Concha colocó en una copa llena de agua, junto a su cama, el capullo que por la tarde le había dado su tío. Quería ver si amanecía abierto una mañana.

En el empedrado de la puerta, un corpulento perro, de esos que vigilan las casas de campo, metía con recelo la nariz en la sombra, venteando los vagos ruidos de la noche.

El viento se estrellaba en las esquinas agitando los rosales llenos de flores, quejándose de un modo indefinido en el valle, subía después por las laderas y volvía a quejarse en la montaña.

Envuelta en las blancuras del lecho, Concha respiraba, a medida de irse hundiendo en el sueño, el aire hermoso y sano lleno de perfumes campestres, y su cuerpo sentía como una filtración de bienestar por sus huesos y algo así como si ansiara obedecer a sutiles llamamientos de vida.

VII

LA FIESTA EN LOS LAGARES

Decididamente, el viejo sentía algo extraño en todo su ser desde la llegada de su sobrina.

Aunque no acostumbrado a especulaciones metafísicas, como al recuerdo de la joven sentía correr raras sensaciones por su cuerpo, llamose a sí mismo a examen de conciencia una vez que viose tendido en el lecho, porque desde luego se puso receloso, y quedó ante el tribunal de la razón.

Lo primero que alegó, queriendo hacer el proceso de aquella emoción, en él extraordinaria, fue que los ojos verdes y luminosos de Concha, todo transparencia, y su boca linda y fresca, como hendidura en granada *de layo*⁹, produjéronle una impresión por él no sentida desde hacía muchos años, impresión no parecida a la que nace de los afectos familiares.

Una cosa sorprendente voy a decir, y a alguien parecerá acaso inverosímil. Párezcalo o no lo parezca, es lo cierto que el viejo, después del ligerísimo examen, dio

entrada en su cerebro a una idea relacionada con el amor, que le bulló dentro del cráneo, como abejerro entre cristales, y quiso huir acelerada.

—¡Diablo! —se dijo, no seguro de sí mismo, tentándose las ropas del lecho; pero el insecto halló la puerta de salida y se fugó dejándole un rastro de fuego en el cerebro.

Como el que acaba de pasar un susto, el hombre quedó con el pecho palpitante, pero sintiendo aún correr ráfagas de intensa emoción por su cintura.

—¡Ave María Purísima! —repetía con el acento de terror del que acaba de ver pasar junto a sí algo tremendo.

La idea huyó, pero no se alejó de su cabeza. A semejanza del tábano que describe incesantes círculos en torno de la piedra donde ha de parar el vuelo, quedose haciéndole ronda y no le abandonó en toda la noche.

Cuando el sueño empezaba a invadir el cuerpo del hombre, parábase el insecto en su frente y te hacía experimentar cierto temblor como el de los círculos de agua en el lago; despertaba entonces, y alejaba con la voluntad el insecto; mas apenas empezaba a quedarse adormecido, volvía la idea otra vez a rozarle con las alas.

En medio del sueño veía el tío Sebastián dibujarse, como trazadas por un pincel divino, dos esferas verdes llenas de adorable juventud, que se destacaban en las tinieblas.

¿Era un principio de enamoramiento lo que sentía, y el instinto de la lógica alejaba de un modo inconsciente la idea? ¿En qué consistía el fenómeno, que en el viejo venía a simbolizar *todas las aberraciones* del amor?

Aunque parezca rápido el naciente afecto del cortijero, hay que confesar que no lo sentiría con más tardanza cualquiera ante la originalísima figura de la muchacha, compuesto de cosas extrañas, y parecida, en lo interesante, a una Sarah Bernhardt¹⁰ de los campos.

Su cuerpo, rodeado de una perezosa distinción, a pesar de sus cortos años, incitaba algo al sensualismo y recordaba a las mujeres orientales; sus manos eran de una finura inverosímil; su pelo, negro y magnífico, proyectaba en su frente cierto misterio, el misterio de la niña pronta a convertirse en mariposa.

Había que mirar sin mucha fijeza aquel interesante capullo de mujer, ya recibiendo órdenes de que se levantara su pecho, de que sus mejillas se redondearan, de que su rostro se tiñera del color de los frutos, de que el pincel de la naturaleza pasara, mojado en rojo carmín, por sus labios, y sus ojos adquirieran vaguedades y misterios.

Andando con el pensamiento por los indecisos trazos de este esbozo, hallábase sumido el viejo y espantaba a intervalos el insecto, cuando a eso de las diez de la noche, hora en que ya no había alma despierta en la majada, en suspenso el espíritu y conteniendo la respiración, descolgábase Roque, un nuevo personaje, sirviente del tío Sebastián, por las tapias del corral, puesto a todo esto de tiros largos, como que se exponía y pasaba por cima de la voluntad del cortijero, por el gustazo de ir a ver a Rosario, hija de otro hacendado, tras de la que andaba en dulces pretensiones amorosas.

Roque, con esa agilidad de los campesinos, más aún de los pastores, se escurrió como una salamanquesa por la hendida pared abajo, desvió varias veces los ojos para ver a qué altura se hallaba y dio por último un ágil salto sobre el suelo, que promovió un poco de ruido, el ruido *macizo* que hacen al porracear los talones.

Al encontronazo, saltóle al prófugo, del ala del sombrero, la bolsa de la yesca, que, yendo a dar en una seca pámpana, alzó un fuerte ruido, el cual avisó a los perros, que se acercaron al mozo formando culebros con el rabo.

—Toma Canelo, toma Manchao —rezaba por lo bajo Roque, catequizando a los animales, a fin de que no soltaran el ladrido.

Estos, siguiéndole por entre las cuatro casas que componían el ancho albergue de los pastores, le despidieron con sentimiento a la entrada de la vereda, que, blanqueando en medio de la sombra, se perdía y volvía a aparecer entre las vides y corría a internarse en la oscura lobreguez de la cañada.

Roque, una vez en el camino y salvo de toda contingencia, apretó un poco el paso, movido de ese instinto que nos hace huir del peligro, y a una regular distancia volvió el rostro con recelo para revisar una vez y otra lo andado.

Al cabo ocultose el cortijo a sus ojos, y empezó a distinguir las arboledas de la hondonada, sumidas en ese misterio de la naturaleza que hace todos los lugares sagrados.

Necesario era, con el miedo que sentía Roque, que amara mucho a Rosario para arriesgarse a ir solo por aquellos sitios, no acompañado más que de los ruidos de las culebras al arrastrarse por las pámpanas y de las alimañas, que no se sabe a punto fijo desde dónde emiten su voz.

Al llegar a la cañada, la sangre empezó a escurrírsele al corazón con sigilosa huida de reptil, y su recelo tomó proporciones que le hacían volver muy a menudo la cabeza.

No era para menos aquel trozo de camino pegado a la margen, con sus cañas puestas de punta como blandones; sus sauces, que a Roque le parecían a aquella

hora cabezas desgrednadas y rendidas de sueo; sus álamos de resonante copa, por cuyo tronco parecían subir abrazados seres extraños, y la maraña espesa y apretada de los zarzales, por donde andarían tantas y tan espantosas visiones.

Luego, la música del manantial que surgía de unos mastranzos poblados de insectos aumentaba lo medroso y vago del sitio. El agua caía impasible produciendo las mismas e isócronas gotas, ya semeando besos de copas finísimas que se quedarán vibrando por lo bajo, ya rodar suave de cristales desprendidos desde las ramas como lluvia fantástica, tan pronto sonos de lira oculta en la fuente como coro levísimo de gnomos y *xanas*¹¹ que se asomarían al cristal para entonar sus canciones a la luna.

Porraceando como enorme campana su corazón, Roque, que nada sabía distinguir de sonidos, pero que sí sentía con extraordinaria insensatez el miedo, asentó a largos pasos las alpargatas en la vereda y, fuera del paso peligroso y distante ya del cortijo, se arriesgó, para disimular el miedo, a cantar la siguiente copla que despertó miles de ecos en la cañada:

Yo no sé qué me sucede
desde que te di mi alma,
que cualquier senda que tomo
me ha de llevar a tu casa.

El cantar rodó por las laderas vecinas, describiendo una circular onda sonora. Dando de peña en peña, despertó fantásticas voces, las cuales fueron repitiendo el recitado, como si en cada peña hubiese un amador oculto.

El acento melodioso produjo rebullirse de pájaros en las arboledas, hizo afianzarse mejor en la rama al mochuelo de ojos redondos y pico en pronunciada curva, echó la rana a la poza, donde dio repetidas coces bajo el cristal, e hizo mecerse a las arañas colgadas entre rama y rama de sus largos hilos invisibles...

Roque empezó a subir el repecho de la loma. Al dar en la cima, distinguió a lo lejos la luz de la casa de Rosario y llegó hasta sus oídos el rumor de la fiesta, que aquella noche se celebraba.

No rimaba bien lo de ser *fiestera* con el porte distinguido de la joven, pero fue un deseo suyo que aquella noche se reunieran en su casa todas las mozas del contorno.

Roque experimentó una grata sorpresa, pues, aficionado a baile y fiesta, vio ocasión propicia para echar unas mudanzas con Rosario y seguirla *a pilla-pilla*¹² en el alegre baile del fandango.

La distancia se le hizo corta. Con el hervir de la sangre moza que da agilidad y destreza a los músculos, dijo: «Pies, ¿para qué os quiero?», y en un santiamén subió el repecho que conducía a la puerta de la casa.

Lo primero que oyó, entre el rumor de los platillos y los punteos de guitarra, fue una copla que le *echaban* a la bailadora, y que decía:

Quiere el amor que te tengo
que es fino como el coral,
y está pendiente de ti
como el capullo al rosal.

—Dios guarde a *ustéee*, caballeros —dijo pisando el umbral de la casa Roque, sin que nadie oyera su saludo en medio del atronador bullicio de la fiesta.

En seguida buscó con la mirada a Rosario y, pasando por medio de la gente, logró colocarse tímidamente a su lado.

Las personas asistentes al *fundango*, como llama la gente andaluza, por instinto onomatopéyico, a las fiestas de gran bullicio, se hallaban espaciadas en la cocina, dejando un marcado óvalo en el centro, donde a la sazón bailaba, repicando las castañuelas, una moza enfrente de un campechano labrador, el cual, dando de talón y de puntera, hacía con las vueltas y pasadas unos *que te veos y no te veos*, que constituían el encanto especial de la mudanza.

Los mozos, en grande y regocijado número, se extendían detrás de los asientos de las mujeres, dándoles, instintivamente, la preferencia, y por todos lados salían diálogos llenos de alegría, en que se trataban cuestiones amorosas.

—¡Conque te casas, Teresa!

—¿Yo? ¿Quién ha dicho eso...? ¡Ay, hija!

—Sí, mujer; con el hijo de Hipólito, el de la huerta.

—No hay ná, mujé; lo que es que han dao en ese *runrún...*

—¡Pues cuando el río suena...!

—No hay río que valga esta vez.

—Entonces, ¿cómo dicen que es pa fin de verano?

—Como pudieran decir que era pa Naviá: no tengo quien me ronde los pasos.

En otro sitio oíase esta animada conversación:

—¡Válgame Dios, y qué corazón tan duro tienes!

- ¿Duro, porque digo las verdades?
- No, porque no armities el cariño de quien te quiere.
- Señal de que no podré corresponder.
- ¿Y quién lo va a impeír, Ramona?
- ¡Toma! Alguno que antes me haya dicho algo.
- ¿Antes que yo, cuando te he quería siempre?
- Como nunca lo dijiste...
- ¡Anda! ¿Pos y los ojos, de qué sirven en la cara?
- Poco he podio conocer en ellos.
- Será que no habrás querido asomarte...

De los lagares vecinos llegaban a cada instante mozos puestos de tiros largos, con las *galgas*¹³ en los tobillos, pechera cuidadosamente bordada, una *vardasca* de olivo en la mano y la cox de la pistola asomando por entre los pliegues de la faja.

Como la cocina se hallaba llena de bote en bote, los mozos que entraban se iban acomodando sobre el muslo de los ya sentados, llegando a reducir el óvalo del baile de tal modo que la pareja no podía hacer sus evoluciones sin rozar materialmente las piernas de los convidados.

Que salga a bailar la luna,
que salga a bailar Rosario,
pa que se yene la fiesta
de luceriyos doraos.

Así cantó el que tocaba, y un mozo, recogiendo la indirecta, buscó unos *palillos* que arrojó en la falda de la moza, entre un vivo puñado de lazos.

A poco, las figuras quedaron en el centro de la fiesta: ella con los ojos fijos modestamente en el suelo y él en mangas de camisa para mover a su antojo los brazos.

Las coplas, durante el baile, salían a pares de los labios y eran acompañadas por la guitarra.

Hormiguita me volviera
si lo tuviera en mi mano,
para subir a tu pecho
y ver desde allí tus labios.

Cuando eche mi cuerpo flores,
sólo una cosa te pido
que las pongas en el pecho
donde no puedo estar vivo.

Otro cantó, poniendo extraordinario sentido en las palabras:

Fuera entre todas las cosas,
por abrazarte temblando,
enredadera florida
de tu cuerpo de alabastro.

Y otro más melancólico:

Cuando ¡adiós! digas al mundo,
pondré un rosal en tu fosa
y te arrancaré a la muerte
hecha manojos de rosas.

Un mozo gorjeó como un ruiseñor estos cuatro versos:

Si quieres darme la muerte
tira donde más te agrade,
pero no en el corazón
porque allí llevo tu imagen.

Pero lo de más efecto estaba aún por manifestarse. Al acabar su última mudanza Rosario y quedar haciendo una bella postura de baile, Roque llevose la mano a la cintura con disimulo, montó el gatillo de la pistola aplicando el cañón contra el suelo y, en señal de triunfo por su pretendida, soltó un tremendo tiro a sus pies, que, a vuelta de apagar la luz y echar cacillos y peroles a tierra, hizo retemblar la casa y llenarse de humo de pólvora la estancia.

Las risas surgidas por el incidente; los chistes, más llenos de espontaneidad que de ingenio; los chillidos de las mujeres, que en todo hallan motivo de retozo, y el barullo de voces, todas pidiendo fósforos para encender, dominaron un momento en la cocina hasta que se hizo de nuevo la claridad, y el candil rasgó con punta de oro las tinieblas.

Así, de escena en escena, prolongose el jolgorio hasta el día. Al despuntar el alba, volvió Roque por las mismas veredas a ganar, sin ser visto, el cortijo, para simular que a aquellas horas se levantaba.

A su regreso vio poco a poco desvanecerse las visiones que tanto le habían amedrentado en el camino. Las cañas, alumbradas débilmente por el día, dejaron de ser blandones funerales; las zarzas sacaron de la sombra sus redondas moras maduras, las pámpanas no conservaban huella del paso de las culebras y el manantial seguía sonando sus gotas, sin imitar los ecos de liras de cristal.

VIII

LA ROTURA DE LA CRISÁLIDA

Días después de la llegada de los viajeros al cortijo, la mañana de un hermoso día trajo un alegre despertar para todos, excepto para Concha, a quien su estado especial, pronta a pasar de él, hacía quedarse más tiempo que el de costumbre buceando en los abismos del sueño.

Callando y de puntillas salió Antonia del cuarto de la muchacha donde quedábase a dormir las primeras noches para estar cerca de su lecho.

Por más que a la sirvienta no se le habían pegado las sábanas, encontrose ya levantado al tío Sebastián, algo ojeroso como de haber pasado en cavilaciones la noche, y hallose también de punta al diligente don Andrés, ocupado en ver aparejar las bestias en la portada, porque es lo que dijo a su hermano apenas tuvo tiempo de echarse de la cama.

—Tú sabes, Sebastián, los negocios que me esperan; más ahora, que la vendimia se viene encima como quien dice. Tengo que contratar gente

en el pueblo para invertirla en mis tareas: si hoy es ocasión, porque los jornales no están en alza, un solo día puede hacerlos subir, y esto echaría mis planes por tierra. Te dejo, ya que he pasado unos días en tu compañía, y te dejo también a Concha para que recobre la salud. Volveré, despachados algunos asuntos, y entonces podré quedarme más tiempo en el cortijo.

Y con aquel raciocinar del hombre ducho y lleno de experiencia, que, siendo afable y cariñoso, para nada tiene en cuenta los extremos, siguió hablando en igual sentido a su hermano, que, como astilla del mismo palo, díjole que hiciera lo que gustase, aunque se prometía fuese más prolongada su estancia.

A todo esto, iba Antonia y venía desde la puerta a la cocina y de la cocina al corral, entretenida en las tareas de la mañana, pues quería tenerlo todo punta con punta para la hora del almuerzo, y lucir, como en los demás días, sus habilidades culinarias, en obsequio principalmente de la joven, que le había sido simpática.

Aparejadas las bestias en el empedrado del cortijo, y dispuesto todo para la marcha, entró D. Andrés en el cuarto de su hija con objeto de despedirse.

Gozaba de un sueño tan apacible, y por otra parte hubiera sentido ella tanto la despedida, que a D. Andrés diole lástima despertarla, y acercándose sigilosamente al lecho con esa suavidad incomparable de los padres, le dio un beso tan leve, como el roce del ala de un insecto.

Volvióse de puntillas y fue a unirse a su hermano, que en la portada del cortijo le esperaba.

—No he querido despertarla —dijo—, ¡hubiera sentido tanto mi marcha!

Antonia, hecha una verdadera pieza de plomo al saber la noticia de la ida, se había quedado a la puerta de la cocina con el cuchillo y un trozo de pimienta entre las manos, muy disgustada y mohína, porque se había echado la cuenta de que permaneciera más tiempo D. Andrés en el cortijo.

Su entusiasmo de toda la mañana, que lo había pegado con sartenes y peroles, solo tendría un éxito a medias, puesto que de los huéspedes solo Concha podría ya otorgar merecido premio a su habilidad.

El ruido de las bestias sobre el empedrado sobresaltola e hizo caer el trozo de pimienta de sus manos y balancear entre sus dedos el cuchillo.

Arrojando un suspiro, vuelta en sí, se apresuró a mirar, compungida y triste, la escena.

Abrazáronse ambos hermanos, entre el culebreo de rabos de los perros, y montando primero D. Andrés y luego Cristóbal en sus bestias respectivas, partieron dando un último adiós a la gente. Antonia, movida a sentimiento, pasose el pico del delantal por los ojos, enjugándose dos asomos de lágrimas.

Detrás del tío Sebastián entró la mujer en el cortijo y se hundió entre las ondas de humo de la cocina que arrebataron de la vista su figura.

.....
El cortijero no dióse cuenta de una de esas emociones que a veces pasan por nosotros; pero, *al quedar dueño de la muchacha*, sintió una profunda sensación correr por su cintura y picarle de gozo en el estómago. Distráido con la despedida, ni se percató de semejante incidenté, a pesar de que, con la vista tendida en el paisaje, traía a su memoria remin cencias de otros tiempos e impulsos de vida que le llenaban de dulce bienestar, haciendo parada su pensamiento allí donde recordaba sus tiempos más felices. La muchacha, como si se tratara de ardiente gaseosa, llenaba de risueñas burbujas la cabeza del viejo y le hacía adquirir aliento desconocido.

Algo extrañado de sí estaba el cortijero, distraído con tales reflexiones, cuando Concha dejó oír voces angustiadas en demanda de auxilio, que a todo correr fue a prestarle Antonia, sobresaltada de pronto, y con menos seguridad de sí misma que si estuviera pendiente de un hilo de araña.

—¿Qué ocurre? —gritó temblorosa al entrar en el cuarto de la joven.

—No sé; creo que estoy mala —repuso Concha, aún no bien despierta, y asustada como si acabara de cometer un crimen.

—¿A ver? —clamó Antonia, alzándola en vilo de una manotada. Luego, llena de indecible alegría, añadió—: ¡Pero, calle! ¡Si es que ya tenemos mujer! ¡Digo, y cuando se ha ido D. Andrés! ¡Sr. Sebastián! ¡Sr. Sebastián! —gritó fuera de sí, sin ver que, en males como el de la joven, solo ella en la casa era la llamada a intervenir.

Despavorido con los vozarrones, precipitose el cortijero hacia el cuarto de Concha; pero, al hacer ademán de entrar, cayó Antonia en su imprudencia y dijo con voz semejante a una mano abierta que sujetaba:

—¡No entre, señor, no entre! No es más sino que ya tenemos mujer.

—¿Cómo mujer? Pero, ¿qué ocurre?

Y, como el sobresalto le hiciera penetrar un momento en la estancia, comprendió de una sola mirada lo que sucedía.

En la copa de agua que el *Gusano de luz* ponía cerca de su lecho, aparecía el capullo regalado por el viejo, hecho ya rosa, y en la joven verificábase el mismo poético misterio que en la flor.

IX

AL SON DE LA CIGARRA

Con la entrada de agosto entra la animación en el cortijo. Ya están contratadas las cuadrillas para la vendimia, todas ellas venidas del reino de Granada. El traje que visten contrasta notablemente con el de los hombres del lagar; pues, a medida que estos usan el vestido común a los campesinos andaluces, los de allá llevan holgados zaragiuelles que hacen el efecto de enagüetas; justillo que dejan abierto, igual que la delantera de la camisa; faja ceñida en infinitas vueltas a la cintura; calcetas que cubren la pantorrilla y dejan los *enfranques* del pie metidos como en un estribo de punto, y albarcas o alpargatas, con las imprescindibles galgas liadas al tobillo y la *capella*¹⁴ de escasas medidas.

Como las cuadrillas llegadas de Gualchos y Albuñol no caminan sin la cuchara, cada trabajador muestra la suya clavada en el sombrero, recordando el antiguo tricornio estudiantil, y de ella se auxilian para comer, en unión de la navaja de corva punta, que, a falta de agua en muchas ocasiones, humedecen los hombres, de no muy aseada manera, y la limpian después en las cuerdas de cáñamo del alpargate, pañuelo obligado para algunos usos de su cuerpo.

Gente del cortijo y hombres llegados de fuera bullen sin descanso a espaldas de la casa en las viviendas de los trabajadores, entretenidos, unos en hacer sogas, otros en remendar capachos, estos en recomponer a golpes de martillo los *formaletes*¹⁵, aquellos tapando agujeros a los cenachos, este cosiendo las aguaderas, otro forrando de tomiza la olla, el de más allá afianzando el asa al caldero, el de al lado dando mazazos a una estaca, aquel machacando esparto, y Roque, que, si es tímido en declarar su amor a Rosario, se desquita siendo listo como ninguno en dirigir una tarea, dando órdenes a diestro y siniestro y haciendo también de paso su trabajo.

—Vengan acá esas tomizas, vaya allá ese capacho, eche usted una mano a esta carga, dele usted dos puntos a esa estera —Roque se desgañita y hace tomar vuelo a la faena, que bajo su dirección crece y cunde, y conquista ochavo por ochavo los salarios.

Estos, más subidos que en los demás lagares, como que para trabajar con el señor Sebastián, tan excelente es su trato, la gente acude como moscas a la miel en demanda de empleo, llega a la cifra subidísima de ocho reales, uno más que lo ofrecido en los demás cortijos. Cuanto a la comida, porque no se trabaja *a secas* en el lagar, los *tajamales*¹⁶ de tocino caen en la olla que es una bendición, y la morcilla se pavonea en medio de los garbanzos, y también cuece algún trozo de carne de vez en cuando, sin contar con la manteca rancia *que hace el caldo como la nieve*, y las costillas de cerdo que dan sustancia exquisita a la vianda.

No es echar semilla en la arena tener considerada así a la gente; pues, aunque el cortijero no lo hace con segunda idea, los hombres, si habían de trabajar como cuatro, trabajan como cinco, y miran la cara al amo a ver qué se le antoja.

—¡A la salud de los presentes! —exclama de pronto en tono de broma *Matusalén*, el antediluviano sirviente del cortijo, alcanzando la jarra del garabato y echándose un trago de agua entre espalda y pecho, que levanta el mismo ruido en su gznate que arroyo rodando por las piedras.

—¿De salú sirva, abuelo! —respondió Roque, recogiendo la frase retozona del viejo—. ¿Estamos de buen humor?

—Es que la vía hay que pasarla a tragos.

—Pero de otra agua, tío Ruperto.

—¿De cuál? ¿A ver?

—De la que echan de sí afuera las uvas: donde esté ésa no hay maniantal posible; que lo digan, si no, los que me escuchan.

—Yo digo que deben de ser de agua —insistió *Matusalén*.

—Creo que tiene razón el abuelo —añadió un chusco, el más borracho de la cuadrilla.

—Asina debe de ser —repuso Roque— pero tú no eres voto pa eciyo.

—¿Por qué no es voto? —clamaron algunas voces.

—Pos, justamente, ¡porque nunca ha probao el agua y no sabe qué gusto tiene!

Risa a la ocurrencia del mozuelo, guiños maliciosos de uno y otro lado, y amagos de zumba y fiesta en los trabajadores.

—¿Vaya que no se atreve el abuelo —dijo un mozo— a contarnos cómo *le habló* a la primera novia que tuvo?

La frase despertó una viva curiosidad.

—¡Que lo diga, que lo diga! —se apresuraron a repetir algunos.

—Sí, tío Ruperto —recalcó con evidente interés Roque, a ver si él hallaba la fórmula de *tirar el alpargate*, como en Andalucía se dice a declarar el amor, a la que deseaba tener por novia.

Y *Matusalén*, que en viendo alegre a la gente le importaba una higa ser el blanco de las risas, comenzó a contar de la siguiente manera:

—Andaba yo metío en una melencolía que me traía el color de las acetunas a la cara, y éste era el que no comía ni bebía pensando en los jamores, sin dar con el qui de eciye a la moza «mira que te quiero». Llegaba yo toas las noches a su vera, porque dambos servíamos en el mismo cortijo, y los labros mismos eran los que me se jacían uno solo en cuanto quería mermurá «buenos ojos te pudras».

—*Buenos ojos tienes* —corrigió con premura Roque.

—Corriente, pero ella no tenía los ojos en mí, u por lo menos asín lo feguraba, porque paecía complacese en atormentame, y lo mesmo era sentarme yo a su lao que enderezar ella la fina parmera de su cuerpo...

—¡Ejem! ¡Tío Ruperto!

—¡Cuidiao!

—Pos como digo: una noche me acerqué a la querencia de los pastores, y vino la cosa de perilla, porque en aquel presente se practicaba de lo mesmo, y, sin decir oste ni moste, me senté pa oír lo que decían.

—¿Y qué decían, abuelo?

—A eso voy. El jefe e la majá espicaba de esta conformiá la cosa: «No hay más que cortar un palito de jiguera, apresimarse a la mujé a quien se le quie jablá y eciye»: «¿De qué es este palito?» «De *jiguera*» —contesta en el momento la moza. —«¿Usté me *quisiera*?» —dice uno, y ya está la cosa jecha».

—¡Pos es verdad! Asíñ quea arreglá la eclaración por el mesmo *casao* de las palabras.

—De manera —empezó Roque, vivamente interesado— que se saca el palito y se dice: «¿De qué es este palito?» «De *jiguera*» —debe decir ella—. «¿Usté me *quisiera*?» —dice uno, y ya quea arreglá la cosa.

—Justo talmente —clamó *Matusalén*, que golpeó una mano con otra en señal de acentuación vigorosa.

—Pues yo creo —dijo uno— que Roque tendrá que dar la lisióñ cuando tan bien la quíe aprender.

—Eso digo yo.

—Y yo también.

—Señores, que el tío Ruperto entovía no ha acabao de contar el cuento —clamó el aludido, desviando el giro de la conversacióñ.

—Pos al final, la cosa es clara, asíñ lo jice —siguió diciendo *Matusalén*.

—¿Y qué pasó...? —preguntaron todos ansiosos.

—¡Que me dio unas *calabazas* que, perdonen los presentes, pero eran lo mesmo que tenajas!

Risa hasta desencajarse las mandíbulas en todo el auditorio.

—Pero eso sería —apoyó Roque cobrando esperanzas en la fórmula— que no le quedaría a usted la moza, ¡porque si le juá querío...!

E hizo firme propósito de declararse por aquel sistema.

La tarea, alentada por el placer de la conversación, que si unas veces ata las manos, otras las mueve más de lo ordinario, adelantaba con rapidez y lucía como nunca, siendo todo satisfacciones para Roque, pues de un lado el trabajo, y de otro la *receta de declarar amores*, traíanle tan alborotado el magín, como gallinero donde se *estrena* gallina nueva.

Las espuestas, encajadas unas en otras, subían pegadas al muro, hasta dar casi en la enramada; los capachos también se amontonaban a un lado, a medida que se les iba echando los remedios; los afianzadores de caña para sostener los papeles de los lechos ponían subido colmo a una caja, y todo lo que eran preparativos quedaba al corriente para acometer con decidido empuje la vendimia.

Entre las ramas de un árbol que cerca de un toldo mostraba su verde penacho, cantaba, emboscada en las hojas, una cigarra, como presidiendo la escena de verano, y todo parecía someterse a su voz, pues la pesadumbre de su nota se imponía a todo lo cercano, mientras languidecían las ramas y arrastrábase el viento bochornoso y pesado, como lleno de invisibles partículas de opio.

Por las veredas lejanas veíanse algunas cuadrillas, que ya habían empezado la vendimia, llevar sus cestos de uva a la cabeza y adelantar uno tras de otros hasta dar en los paseros de algún cortijo cercano.

Tal cual hoja seca, caída prematuramente de los árboles, rodaba con lentitud de cepa en cepa como buscando compañera con quien correr, y, al no encontrar hoja caída, seguía su marcha de tropiezos, llevando en los filos el silbido casi imperceptible del aire.

El horizonte era un horno inflamado donde las moscas, al cruzar, quemábanse las alas.

La cigarra seguía entonando su romanza como un rasgueado uniforme de vihuela; su armonía clavábase en los oídos, que, embotados con la música, dejaban de ocuparse de ella como si fuese una fatal imposición de la naturaleza.

Cuando llegó la hora de la comida, que ya tenía preparada Antonia en el cortijo, formaron los trabajadores una mesa de cajas y tablas, y pusieron en derredor trozos de pino por asiento.

Roque, al ir a avisar que podían traer la vianda, con la imagen de Rosario metida en la cabeza, repetía por el camino, dispuesto a declararse a ella y como niño que dice en voz alta la retahíla del mandado:

—¿De qué es este palito?

—De *jiguera*.

—¿Usted me *quisiera*?

X

LA VUELTA DE MISA

Muy esperanzado con el paso que a dar se arriesgaba acerca de los amores de Rosario: el justillo de los domingos mostrando en su pecho todos sus ramillos, bordados y hojuelas; la chaqueta ribeteada de trencilla, con golpes de arabescos, colocada con primor sobre sus hombros; el camisón de mil labrados, dejándose ver por las abiertas hojas del justillo, como se ven los grupos de majas al través de las caladas hojas de papel en la vistosa caja de pasas; el sombrero de *barquilla*, con motas y morillas en el ala, derribado sobre el ojo de donde partían los significativos guiños amorosos; los zapatos cuajados de torzales, con un solo cerco de clavos, ceñidos extraordinariamente a los pies, y el pantalón a vivas rayas, pegado como fuerte venda a las piernas, sale de la majada el acicalado mozuelo y apóyase en la enorme porra, que es el complemento de su atavío, llevando asimismo entre la faja un palito de higuera, que, como objeto que había de llegar a manos de Rosario, había de antemano primorosamente labrado a punta de navaja y esculpido en él con amorosa paciencia el nombre de su dueño.

Los pámpanos, caídos a uno y otro lado de la vereda, se abrían para dejar paso al pretendiente, y las hojas de los árboles, sacudidas por el aire, batían palmas de entusiasmo a su presencia.

La gente de los lagares por donde pasaba, admirada de verle tocado de tan rica manera, salía a la explanada para saludarle y para decirle:

—¿Ande vas, Roque, que tan bien vas engalanao? Pero él miraba con cierto desdén a mozas y mozos que salían a enterarse de sus proyectos, y metía el talón a la distancia, no dejando de vez en cuando de sacudir el polvo a los zapatos, con un pañuelo que para el caso llevaba de repuesto.

Al dar la espalda a algún cortijo, llevaba con disimulo su mirada desde las puntas de los zapatos hasta el pecho, con entera satisfacción de su orgullo, y dábale los retoques de mano necesarios para no dejar decaer su traje en lo más mínimo.

La petaca, obra de arte supremo, donde iba colocado un diminuto espejo, requería-la con hondo deleite y echábase un vistazo a las patillas, ensayando algunos guiños que había de hacer a Rosario, como preliminares del golpe decisivo del palito.

A veces, al atravesar la explanada de una casa por donde pasaba la vereda, venía-sele encima un perrazo enorme que abría el estuche de los labios y le enseñaba dos filas de dientes; pero Roque dejaba caer la *chivata* contra el suelo, partiendo una losa del porrazo, y el perro enfundaba los dientes, temeroso de perderlos. Seguía ladrándole el mastín y hasta daba carrerillas a alguna distancia como queriendo hacer presa en sus piernas, pero una mirada de soslayo del mozo helaba la sangre del perro, que retrocedía al punto de partida.

Como domingo, la animación era más escasa que en los demás días puesto que algunos trabajadores descansaban, pero en cambio tropezaba Roque en los cru-

ces de los senderos con grupos de mozuelas que regresaban de oír misa; entonces daba a su persona los rumbos y donaires necesarios, ponía bien abiertas las hojas del chaleco y, dibujando una sonrisa que realzaba el valor y la elegancia de las patillas, contoneábase al pasar y echaba un apasionado guiño a las mozas.

De trecho en trecho oprimía el labrado palito que asomaba por los pliegues de la faja, en unión de la cox de la pistola, la cual, con seis balas metidas en el cañón y llena de tacos hasta la boca, apuntaba a interioridades de su cuerpo tales, que, si el tremendo tiro saliera, no quedaría, a buen seguro, Roque con más ganas de andar metido en lances y cábalas de amores.

Paso pasito y echado de largo a largo en la confianza de ser correspondido, dejó atrás la medrosa cañada por la cual había cruzado con tan incomprensible miedo, subió después por un largo repecho, atravesó la cima de una loma y al cabo descubrió la casa de Rosario, emboscada a lo lejos en un magnífico velo de rosales y alumbrada por las brillantes luces de la mañana.

Allá, por el camino que conducía al cercano pueblo, divisó también a la familia de la moza, y a esta, que verificaban la vuelta de misa, y como presumió que de continuar al paso que iba, daría en la casa a punto *de caer en la sopa*, puesto que era la hora precisa del almuerzo, quedose oculto en una cañada viendo por entre el ramaje adelantar y acercarse al cortijo la familia.

El mozo erraba esta vez al dirigirse a mozuela que no era de su clase, y, para que se vea la distancia que separaba al humilde mozo de Rosario, presentaré al lector a la familia (acabando con el dibujo de personas), mientras sigue en dirección de la casa.

Manuela, como llamaban a la madre de Rosario antes de casarse, y *doña Manuela*, como hoy la llaman en el contorno, es la esposa de D. José. Y a un cuerpo

de baja estatura y algo lleno de carnes, si bien de aspecto delicado, une el ser un poco dada a los remilgos y un mucho a lo meticuloso, con lo cual, y atendiendo al moverse de sus ojos asustadizos, no pecaré de exagerado al calificarla *de dama de la media almendra*, sin que esto quiera decir que doña Manuela se dé fácilmente, y así como así, a lo ridículo, ni que no sea poseedora de todo aquello que constituye el principal encanto de la mujer, como es bondad, honradez, castidad y cierto aire pudoroso que hace que se la mire y que luego se la vuelva a mirar, y que cuando ha pasado nos deje dentro del alma un olor inexplicable, que no se olvida fácilmente.

Rosario es morena tirando de largo y muestra encendido ese color moreno por la sangre luminosa que baña su semblante. Sus mejillas recuerdan esas rosas de tono rojo oscuro, cuyas hojas parecen estar hechas de terciopelo. Los ojos, que campean en medio de ese tono de color y que le tienen destrozada la cara, son negrísimos, de un negro de cuervo, mate, lo cual da a la expresión algo de cadavérico y siniestro, pero que por lo mismo es de una belleza extraña y enloquecedora. El cuerpo con que hace junto este rostro el viaje por la vida es bien proporcionado, más bien alto que bajo, apretado de carnes, con lo cual hace pensar en las cosas de la tierra, y de una soltura y movimientos armoniosos.

Todo este tesoro va vestido con la mayor sencillez, y hasta con aire poco correcto; pero no sé lo que emana de la joven que, donde ella echa a rodar luces de los ojos, todo queda en una legua a la redonda como *aristocratizado*.

D. José es un severo señor, todo hidalguía, que parece hecho, por lo enjuto y elegantemente arrugado, de cáscara de avellana, y que denota un vigor de nervios y una entereza de carácter en completa armonía con el ambiente de antigüedad que envuelve su casa de campo, sus sobrias costumbres y todo lo que de él procede. Es D. José uno de esos hombres en los que el traje, o mejor, *el aire del traje*, parece como que es parte integrante de ellos, y los define y retrata mejor que el

más diestro pincel. El día que se muda D. José de chaqueta ya no es el mismo hombre: se necesita ver invariablemente en él sus zapatos de becerro blanco, que su pie estrecho y elegante hace presentable a los ojos; su pantalón de lana a cuadros, que jamás conoció mancha alguna ni rodilleras; su americana de ligero dril dando aletazos en torno de su persona a medida que el aire la remueve, su chaleco indefectiblemente desabrochado en algunos botones con lo cual pone a la vista la immaculada camisa, y su sombrero de paño flexible, color de pasa, que él se pone de un puñado y arruga artísticamente sin saberlo, con cuyas prendas y con cuyas circunstancias D. José es el hombre de porte más simpático, honrado y franco que vieron hidalgos de Galicia y nobles cosecheros andaluces.

Las tres personas, colocadas en la vereda por orden natural, es decir, Rosario delante, la madre detrás y el padre en seguimiento de ésta, adelantan y charlan a su sabor, sintiendo que ya el sol empieza a caldear y hacer hormiguar su sangre.

D. José, entregado a su natural abandono, ha tirado, con aire distraído, de la punta de un sarmiento de los que dan al camino y se ha quedado con un frondoso tallo de pámpanas en la mano, con el cual se abanica de vez en cuando. Rosario dice que es necesario que su madre le compre un vestido igual al que le ha visto aquella mañana a la hija del maestro, «porque ella no quiere ser menos que nadie».

—Eso a tu padre —le responde doña Manuela, tratando, en tono de broma, de quitarse la petición de encima.

—Vaya, papá —dice Rosario, apartándose para que pase la madre, y poniéndole una mano en el hombro a D. José cuando se pone a su nivel—: ¿me lo comprará usted? ¡Nunca me quiere comprar nada!

—Yo no: las mujeres son las que entienden de eso —añade afectando acritud D. José, aunque hecho por dentro una breva madura.

Y en seguida le echa una mirada tal la hija, inclinando la cabeza sobre su hombro, que necesita el buen señor ser su padre para no decirle en el momento que sí.

Dilucidando quién va a ser el que por fin le compre el vestido, la familia llega a dar vista a la casa, que, allá en la suave falda de un monte y sobre un valle formado de fértiles huertas, enseña sus muros blanquísimos entre los árboles y se destaca tras las frondosas listas de vides que se extienden por las laderas.

La casa resplandece en el paisaje, alegre, pura, risueña, llena de claridades de la mañana y cercada de bandos de palomas. Bien distante del pueblo, del cual sólo llegan, al caer la tarde, los ecos tristes y melancólicos de la campana, parece como hogar encantado, lleno de suaves conciertos y rodeado de ocultos manantiales de dicha.

Lo mismo cuando la confusa luz del alba cierne sus reflejos sobre su blancura, que cuando al morir el día se envuelve en agradable rumor de grillos, insectos y susurros de ramas, la casa parece colgada dulcemente al paisaje, y no resuena en toda la comarca, en épocas de quietud, otra voz que la lanzada por la familia, o el canto del pastor, cuando vuelve, entre el repique de las esquilas, de los campos. En las diáfanas noches de luna, entran por las ventanas impalpables bandas de plata, que van a dar en el suelo, simulando la aérea sombra de un cristal, y dibujan en derredor el follaje de las madre selvas enredadas a los hierros, como si la luz pasara, antes de llegar al suelo, por el gracioso calado de una mantilla. El rayo de luna lucha entonces con la claridad de la luz artificial que sobre una mesa alarga sus dormidos reflejos, mientras D. José se entretiene en ajustar en silencio las cuentas del día, levantando leve y crispado rumor con la pluma, que recuerda el crujiente papel del furioso y ofendido moro Tarfe¹⁷.

Ni un tumulto, ni un eco del mundo, ni un lejano resonar de voces que vaya a interrumpir el amable sosiego de la casa.

Ya cercana a ella la familia, que a toda prisa desea alcanzarla, resplandece bajo el sol de la mañana que la llena de luces y reflejos; un pavo real hace vistosamente la rueda colocado bajo un limonero; en el caballete de un tejado, destaca su aéreo perfil un gato que se pasea sobre las tejas viendo el andar menudo y engallado de las palomas.

La planta baja de la casa, típica de las casas de campo andaluzas, se compone de cocina, un cuarto en un extremo con una ventana baja cubierta de follaje y otra sala, también con ventana, llena de tiestos y verdura.

En el piso alto y único, anúnciase la habitación de los frutos por el intenso olor a pasas y Algarrobas; la del vino, por el misterioso zumbido de los mosquitos y el ruido levísimo de las efervescencias; la de comestibles, por el olor a los jamones y morcillas; y la de trastos rotos, por un especial e inexplicable olor a madera vieja, que anuncia su presencia. El pajar está colocado en la parte trasera de la casa, y en los rincones altos se admiran telarañas de todas dimensiones, y se percibe el grato aroma de la paja. En un extremo del corral, cubierto por frondosa parra, está la cuadra, con sus estacas y pesebres, y en ella se siente el continuo patear del caballo y los fogosos relinchos que dispara.

A unos quince pasos de la vivienda, se ve la fuente, con su eterno y monótono ruido, sus hoyos hechos en el suelo para poner los cántaros y sus ramajes cayendo sobre el manantial.

—¡Jesús María, qué calor! —dice al fin entrando en la casa doña Manuela y soltando en una silla el devocionario que trae en una mano.

—¡Uf, qué sol! —exclama al mismo tiempo Rosario, abriendo el abanico y echándose bocanadas de aire en el rostro.

D. José nada dice, pero se abanica igualmente con el tallo de pámpanas que aún conserva en la mano, y se suelta todos los botones del chaleco, pasándose después el pañuelo

por la frente. Y como intenta quitarse el sombrero para refrescar más pronto la cabeza, le interrumpe doña Manuela dando un grito, y adelantando las manos a su esposo:

—No te lo quites, no te lo quites, que te resfriarás.

A poco, no bien calmado todavía el sudor de su cuerpo, doña Manuela empieza a dar órdenes a los criados para que arreglen el almuerzo:

—¡Pronto —dice—, pronto!

Rosario principia a quitarse los alfileres de la mantilla y a echarlos en la mesa, donde rebotan al caer. Luego, y antes de despojarse del velo, va a mirarse al espejo, colocado frente a la puerta, guiada de ese afán de las mujeres de verse antes de descomponer su tocado para apreciar cómo se hallaron delante de la última persona. Tráese después con la mano, torciendo la cabeza, la enredada mantilla, y la empieza a doblar por las señales que se marcan en el tejido. El olorcillo a esencias y a *mujer* que se desprende de su cuerpo incita a cerrar voluptuosamente los párpados y a dar rienda suelta a los sentidos. Cambiándose después de traje, sale a la cocina con los enseres de labor en las manos y se dispone a continuar el bordado a que dio principio el día anterior.

—A almorzar —dice en esto doña Manuela; y, sin más tardar, la familia siéntase a la mesa y principia alegremente el almuerzo.

Cuando se han levantado de los asientos, doña Manuela vase por allá dentro a entretenerse en algunas tareas domésticas, Rosario se pone a bordar detrás de la hoja de la puerta, y D. José se va a una habitación interior donde hay un catre abierto incidentalmente. Quitase los zapatos dejando ver los pies cubiertos por blanquísimos calcetines, inmediatamente se desprende de la chaqueta y toma la línea horizontal, no tardando en dar señales de que ha sido invadido por el sueño.

Mientras borda la joven, una pluma de gallina, blanda y suave, es empujada por el aire casa adentro, y rueda con dificultad sobre las losas, perdiendo y ganando terreno, según que el aire la mantiene en flujo o reflujo.

En el espejo de enfrente de la puerta, se reproduce gran parte del paisaje, que forman primero tablas de huerta, luego oscuras copas de limoneros y, por último, una enorme mancha de sol, por medio de la cual se prolonga una larga hilera de cañas, que, movida por el aire, forma evoluciones de grande y alineado ejército desplegado en campo de batalla.

XI

¿DE QUÉ ES ESTE PALITO?

No bien pasó el tiempo suficiente para que la familia diese de mano a la cuchara, cuando Roque, saliendo del escondite de árboles, puso otra vez el pie en la vereda, dio algunos retoques de uñas a su pelo, estirose ambas *hojas* de la chaqueta y, asegurándose de que llevaba entre la faja el palo de higuera, sonrió con aires de triunfo y empezó a darle puntadas al camino.

En verdad que el mozo, puesto al servicio de tan cómica idea, obcecado por la ficción oída a *Matusalén*, armado caballero de declarar amores pues la *espada* llevábala llena de labores y filigranas en el cinto, parecía algo así como D. Quijote yendo tras alguna soñada Dulcinea, o una viva representación de la locura.

Pudo Roque emplear fórmula distinta de declaración, como la de aguardar el santo de Rosario para rondar su casa, afianzadas las manos a dos enormes limones, y en el momento de verla pasar tras alguna puerta o ventana, largarle un tremendo limonazo, que tanto más expresiva sería su declaración, cuanto con mayor

fuerza fuese disparado el proyectil; pero se contentó con adoptar la fórmula de la higuera, sin recurrir a libro alguno de dictar cartas, a recado por medio de zagal o a alcahueta de oficio, intermediarias que tanto abundan en todas partes.

Llegado que hubo, por fin, al empedrado de la casa que, entre otros diversos adornos, mostraba bellas combinaciones de guijarros y chinas de colores, abrióse por última vez el justillo para enseñar la labor de pechera y exclamó metiendo la *chivata* en la casa y clavándose en el escalón hasta no recibir contestación a su saludo:

—La pa e Dios sea en esta santa casa.

—Ven con Dios, Roque —contestó Rosario, que se hallaba sola en la cocina.

—¿Se pue entrar? —continuó el mozo adelantando más aún la porra.

—Entra y siéntate.

—Con premiso de los presentes —añadió Roque, que soltaba el plural sin venir a cuento, y se acomodó en una silla, a cuatro varas de distancia de Rosario.

—¿Qué asunto te trae por aquí a esta hora? —preguntó ella, ignorando el amor y las pretensiones del mozuelo.

La pregunta, hecha así a boca de jarro, desconcertó al mozo hasta ponerle la cara como el bermellón, y por un movimiento automático acudió con la punta de la porra a detener la pluma que en el suelo rodaba de un lado para otro.

Luego, sin querer aún poner las cartas boca arriba, continuó hablando a tropezones:

—Na en talmente me trae, si vamos al decir, sino que dije digo... ya quizás haigan vuelto de misa en ca e D. José, y allá me voy a pasar el rato.

—Te agradecemos la visita y puedes estar el tiempo que quieras: será muy grata la compañía siendo tuya.

El corazón de Roque pasó, al oír las últimas palabras, de la más honda emoción del miedo a la más fuerte de la alegría, y quiso decir mil frases de agradecimiento, pero se contentó con llevar la porra por segunda vez a la pluma, y darle varios empellones para atraerla.

—Y tú, ¿has oído ya misa? —siguió la muchacha por romper el silencio con algo.

—Sí... no... es icir...

Y hecho un tarugo, pues iba de tropezón en tropezón, exclamó como pudo, sin dejar quieta la *chivata*:

—Me se jiso una *mijiya* tarde, y cuando cavilé, ya venía la gente e güerta: no gorverá a pasame, lo prometo.

—Vamos, se te olvidó que hoy era domingo, y por eso no has ido a misa.

—Repito la semejanza de que no gorverá a pasame.

—¿O será más bien —repuso afablemente Rosario— que habrá por ahí quien te robe el tiempo, y por eso marchas retrasado?

—Ojalá y quien yo quiero me lo robara.

—¿Qué! ¿No sabe ella que la quieres?

Aquí Roque, que para guiñar era para lo único que tenía atrevimiento, y que no podía tener los párpados quietos cuando oía dos palabras tiernas, irguióse de la manera que saben hacerlo los enamorados, torció la cara para poner a vistas el ojo *elocuente* y, acariciando con la mano el palito de higuera, pegó uno y otro arco de pestañas, disparando por medio de ellas toda la malicia de su idea.

Rosario ni se percató de aquella señal amorosa, y clavó los indiferentes ojos en el bordado.

Como Roque dejó sin respuesta su pregunta, la joven añadió, metiendo y sacando la aguja en la tela:

—Nada respondes a lo que digo, lo cual prueba que habrá algo de cierto.

—Hay y no hay, si vamos al decir.

—¿Cómo? explícate más claro.

—Digo que yo cavilo por una mujer que me trae triste y melencólico; pero ella, ni esto sabe de la cosa.

—¿Y por qué?

—Toma...

—No se lo habrás tú dicho.

Si fuera posible expresar exactamente un suspiro con palabras, esa sería la constatación que yo tendría que escribir. Roque volvió a enfilarse en la silla, dióse un

par de primorosos tirones de la chaqueta, púsose airosamente de soslayo y unió nuevamente los párpados, lanzando otro chispazo de malicia.

Ni por esas. Rosario no veía los atragantamientos del mozo, ni se paraba en los guiños que le dirigía.

Entonces, para atraer la atención de la mozueta, recurrió el enamorado a los fingidos golpes de tos y, preparando un tercer entornamiento de pestañas:

—Ejem, ejem —tosió mirándola de hito en hito, creyendo que esta vez no marraría el pistoletazo.

Como a la tos siguió una pausa en que ni miró Rosario, ni pronunció palabra alguna:

—Ejem, ejem —volvió a repetir, abriendo y cerrando el ojo, como esos faroles que, a causa de contener aire interno, abren y pliegan su luz.

—¡No será el constipado por lo que madrugas! —dijo al fin la mozueta, para reanudar la conversación—. Porque cuando pierdes la misa...

—No es por eso, pero es por otro respetive.

—¿Por cuál, a ver?

—Pues... porque yo no duermo ni descanso, porque una mujer me trae la voluntad perdía, porque tú no sabes Rosario lo que pue un queré, cuando el queré es de oro fino.

—¡Acabaras! Si hubieras empezado por ahí, ya sabría en qué consiste lo que te pasa.

- ¿Y qué dices, ahora que lo sabes?
- ¿Que qué digo?
- Sí, jabra.
- Pues, ¿qué quieres que diga...?
- Te cuesta trabajo, ¿eh?
- Lo que digo es que eres un ingrato con ella.
- ¿Ingrato, cuando hasta daría mi reata de burros por un su suspiro?
- ¿Y qué iba ella a hacer con tanto burro?
- Es un decir, Rosario.
- ¡Ya!
- Lo que hay es que los labios me se cosen en viéndola, y no pueo jabrí la boca.
- Pues mira, eso no es bueno para decirle que la quieres; pero sí lo es por aquello de que en boca cerrada no entran moscas.
- Tú quieres martirirme Rosario. ¿No ves mis janelos, no ves mis causas?
- Muchas son, ya lo veo.
- Entonces, ¿por qué no mermuras «pos esto»?

—Es que yo no sé si te podría aliviar de esa pena.

—¿Aliviarme? Como que epende de que tú jabres.

—Pues bien, digo lo que tú quieres que diga, y es el único modo de complacerte.

—¿Es verdá eso? ¿Conque al fin tapiadas...? ¿Conque al fin...?

—¡Pero sepa yo al menos quién es ella!

Un chorro de hielo que cayera en pleno invierno, sobre las costillas del mozo, no le dejara más frío que las palabras de la joven.

Moviose con la color completamente pálida, quiso articular algunas palabras, y una emoción intensísima se lo impidió.

Luego *carraspeó* con la garganta no sé qué ecos de moribundo y echose la cabeza entre las manos, apoyando los codos en las rodillas.

—¿No quieres decirlo? —siguió sin alzar los ojos del bordado Rosario.

Roque, levantando sobre sí su ánimo como si fuera un peso de veinte quintales, irguiose como pudo y dijo con voz venida de otros mundos:

—Si te empeñas...

—No causándote perjuicios..., dilo.

El *moribundo* quiso jugarse el todo por el todo. Requirió el palito de higuera y, presentándoselo a Rosario, a tiempo que aparecía de repente su madre, dijo:

—¿De qué es este palito?

Mas como, al ver Roque a doña Manuela, guardara el trozo de higuera, la pregunta no pudo quedar refiriéndose más que a la *chivata* del mozo, que de todo podría tener menos de *palito*.

Rosario, al ver en manos de Roque la porra, dijo toda risueña:

—¿Que de qué es ese palito? ¡Pues vaya un palito!

Y como quería comunicar a alguna otra persona su regocijo, clamó dirigiéndose a su madre:

—Mira lo que me pregunta Roque: ¿que de qué es ese *palito*?

—Con él le daría yo en la cabeza a este zanguango —repuso doña Manuela—, a ver si no aparecía más por aquí. ¡El demonio del paleta!

Aquella segunda puñalada puso en pie a Roque como cadáver animado por el galvanismo. Echó el paso como pudo, y, al salir sin decir «adiós» de la casa, la pluma, que no había cesado en sus retozos y cabriolas, alzose en remolino impelida por el aire del cuerpo del mozo y, a semejanza del muchacho que se burla en la calle de los campesinos, dióle un pescozón en la cabeza, como si enterada del suceso quisiera demostrar su regocijo.

XII

LAS BROMAS CAMPESINAS

Habiéndole sorprendido a Roque la noche en el camino, pues se entretuvo el resto del día de lagar en lagar viendo de distraer su pena, no pudo estar de vuelta a tiempo de asistir al clásico gazpacho.

Hombres y mujeres que dieron de mano esperan bajo la enramada el momento de la cena, confundidos entre las pirámides de pasas que suben de los fruteros.

Antonia, como el *Gusano de luz* manifestara deseos de comer del plato andaluz, puso todo su empeño en sacar a las mil maravillas el majado de pan, ajo y pimienta que había de dar base y *origen*, como si dijéramos, al gazpacho.

Un lebrillo, lleno hasta los topes, asoma al fin traído por dos robustos hombres, y es colocado sobre una mesa, en torno de la cual forma círculo apretado la gente, que pone en movimiento las cucharas, después que *Matusalén* ha exclamado con

acento patriarcal: «¡En el nombre sea de Dios!» y ha cargado la suya con varias moles de pan, sostenidas milagrosamente sobre el peltre¹⁸.

La gente, que no quiere estar de pie, se acomoda en asientos consistentes: bien en un capacho puesto boca abajo, ya en un montículo de cajas vacías, a las veces en un trozo de pino, o bien en una descabalada silla con más boquetes que eneas.

El movimiento de brazo de los que cenan, establecido del lebrillo a la boca, y la *remada*, digámoslo así, de la cuchara, cada vez que entra en el líquido, producen una bulliciosa marejada en el interior de la vasija, haciendo dar vueltas vertiginosas al alimento, el cual aligérase pronto de sopas y conduce las restantes entre chispas de pepino, pequeños trozos de pimiento y alguna tajada de tomate.

Un rapaz de esos de carácter observador que tan a menudo se encuentran en los cortijos, ya mermado el alimento, mira la única sopa que da vueltas en la vasija y observa cómo cada persona desea darle caza con el mayor disimulo y cómo en la imaginación de todos bulle la misma idea, cual es la de que, anhelando cada campesino la sopa, ninguno, sin embargo, logra *embarcarla* en la cuchara por más trazas que pone en ello.

Pasa la sopa por una orilla, hunde la cuchara un comensal, y húyese al centro la aludida, formando remolino; alarga hasta allí el peltre otro pretendiente, y, ¡zas!, la sopa va a la margen opuesta, arrastrando consigo mil chispas de pepino y regodeándose de haber escapado; mete allí el brazo, tras ella, otro solicitante, y dando una *revolaina*¹⁹, escápase en derredor de la *pista* burlando otras cien y cien cucharas, todas rebosando en deseo de cogerla, pero ninguna lo suficientemente diestra para lograrlo.

Cuando no queda en el fondo del lebrillo más que el líquido suficiente para echar la *cola*²⁰, se hace esta derramando un poco de aceite en las espesas zurrapas del

gaspacho para luego sacarlas a sopa limpia, o *a pulso*, como dice la gente campesina, metiendo unos el pan cogido con los propios dedos y sosteniendo la salsa con la yema del pulgar, o llevándolo otros al fondo del lebrillo clavado en la punta de la navaja, y allí hornagueándola para que los residuos monten bien sobre la sopa.

Como es pleno verano, los hábitos, entre cálidos y frescos de la noche, pasan por las frentes de los hombres y contienen las leves granulaciones de sudor que principian a manifestarse sobre la piel.

—Roque mus ha negao esta noche —clama de pronto *Matusalén*, metiendo en el lebrillo una de *sus* sopas, que es, como si dijéramos, un cuarto de hogaza.

—Debe traerle sacao de quicio alguna moza, porque eso tan sólo podría apartarlo de la tarea —añade un mozo, que en medio de todo reconoce las buenas cualidades de Roque.

—Pos si juera asine —agregó de nuevo *Matusalén*—, sería cosa de que salieran ostés a daye un susto en el camino, porque no se pescan truchas a bragas enjutas.

—¡Je, je!, no está mal pensao, tío Ruperto —masculló con brutal alegría un hombronazo, que en punto a bromas campesinas había mostrado su inventiva en varias ocasiones.

—¿Les paece a ostés —siguió diciendo el gigante— que se le dé la groma?

—Sí, sí —gritan todos apurando las últimas sopas, y entonces añade el hombronazo, que responde al nombre de Miguel:

—Yo creo que lo que se debe jaser es pegaye una perdigoná.

—No —repuso el tío Ruperto—: el tiro... podría alborotar la comarca.

—Entonces —volvió a decir Miguel— en lugar del tiro se le debe pegar una paliza.

—Tampoco mes paece bien: es nejesario buscar cosa más prunte.

—Pos entonces no quea otro recurso que hacer la semejanza de un hombre jerío, en el camino, que pega lamentos porque lan piyao los ladrones.

—Eso ya no mes paece mal.

—Entonces manos a la obra. ¿Quién es el que va a jacer de jerío? —repuso Miguel, que se declaró súbito director del juego.

—Tú pues serlo —añadió uno—, los demás nos esconderemos pa veyo venir y riírmos del caso.

—Corriente —clamó Miguel como si pusiera la firma a un contrato.

Y no hubo necesidad de más. Cogiendo las mantas de los camastros, envolvióse cada cual en la suya, imitando a brujas y fantasmas, y se deslizaron sigilosamente por el camino que, arrancando de los toldos, iba a perderse en dirección de otros lagares.

Viniera del lado que viniese Roque, no tenía otro remedio que pasar por aquel sitio, porque no había ramal alguno que desembocara más cerca del cortijo, ni tampoco trocha conocida.

El escenario elegido para el *drama* no estaba, pues, mal situado.

Atravesaron por una cañada llena de batimentos de sombra, donde la hojarasca se quejaba con ecos medrosos.

Desde lejos, no se percibía otra señal en los hombres que las chispas surgidas del pedernal y del acero al encender alguno su cigarro.

Subieron, arropados en las mantas, por la vereda que conducía a lo alto de la loma y allí, bajo robustas encinas de profuso ramaje, distribuyéronse convenientemente, tumbándose cerca del camino Miguel, para aguardar el descuidado paso del mozuero.

Este, que, al verse de regreso y con la noche por delante, había ya sentido su miedo inconcebible, se anunció allá lejos por una copla que lanzó al aire para desvanecer su temor, y que fue poco a poco diciendo al salir de su boca:

Naide vencedor se crea
por más que suba la escala,
que el viento rompe la cuerda
o el demonio la desata.

A poco, en medio de ese silencio del campo que permitiría oír hasta el voltear en el aire de un insecto, percibiéronse muy lejos las pisadas de Roque, cuyas piernas rozaban los sarmientos, haciéndoles dar fuertes varetazos.

—¡Miguel, ahí viene! —clamó uno por lo bajo, agachado bajo una encina.

—Sí, ya lo siento.

—Da el primer alarío.

—No, otavía no.

El mozuelo cantó esta segunda copla, que se espació gradualmente por la comarca y rebotó en las cuencas vecinas:

Porque me ve hablar contigo
tu madre ma despreciao,
pero yo sigo en quererte
manque me diga zanguango.

—¡Ay, ay Dios mío! —clamó con voz acongojada Miguel, y como si realmente le hubieran cosido a puñaladas.

La primera emoción de Roque, al oír la voz de aquel hombre que *expiraba*, fue la que a veces se siente, en la duda de si se está despierto o soñando.

Era tan inesperado el suceso, que el mozo, con algunos temblores de piernas, echolo a una de esas vagas escenas que finge la noche en medio de su augusto silencio.

—¡No hay quien me favorezca, madre mía, no hay quien me ampare! —suspiró Miguel nuevamente, con voz tan débil como un sutil hilo de agua.

Ya no era ilusión lo que oía Roque: la queja seguía sonando y sonando cada vez más cerca. Lo atestiguaban los ladridos de los perros, que, con la tristeza de sus clamores, respondieron a la voz moribunda desde todos los cortijos de la comarca.

—¡Guau, guau, guau! —ladraban sin parar los lebreles y latían como si fuesen descubriendo la caza.

—¿Qué es esto, Dios mío? —lloró Roque casi, y se clavó en la vereda como si de pronto hubiera echado raíces—. ¿Qué me econtece a mí? ¿Qué me ocurre?

Y pasado el momento del asombro, echose a un lado de la vereda y se hizo de dos alas, que lo hubieran puesto a salvo, si no hubiese vuelto a clavarte en tierra la voz de otra fantasma que decía:

—¡Tú también habrás de morir, no corras, no corras!

Como acontece a veces en las pesadillas, que queremos salir a toda carrera, pero que a pesar de nuestro esfuerzo no abandonamos el mismo sitio, Roque movía inútilmente las piernas e invocaba todos los santos del cielo.

En medio de este paroxismo, vio salir de las próximas encinas uno, dos, tres, cinco, diez fantasmas envueltas en amplios mantos que el miedo centuplicaba, y que poco a poco iban hacia él, como las ánimas en pena de los cuentos.

—¡Roque! ¡Encomienda tu alma a Dios, que ahora mismo vas a morir! —clamaban con voz *de profundis* las visiones, acercándose cada vez más al fascinado.

El hombre se agitó con eléctrico temblor, hizo la bendita señal de la cruz y cayó de rodillas clamando:

—¡Perdón, perdón, almas del otro mundo, que yo no soy sino un infeliz que viene de recibir desprecios de su novia!

—¡De tu novia! —siguió con voz cavernosa el coro—. ¿Y quién es esa novia?

—No es sino Rosario la del lagar, almas mías; perdón y no me matéis.

La cara de Roque al decir esto, rígida por el miedo, tenía el color azul del relámpago.

—Trae acá las armas que lleves.

—¿Las armas? No llevo más que esta pistola y este palito.

—¿Un palito? ¿A ver?

—Aquí está.

El hombre que lo cogió, dándose cuenta rápidamente de que era el del cuento de *Matusalén*, dijo al mozo, haciendo a los demás la señal convenida de que se descubrieran y poniéndolos en idea de lo que pasaba para que contestasen a coro:

—¿De qué es este palito?

—De *jiguera* —respondió tristemente Roque.

Los mantos cayeron de las figuras, los hombres se aproximaron al mozo y, con una espantosa carcajada que atronó los oídos del fascinado, clamaron todos a un mismo tiempo:

—¿*Usté me quisiera?*

El bromazo no tuvo luego límites.

Del cortijo, mientras esto sucedía, el zagal, con los ojos hinchados de sueño, sacaba el jumento, al cual había de ir a darle agua a la fuente.

—¡Arre, platero! —gruñó tirando del ronzal de la bestia, y la aproximó a un *rebellín* desde donde dio un ligero brinco y quedó esparrancado sobre los lomos.

Salió en dirección al manantial, y el cortijo empezó a irse retirando del muchacho, que trocando su sueño por recelo, lo vio con pena quedarse atrás y blanquear en la distancia.

Miedoso también el zagal en grado sumo, pasó por las honduras de una cañada a tiempo que la campana del distante pueblo, dejándose escuchar débilmente, dio el toque de ánimas con religioso misterio.

¡Las ánimas! El muchacho, a medida que avanzaba hacia la fuente, creyó ver allá lejos una fantástica procesión compuesta de almas en pena, que no era otra que la de los hombres. La ronda de los murciélagos que giraba sobre su cabeza le pareció una funesta profecía.

En las albercas de los huertos cercanos reflejábanse las estrellas como flores caídas en el cristal, los ramajes se agitaban como queriendo referir historias de pájaros estrangulados por serpientes, brillaban a lo lejos los puntos de luz de los candiles en las casas del pueblo, y el zagal tomaba por una sospechosa visión cada peñasco que descubría.

Por fin llegó, paso tras paso, a la fuente. El agua caía lenta y rumorosa en la superficie, saliendo de la negra hendidura de una roca, y los rosarios de gotas se sucedían unos a otros como las desgranadas notas de una melodía.

El burro hundió con ansia la boca en las ondas trémulas, que en medio de su perenne vibración retrataron la tosca cruz formada por el hocico y las orejas del jumento.

La salmodia de grillos e insectos resonaba con apacible misterio; las gotas caían, caían en la fuente como las perlas de un collar...

Saciada la sed abrasadora del burro, olfateó con recelo en la oscuridad y *apuntó* con las orejas a las matas de juncos que echaban sobre el suelo sus medrosas

sombras de luna; silbó luego el zagal con filadas notas, incitando a beber más a la bestia; dio esta la última hocihada, dejando caer por la nariz dos delgados hilos de agua; y, vuelto hacia el cortijo el muchacho, metió los talones al jumento, a tiempo que en algún cortijo lejano, el perro, acostado en la broza, lanzaba ladridos entre sueños, creyendo ver aún la larga procesión de fantasmas que poco antes vagara por el aéreo perfil de la colina.

XIII

LA BUENAVENTURA

Una vez que se verificó la evolución de Concha, comenzó a dejarse ver en ella la mujer, bien en una impensada actitud del modelado cuerpo, ya en un dicho juicioso, aunque eran menos frecuentes; ora en el andar y en el mirar mismo, que tomaban augustos movimientos el primero, y vaguedades y deseos el segundo.

Aquel aviso misterioso que parecía querer venir a decir a su pecho que se levantara, a sus mejillas que tomaran tintas de rosa, a sus ojos que adquiriesen rayos valientes y a su ser todo que entrase en la plenitud de la vida, llegó de prisa y corriendo, y de la niña enclenque surgió bella e inmaculada la virgen, como del capullo sale y se despliega la corola.

Faltaba todavía que llegasen algunas curvas a su cuerpo, pero los ángulos desaparecían bajo formas esculturales, y había más inteligencia en su rostro y más reflexión en sus ideas.

Su simpatía por el viejo, una vez que ocupó más sitio en el aire su pecho, se hizo intensa y profunda, y se desvió de un modo imperceptible hacia lo que llaman amor, sin que la joven, ignorante hasta de lo más sabido, se diera la menor cuenta de ello y sí solo gozara de un modo inefable sus delicias.

Aquellos cambios de carácter que la hacían pasar de los más hondos arrobamientos a las supremas alegrías no huyeron por completo de ella, sino que le dejaron algo en su carácter, como el vaso guarda el aroma de las flores que contuvo.

Lo que daba idea, sobre todo, de su modo de ser era lo irreflexivo de sus obras que ejecutaba por naturaleza, la cual mandaba a su razón.

Capaz hubiera sido de emitir la más atrevida idea aun en perjuicio de su decoro, pero nadie podría ver en ella sino lo franco de la espontaneidad y lo impensado del pensamiento.

Lo positivo era que llegó a amar al cortijero, a pesar del espantoso contraste, y que, en oposición a su exquisita sensibilidad, los rasgos duros y enérgicos de un rostro, el aplomo que dan al hombre los años, las canas que acusan seriedad y nobleza, y esa confianza que ofrece la presencia de todo hombre de carácter, cosas que bajo una apariencia tranquila reunía el tío Sebastián, gustaban en extremo a la nueva mujer, y, por el contrario, dejaban su naturaleza impasible los esbozos de hombre, en los que ella no encontraba aquello que le llenaba de un modo tan completo las retinas.

Y así era todo en la joven. Si se trataba de paisajes, antes prefería las sierras ingentes y los peñascos abruptos que los cuadros de tonos de idilio y notas pastoriles.

Cuando el mar acumulaba alborotado sus ondas en la costa, cogía llena de ansiedad el catalejo y miraba con éxtasis de amante la rompiente.

Hechos constar estos detalles, Concha, que por un error de la naturaleza parecía tener la inteligencia en los sentidos, cuando ya intimó lo bastante con el viejo, tomó la costumbre de sentarse afablemente en sus rodillas, y en tan familiar postura quitábale el sombrero y hundía en él la nariz, buscando en los viejos forros de badana aquel *especial olor* que jamás pudo olvidársele.

Si entre una colección de sombreros le hicieran buscar el de su tío, por el olfato lo acertaría en el momento.

Tal era el poder de adivinación de su sentido.

Minuciosa en extremo, poníase a observarle al viejo las patas de gallo, que encontraba muy en su punto y lugar, y en más de una ocasión hizo por medio de cualquier ardid reír a su tío, solo para ver cómo se acentuaban aquellas arrugas y cómo de los ojos brotaba un vivo destello de malicia.

Luego dábale repaso al bigote, a aquel bigote canoso y graciosamente recortado, que, en unión de la boca, formaba una especie de hociquillo de gracia inimitable, y enseguida caía en sus investigaciones sobre el cuello, de una cenceñez y elegancia de pájaro, donde las yugulares se destacaban entre un suave mazo de tendones levemente iniciados bajo la piel.

Las manos del viejo eran también constante tema de la joven.

Se las cogía y empezaba a oler (siempre el olfato) aquellos dedos rosados y finamente corvos en las puntas, produciéndole extrema complacencia el aire de nobleza que revelaba en ellos el continuo roce con el oro.

La figura entera del tío gustaba en fin a la gentil enamorada, y las dulces y apacibles facciones del simpático hombre poníase misteriosamente a descifrarlas como se descifran las borrosas letras de un escrito amoroso.

Él, por su parte, no solo sintió crecer su simpatía hacia ella, sino que paulatinamente dejó rodearse de amor y de luz, como ansioso que estaba de ternura.

Lo que empezó por extraña simpatía acabó por encender el fuego en su pecho, y aquel afecto primero, que de puro sutil ganaría al tejido del aire, cobró poco a poco consistencia, contra las mudas protestas del hombre, y acabó por enroscarse tenaz a su espíritu, apretándole cada vez con más fuerza los anillos.

Su primer movimiento, al sentirse enamorado, fue de horror hacia lo que tanto él había anatematizado, y de asombro al verse totalmente poseído de su sobrina. Se llamó a sí mismo, se preguntó por las causas del fenómeno y no halló palabra que contestarse. Era un enigma sin demostración posible, una aberración contra la cual no había cálculos ni lógicas posibles.

En su edad de joven, cuando alguna vez pensó en los amores monstruosos y en las uniones entre personas de la familia, sintió toda la repugnancia que hacia el amor de su madre puede sentir un hijo; pero ahora se pasaba con armas y bagajes al enemigo, y muy a su placer, pues a pesar de sus honradas protestas y sus propósitos, a cada mirada de Concha daba un paso hacia adelante, que ya era imposible retroceder.

Sin embargo, llegó un día en que se llamó a serio raciocinio, y se propuso dominar su pasión.

—¿Qué sería si no —preguntábase en sus reflexiones— de la confianza puesta en él por su hermano, de las consideraciones debidas a la familia, de su honradez intachable y de tanta acrisolada virtud?

Luego, la campanada de su enamoramiento, dada a público en el contorno, expondría su respetabilidad al ridículo y a la mofa, y sería zaherido, ¡él! que puso su nombre y su fama por cima de todas las cosas de la tierra.

Tan saludable modo de pensar fortaleció sanamente su espíritu y le dio inusitados alientos para la lucha.

Esta se libraba en el fondo de su espíritu, sorda y oculta, sin que subiera a la superficie una sola burbuja que delatara la borrasca.

Avisado por la experiencia, pudo notar que en semejante pecado incurría, de una manera inconsciente, su sobrina, y como esta no podía prestarle ayuda en su resolución, tendría él que afrontarlo todo, desviar el afecto de la joven y no poner los ojos en ella, cuando una fuerza superior, irresistible, le hacía no apartarle un solo momento la mirada.

Las secretas energías del viejo, que siempre hicieron de su carácter una segura línea recta en lo que se referían al amor, flaqueaban por la ternura, y la línea se llenaba de curvas y de ángulos que no era posible enderezar.

Armado de los invencibles propósitos que le dieron sus reflexiones, provocó un día, seguro de su triunfo, la batalla. Y cuando más temible creyó el momento de pasear su indiferencia ante la muchacha, corrió a buscarla a su propia habitación, a la hora de la siesta, cuando, escondidos en los árboles, respiraban con la lengua fuera los pájaros.

A causa del calor, Concha se había despojado de los adornos del cuello y, rendida por la siesta, dormía mostrando al descuido las nacientes mitades del seno, que se mecían apaciblemente como columpio mágico y divino.

Empujó el viejo la puerta no creyendo que se hallara en tal disposición su sobrina, y la fuerza adquirida en sus razonamientos, la energía de que revistiose para

acometer su hazaña y el inquebrantable propósito de su indiferencia se estrellaron como flor de cristal lanzada contra el suelo, ante el cuadro de juventud y de belleza que presenciaba.

Quedó vibrando sobre sí como locomotora parada de repente, y al ruido que levantó al salir el viejo, despertó la muchacha y echose de la cama, renunciando al sofocante dormir de la siesta.

Impresas las arrugas de la almohada en su mejilla, en medio de arboladas ráfagas de sangre, salió con andares de sueño a la puerta y sonrió de un modo negligente a su tío. Este, con el espectáculo aferrado a las retinas, sentose a la puerta del cortijo, a aquella hora ocupada por una banda de sombra, que la llenaba de punta a punta.

Llevada de su costumbre, fue a sentarse Concha en sus rodillas; pero el hombre la rechazó, disimulando su estado, y cambió de postura en el asiento. Era una verdadera lucha a la que se hallaba sometido.

Hizo, afectando indiferencia, un cigarro; encendiolo en la yesca —que como siempre le pidió Concha para olfatearla— y, echando la primera bocanada de humo, se puso con mirada de autómata a repasar los incidentes del paisaje.

Por la lejana vereda que blanqueaba en medio de las vides, avanzaba una mujer con un enorme bulto a la cintura; y Concha, que por razón de la edad tenía la mirada más penetrante, dijo mirando al horizonte y apoyándose en el hombro del cortijero:

—Tío, ¿quién vendrá por allí?

—¿Por dónde? —repuso con voz sorda el martirizado.

—Por allá, cerca de la cañada: es mujer y trae un bulto a la cintura.

—Será la de los trapos.

—¿La vendedora ambulante?

—Así creo.

El *Gusano* entró precipitadamente en la casa, cogió el catalejo de encima de la mesa y, volviendo al mismo sitio, púsoselo delante de los ojos, haciendo pasar primero por la lente un trozo azul de mar, luego una lista de hazas de cañas, algunos árboles después que pasaron en confuso torbellino y, por último, después de algunas vacilaciones de puntería encaminadas hacia un punto, quedó la distante mujer *metida en el catalejo* y moviéndose como una muñeca de a pulgada.

—Sí, es ella —añadió después de toda esta operación la joven—. Parece gitana, ¿no, tío?

—Sí, viene de vez en cuando a ver si se quiere algo de ropa —contestó más sosegado el viejo.

—¡Lleva la tienda a la cintura! ¡Ja, ja!

—Y además echa las cartas, para acertar vidas y secretos.

—¿Tendrá los diablos en el cuerpo, tío?

—¡Qué diablos ni qué demonios! No creas en eso, mujer.

Quien tenía los diablos en el cuerpo era el cortijero, y de buena gana se lo hubiera confesado a la joven. Luego repuso tratando de hacerse más amable.

—Dice también la buenaventura: ya la oirás si quieres.

—Sí que quiero, tío; quiero que me diga... con quién me he de casar.

Como movido por un resorte, incorporose el viejo en la silla y preguntó con una voz en él nueva y nunca oída hasta entonces:

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por ver si es contigo.

Tan inesperada fue la salida que el hombre dio un bote, como si le pincharan alfileres, y añadió con las entrañas ardiendo de alegría, pero lleno de martirizadoras ideas el cerebro:

—Mira, Concha, no vuelvas a decir eso; ¡bueno fuera! ¡Habrase visto el arrapiezo!

—Si te quiero...

—Que calles, digo.

La espontaneidad de la joven, tan de súbito contrariada, llenó de vergüenza su rostro e hizo pasar por sus mejillas un encarnado velo de amapola.

Quitole el tío el catalejo, sin añadir palabra, y regulándolo para sí, pues lo estaba conforme a la vista de la muchacha, enfocó a la gitana y exclamó dando inflexiones distintas a su voz:

—Prometo comprarte el pañuelo que más te guste, si es que los trae: ¿quieres?

—Sí... —respondió en tono apagado la joven.

—¿Lo dices disgustada?

—No... señor —contestó retirándole el tú, de pronto, como acontece con frecuencia en semejantes casos a los adolescentes.

—¡Qué! ¿Ya no me tuteas...? Pues apenas si eres sensible; no se te puede decir nada.

La llegada de la vendedora disipó la emoción de Concha, más cuando la recién llegada dejó oír su chachara, por el *Gusano* desconocida, y soltó el bulto sobre el suelo.

—Qué pañuelos traigo, zeñó —dijo la vendedora tomando de golpe la palabra y con el tono y los aspavientos de las de su clase—, Tráigolos de color de fuego, que pa las morenas es la cuestión del anillo al deo. Vienen azule, jencarnao, verde y de tos los colores. Traigo además mantone de Manila que son una gloria con flecos, y mantillas pa ponele reja a los ojos, no sea que un querer bien se los lleve. Mire la joven este género onde to los matice e la primavera están reunios y echándose fuera unos a otros, como queriendo ca uno ser dueño de la prenda. Vea este pañuelo de Manila —y lo desplegabá conforme lo decía—, tapao de punta a punta por los ramos, ramillos, pájaros y plantas, que le dan su aquel y señorío, y píen los hombros de una buena moza como la presente pa envolverla en una alegría de colores.

—¿Qué precio tiene? —preguntó el tío Sebastián ante el prodigio, que lo era realmente, pues todo el pañuelo lo componía un soberbio bordado de flores.

—Para usted, señor Sebastián, no vale más que dos yuntas de duros, a razón de cincuenta duros por buey.

—¿Te gusta el pañuelo, Concha? —consultó el viejo antes de decidirse a comprarlo.

La joven, que había estado embebecida en la retahíla de la gitana, tuvo que hacer un esfuerzo para venir sobre sí. Una vez hecho su juicio, contestó afirmativamente.

—¿Conque doscientos duros? —repuso el viejo ajustando la cuenta de los bueyes.

—Ni un chavo menos, zeñó. Bien lo merece la moza, que es la reina del contorno, así Dios la bendiga.

El pañuelo acabó de desdoblar sus pliegues produciendo un deslumbramiento en las retinas de la muchacha; arreglolo la vendedora para colocarlo en los hombros de Concha, púsoselo esta participando de la alegría del adolescente y de la vanidad de la mujer, y su rostro resaltó de entre el vivo sembrado de flores.

El viejo estremeció todos sus miembros de gozo al ver encerrada en aquel incomparable manto a su sobrina, que parecía el símbolo de la primavera.

—Cara es la prenda, y será necesario que la arregles.

—¿Cara, zeñó? Cara dice su merzé, que apalea las onzas y es dueño de toíto lo que descubre la vista y de lo que no descubre, con ítem más las piaras de cabras y borregos, y las parejas de bueyes y toa la masada que es la gloria del Paraíso.

Concha oía embobada la retahíla, como si las palabras fuesen filtro que la hipnotizasen. Jamás había ella oído semejante manera de hablar y solo, cuando las palabras habían pasado, dábase cuenta, a medias, de lo que significaban.

—Tres mil reales —añadió el tío Sebastián— doy por el mantón, y cuenta que está bien pagado.

—Zeñó, no me deje su merzé manca las parejas de bueyes, que con una ruela no anda un carro, y pa dos carros dos parejas. Que no diga la moza que su merzé regatea lo que le da tanto del aquel y señorío por cima del que ella tiene, y se mira en la cifra cuando solo debía mirarse en sus faicione. Parejas más desacordes que la de su merzé y la moza ha reunio Dios y les ha echao las bendicione. El hombre ha de tener años, porque con ellos viene la experiencia; y la mujé, que to es espuma y cosas delicás, nejecita de una mano que la guíe.

Empezado a encerrar en el círculo de hierro infranqueable en que la sagaz y melosa gitana (que durante la probatura del pañuelo pudo notar algo de aquellos ocultos amores) quería meter al viejo para tenerlo de su parte, este cortó la relumbrante sarta de palabras, muy parecida al collar de falsos corales que la vendedora lucía en el cuello, y dijo para terminar, antes que la bruja enredara nuevamente las cerezas:

—Voy a darte los doscientos duros, y punto concluido.

Entró inmediatamente en la casa, salió con el dinero y lo puso en manos de la mujer.

—Ahora querrá la moza que le diga la buenaventura y le acierte con quién se ha de casar.

—¡Sí, sí! —gritó más bien que habló Concha, fascinada completamente por la bruja.

Hízose el desentendido el cortijero, cogió la vendedora la mano izquierda de la joven y, rodeándose del aire de adivinación de los iluminados, rompió en explosión

de palabras, que no parecía sino que iban untadas de jabón, según lo que huían y se deslizaban.

—En el nombre sea de Dios —dijo penetrando en sus misterios la gitana— y en el de las tres personas de la Santísima Triniá. Le canta la estrella de la mano a la mi reina, a la mi virgen, a la mi rosa hecha de gloria y ambrosía, que no falta un tilde al cariño de una persona que se desaparece por ella. No lo digo por enlabiarla con palabricas dulces y ronceras, que no soy la brujidiabla embaucadora que levanta chismes y cuentos, y ningún útil he de sacar de la monserga.

Tú escuchas una voz por de dentro que repite el nombre de una persona que no está lejos de ti, y aunque ella no te pone boca arriba las cartas y te declara lo que siente, te llama por el remoquete de «su gloria».

Allí donde ubique tu persona allí está su cariño, y puedes quererle sin hacerle retirá de tus amores, que siempre te tratará con mimo, y nunca te bataneará la espalda con palo o con porra. No es ningún garzón el que en secreto bebe sus lágrimas y se muere por los negros aladares de tus rizos al mismo tiempo que echa en secreto sus lastimerías y kirieleisiones, sino que, antes bien y con ventaja, es un viejo cabal, y en esto puedes fiarte. No hayas penas de que te olvide, que cada y cuando que quieras tendrás su corazón en prisiones, y él nunca querrá atravesar paso malo para la tu vida.

No se mustiará tu hermosura con el aquel de las cavilaciones, porque nadie arma celá contra tu pecho, y la persona que te quiere será el antemural de tus revese.

Mía fe si lo que digo no es cierto y te sé punto por punto tus pensamientos. Los ápices más leves de su cariño te corresponden, y ya puedes tomar huelgo

de su amor que en su pecho no cabe y se rebosa. Cierta nunca djote te quería, pero el intento de decírtelo llega a su boca y se vuelve, señal de que quiere con fatigas.

Él es muy tu aficionado y acecha tus movimientos para recrearse en tu hermosura, y, cuando tú vuelves la cara, él mira distraído a otro lao. Al son y compás que tú andas, él sufre la pena de no echarse a tus pies y se aleja devorando gemíos que no suenan, que son los que acusan los verdaderos amore.

Ya te he dicho qué clase de persona es la que está pendiente de tus gracias. Ahora dale algo a la pobre gitana y te diré el nombre de la persona. No será cosa de mayor marca la que te pida: que suene el argén en la otra mano y, dispuesta para la tarea, te diré cómo se llama el enamora.

Encendida como una deslumbradora flor de granado, palpitando de emoción y alegría, que en la joven borraba los recuerdos tristes por recientes que fuesen, y sin traer a su memoria para nada la regaña del tío, pidió a este una moneda que, atribulado, puso en su mano, y quedó la joven esperando el secreto de la gitana.

Rebullíase en la silla el viejo vacilando entre dejar seguir a la bruja o echarla a patadas del cortijo, y, en medio de la situación de cada persona, acabó de este modo la gitana:

—El viejo que redobla por ti, la mi azucena, los golpes de su pecho y sufre martirio de quema entre el escuadronamiento de tus pestañas; quien te lleva y te trae en el magín y ni durmiendo te suelta, quien no se atreve a abrir los labios para decirte que te quiere, cierto es y de no dudarlo que le conoces, pues con él vives, a su mesa te sientas y a la continua escuchas su cantata. Ahora averigua tú su nombre, buena moza, que no es difícil, a fe de la gitana que te adiestra.

Guiñando el ojo hacia el viejo para que Concha acabara de descifrar sus palabras, hizo apresurada el bulto de ropa, sospechando que se cernía cerca la tempestad, y la muchacha corrió, sintiendo un goce agudo en sus entrañas, hacia su tío, diciendo, en tanto que coqueteaba echándola de mujer y arrastraba la deslumbrante caída del pañuelo:

—¡Contigo me caso, contigo me ca...!

—¿Crees acaso en lo que dicen las brujas? —saltó colérico el tío Sebastián, mientras tiraba de un fuerte empellón a la gitana, que partió como una furia por el campo, arrastrando los géneros de su tienda—. ¿Crees en lo que dicen estas embaucadoras de oficio para engañar tontos y sacarles dinero? Mía es la culpa que, creyendo proporcionarte risa solamente, he permitido que oigas su retahíla sin sustancia, a que ni siquiera he puesto oído.

—Dice que me quieres y que no te atreves a decírmelo.

—A ver si callas y no dices más disparates.

Entrose el tío Sebastián en la casa, echó Concha el pañuelo sobre una silla y, llenándose de repentina tristeza, quedó mirando, sin verlo, el toldo de moléculas luminosas que cubría el cuadro magnífico del campo.

XIV

EL AMASIJO CAMPESTRE

Reprimendas echadas al amor por causas del amor mismo son palabras escritas en el viento. Concha, después de nuevas regañas del tío, volvía a hacer las paces con él, y él tornaba a dejarse iluminar por los ojos de ella.

En medio de la más completa armonía de una y otro, llegó, después de pasado tiempo, la víspera de uno de los días de amasijo; y, como a la joven interesaban las escenas campestres, dijo, antes de acostarse, que la llamaran a hora oportuna, pues quería ver, en unión de su tío, la tarea.

—¡Arriba, que ya es hora! —gritó a la puerta del cuarto de Antonia, que era la obligada directora del amasijo, el madrugador y diligente Roque, muy antes de venir el alba, y fuese luego con más tiento a llamar en la habitación del amo, que también deseaba presenciar la faena del amasijo.

Una vez de punta el tío Sebastián, cerciorose de que hacía Concha el arreglo de su tocado. A decir verdad, esta no pegó ojo en toda la noche, primero por aquel

imposible amor hacia el viejo que se le había metido en los cascos, y segundo porque interesaba a su curiosidad la escena que habría de verificarse antes del día.

Así como en la época de la matanza el cerdo hace levantarse antes del alba a la gente, poner a hervir el agua en la caldera, afilar cuidadosamente los cuchillos y preparar vasijas y *camales*²¹, así el costal de harina pone en animación a los campesinos y los alista para el trabajo.

Clavado en el muro el candil, que se agarra con uña de hierro a una grieta, alumbraba bajo sí el lebrillo pegado a la pared y colocado a un metro de altura del suelo, en cuyo vidriado fondo mίrase la porción de harina morena, ya cernida y limpia de *afrecho*²², en que Antonia, dando principio al amasijo, mete al fin ambos brazos remangados hasta arriba y comienza a hacer el hoyo donde habrá de caer la levadura que la noche antes *resentó* para tenerla preparada.

Envuelta entre delgadas hojas de acelga, sάcala Roque de la *orza*, y en el centro del lebrillo, una vez que el agua ha diluido la sal, cae la agria masa que las manos de Antonia oprimen con manejo y aprietan hasta dejarla escapar por entre los dedos, yendo a confundirse con el salino caldo y con los primeros derrumbamientos de la harina.

Los que se hallan dispuestos para meter los puños en la masa, bien como gladiadores para la lucha, son Roque, otros dos trabajadores y Miguel, capaz por sí solo de hacer un amasijo mediante cuatro empujes de sus muñecas.

Concha, animada a la vista del trasiego, quiso también tomar parte en el trabajo, y al efecto remangose las mangas y lavose con todo esmero los brazos, que, al caer sobre el lebrillo, arrancaron una honda vibración al cortijero, el cual jamás vio desnudos aquellos dos prodigios de estatuaria de su sobrina.

Habíase desarrollado notablemente Concha durante el último tiempo y había también perdido las vagas indecisiones de la niña.

En su pecho, cuando la respiración era fatigosa, parecía que temblaban ondas de mar y se mecían en dulce balanceo.

La garganta de rosa había adquirido un brillo de marfil y ese aire virgíneo parecido al velo hecho de polvo de oro, de que se visten los frutos en las ramas.

Ancha de espalda cerca de los omóplatos y estrecha y bien regulada en la cintura, preparaba la vista a caer sobre las anchas y soberanas caderas, que se abrían en curvas sublimes.

La quijada redonda, llena de un vello tan leve que haría soñar con las noches de luna, tenía también un sello de fruta en sazón y ese particular encanto que poseen en esa parte del rostro las mujeres. Sus ojos se habían majestuosamente agrandado, y aquellas esferas verdes de sus pupilas eran ya capaces por sí solas de *encerrar* un amplio paisaje, que sería para ella paisaje divino, si en él descollaba la bondadosa y simpática figura del cortijero.

En toda la mujer se veía la redondez y plenitud de la curva, y la piel satinada de la virgen, atirantada por el bello manantial de la salud.

A buen seguro que si el padre de Concha la viera en aquella actitud desafiando el trabajo y envuelto el rostro en una claridad de alegría, lanzaría una exclamación de sorpresa, atónito y absorto ante el prodigio.

Detrás de este cuerpo que poseía todas las clásicas líneas de la escultura estaba el infeliz cortijero luchando consigo mismo, viendo rodar sus propósitos de indiferencia a cada ondular de aquel soberano conjunto de curvas y belleza.

La emoción del tío Sebastián siempre que se hallaba en presencia de la moza era la misma que se experimenta ante aquello que nos domina y avasalla, como la contemplación del mar o la asombrosa vista de una pirámide.

El aire que al andar levantaba la diosa le hacía tambalearse como débil junco a pesar del brío que había adquirido su naturaleza. Dijérase que al andar sonaba el cuerpo de la mujer con ritmos de flautas pastoriles que llenaban el alma de hermosos recuerdos de los campos.

Era su pisar ligero, como el de ser a quien no pesa la vida, y se derramaba una elocuencia de sus movimientos como jamás se vio en poesía alguna celebrada.

Envolviéndolos a todos en aquella claridad que emanaba de su hermosura, los llevaba sin sentir en el trabajo y les hacía apetecer la tarea, bien así como el motor hace andar briosamente el complicado laberinto de las ruedas.

—¿Cómo se hace esto? ¿Qué se hace ahora con aquello? Venga acá ese cuchillo.
¿Dónde se pone el *jintero*²³...?

Todas estas preguntas hacía la mujer presa de calurosa inspiración y, cuando más interesada se hallaba en la tarea, ¡zas!, daba un fuerte encontronazo a su vecino que le arrancaba francas carcajadas, porque la torpeza iba envuelta en un mundo de gracia y alegría.

Antonia, contagiada del entusiasmo, hasta llegó a olvidar la tenaz idea, fija en su mente, de haber sorprendido al viejo en noche pasada, dando un beso, no muy familiar, a la muchacha.

En poco tiempo, Antonia había cobrado gran cariño al *Gusano*, y su carácter indomable se hacía de mieles y manteca ante el menor capricho de la joven.

No había medido nunca sus fuerzas en punto a encararse con el amo y decirle cuatro verdades al respecto de la joven, pero llegado el caso lo haría, tenía confianza en ello.

No tan dueño Roque de aquella faena del amasijo como de la de dirigir una escena de campo, andaba atortolado de un sitio para otro y, a cada empellón que dábale Antonia al tropezárselo, medía con el cuerpo las losas, o andaba a cojitrancadas por la cocina.

—¡Quita allá! —decía con cara de vinagre la mujer—, siempre estás en medio como el miércoles.

Él soportaba el empellón pateando con los clavos, y a veces resbalaba arrancando una estrepitosa carcajada del concurso.

—¡Vaya con la señá *Corajúa*! —respondía él en son de burla y buscaba un sitio lejos del suyo para seguir metiendo los puños en la masa.

—¿Pa qué te vas ahí? Ven y verás cómo te casco las nueces.

—¿A mí?

—Más hicieron contigo aquella noche cuando venías de ver la novia. ¡Dejarse mantear!

—¡A mí no me mantearon, mentira!

—¿Dónde ibas con el *palito* de higuera?

—Pues a hacerle a usted una aguiya de jacer media.

—Déjame, Concha; verás ese desvergonzao cómo le hago tragar la masa. ¡Mira! —dijo imperiosamente—, anda y menea con el garabato el horno y métele otra gavilla.

—¡Hun, hun, tía Garduña!

La boca roja del horno brillaba a aquella hora como un ojo candente y arrojaba ondeantes chorros de llamas que lamían el negro cañón de la chimenea.

En el interior de la caverna ardía la leña metida en fuerza de fuerza con la *horquilla*, y los sarmientos crujían y silbaban exhalando filados pitidos.

Cerca del horno, cacillos, peroles, anafres imitando bonetes de cura, tenazas como descomunales tijeras y un complicado muestrario de botijas, alcuza y almireces ocupaban buena parte de la estancia, dando marcado carácter a la habitación de guisar o trascocina.

En el suelo tejían accidentada alfombra reseca gavillas de sauce con otras ariscas de sarmientos, y les hacían compañía ataderos llenos de nudos, una pala de sacar pan con la placa mellada por los filos y una colección de *garabatos* y *jurgoneros*²⁴.

—Ya está atizao el jorno, ahora falta meterla a osté pa que pague lo que debe —rezó el mozo después de haber metido la *calda*²⁵.

—A ti es al que hay que meterte a ver si te quean ganas de juego; ¡anda, namorao!

Concha se reía de los hablars y decires campesinos.

El cortijero, que en viendo conatos de jolgorio tomaba la de dar la espalda al concurso para dejarle en libertad, fue a sentarse en la portada de la casa bajo el

pabellón de madre selvas y rosales, sacando allí la petaca y quedando embebecido en las ideas que le traían atormentado.

No podía él continuar más tiempo de aquel modo.

Su falta de resolución de no enviar ya con su padre a la muchacha le sublevaba la conciencia y le llenaba de tenebrosas ideas el cerebro. Quería acometer la necesaria separación de su sobrina; pero, entonces, una raíz que hubiera afianzada a sus huesos y que quisieran arrancarle de pronto no le haría tan terrible efecto como la idea de la separación. Tenía ya a la mujer dentro de sí, la respiraba, *la vivía*. Acostumbrado a ver la reducción de su propia figura en aquellas celestiales pupilas verdes, creía que se iban a apagar de pronto los astros si por acaso se las retiraban. Al pobre se le habían encalabrinado los cascos. Le había caído un rayo de sol en la sangre.

Concha, echando de menos, en un girar de cabeza, a su tío, corrió por la casa hasta encontrarle sentado a la puerta, y, según costumbre, que ejecutaba por irreflexión, después de amenazar abrazarlo con las manos llenas de masa, se sentó en una de sus rodillas preguntándole si estaba disgustado.

La emoción que experimentó el viejo fue como si le abrieran los huesos de alegría y le bailara un tropel de diablos en el estómago.

—¿Te gusta el amasijo? —preguntó con un leve viso azul extendido por las facciones.

—Sí, pero como te viniste...

—No es cosa de que esté allí entre la broma, mujer; anda tú y diviértete.

—Prefiero estar contigo, déjame.

Él le hizo instintivamente cadena con el brazo a la cintura y le dijo en tono indes-cifrible, pero en el cual parecían oírse como lejanas inflexiones de llanto:

—Mira, Concha, es necesario que no seas exagerada, que cambies de manera de ser y que no quieras pasar por cima de las cosas naturales: yo no puedo consentir que me quieras de ese modo que solo le caería bien a un joven como tú. Aprende de mí, que...

Las inflexiones se hicieron pronunciadas hasta el punto de que, notando Concha algo extraño en la voz de su tío, se le agolpó el sentimiento a los ojos y, clavándole con el saliente pecho en el muro al darle un afligido abrazo, le dijo hecha toda una congoja:

—¿Qué tienes, tío? Parece que dices eso así; no sé, como...

—Lo que digo, Concha, es que es necesario que te marches con tu padre: ya estás completamente buena.

—¡Con mi padre! ¡Me despachas de tu lado! ¡No quieres que esté aquí! —dijo soltando un aguacero de lágrimas la mujer, las cuales cayeron sobre el convulso pecho del cortijero.

Los gemidos en que rompió, como búcaro en perfumes, el pecho de Concha hicieron pasar un velo de tinieblas por los ojos del viejo, que vio oscura de pronto la plateada noche de luna.

Rígido y estupefacto como quien acaba de matar a traición, asombrose de lo que había dicho y agregó sin poder barajar las palabras, bien como ocurre con la sarta de cuentas desatada, que, entre querer sujetarlas y contenerlas, dan todas desparramadas en el suelo:

—¡Qué! ¿Lloras? ¿Por qué? ¿Qué he dicho yo? ¿He dicho que te vayas? ¡No, quédate, quédate, haz lo que quieras! ¡Pero no llores, no llores por Dios!

—Si me quisieras no me despacharías.

—Te quiero, sí, mujer; pero entérate de lo que digo.

—No vayas ahora a querer enmendarla.

—Lo que digo es que puede traer malas consecuencias que tengas esos extremos. Quiéreme, pero de la manera que yo lo hago... así...

—¡¡Cómo!! —dijo ella agolpando a los ojos, en expresión de ansiedad, toda la fuerza de su ser.

—Así... como tío tuyo que soy...

Concha buscó, por un impulso natural, los labios del viejo con los suyos propios y, en su pasión, despojada de toda malicia, le estampó un beso en la boca, el cual torció el curso de la contestación del hombre e hizo estallar, en cambio, sus labios en un diluvio de besos, que fueron a formar ardiente y arrebatado collar en torno del cuello de la joven.

Los últimos chasquidos llegaron a oídos de Antonia que venía en busca de la joven, y, no pudiendo contener un tremendo impulso de cólera, tiró de un brazo de la muchacha llevándosela para adentro, y mordió y trituró algunas palabras como si estuviera entre sus dientes el rayo.

—Mala muerte para el viejo —dijo—, que ya es la segunda y me va a pervertir a la muchacha.

—¡Antonia! —balbuceó esta sin conocer, en realidad, su situación.

—No es la culpa tuya, no; es de tu tío.

—Pero si le quiero...

—Tú eres una loca que no debías ir en busca de él.

—Voy porque soy su sobrina.

—Porque no sabes lo que haces.

Sin que nadie pudiera notar el incidente, entraron el *Gusano* y la criada otra vez en la estancia del amasijo; y Antonia, disimulando por reflexión, y Concha por instinto, se unieron de nuevo a la tarea.

El viejo, semejante a una estatua de hielo, quedó sin saber qué partido tomar.

Sin mover el más pequeño músculo, permaneció sentado en la silla a modo de rígida estatua, que venía a blanquear la luna para que fuese más completa la ilusión.

Sin ideas, porque en las grandes emociones no se tienen, quiso meditar, y se le había borrado la costumbre de hacerlo; luego movió automáticamente los brazos y púsose en pie tomando la dirección de su cuarto.

El amasijo adelantaba a toda prisa. Antonia, con la furia que le andaba como torbellino por el cuerpo, cogía sobre el *jintero* las bolas de masa, y en un decir amén las vapuleaba con una y otra mano, las volvía, las tornaba a la anterior posición, y salía el pan hecho de sus manos, yendo a incorporarse a las filas de los ya terminados, que formaban hileras en un camastro tendido sobre el suelo.

Roque pesaba las hogazas y las ponía cerca del lebrillo, y los demás se entretenían en sobar los *pellugones*²⁶ a fuerza de pulpejo, empleando los mismos movimientos del lavado.

El horno, mientras tanto, empedrado de vivas ascuas, se agitaba con rugidos de marea, formando fieras explosiones de llamas. Cuando se acercaba alguna persona y removía el fuego con el garabato, apagábase de pronto la lumbre, y, después de unos instantes, una brusca detonación precedía a un espantoso vómito de llamas que el horno disparaba al encenderse.

Hechos y enfilados todos los panes, y una vez a punto de cocerlos, Antonia los saeteó con una aguja de hacer media, pensando en que lo mismo punzaría la cabeza del viejo, y enseguida ató a la punta de un palo el *barredero* de matas, no sin grandes miedos buscado por Roque en las afueras del cortijo, y lo movió con gran manejo barriendo el pavimento del horno.

Puestas después las personas en fila desde el lecho de los panes hasta cerca de la roja caverna, fueron pasándose las formas de masa de unas manos a otras, hasta que caían sobre la pala, que, manejada por la sirvienta, las ponía en fila dentro del horno caldeado, como antes habían estado sobre el suelo.

La puerta tapó la boca de la cueva, y la gente fue a lavarse las repelladas manos en un gran lebrillo de agua, que se tiñó de un color marcadamente blanquecino.

El alba adornó después, con líneas tiradas a regla, el horizonte; el día recogió del cielo las estrellas, y el sol, asomando tras las crestas de los montes, fue briosamente a romperse sobre el rocío de los cañaverales.

XV

BATALLA

Furiosa como león que da vueltas dentro de la jaula, iba y venía Antonia, a la mañana siguiente, desde la cocina a la sala y desde la sala a la cocina, ocupada en las tareas del almuerzo, sintiendo aún en todo su ser la ira de la noche anterior, tema que la tuvo desvelada toda la noche y con el oído alerta, por si notaba que el viejo salía, con no buenos fines, de su cuarto.

Ningún incidente turbó las doce mortales horas de la noche: a la mañana, vistiose Antonia como de costumbre, púsose Roque a ordeñar la cabra que daba sus vasos de leche para el cortijero y para Concha, y el espacio se llenaba con los rumores del trabajo, que se activaba más que nunca en las tareas de la vendimia.

Titilándole las miradas como pistilo dentro de cáliz de flor, salió Concha de su habitación sin atreverse a dar a Antonia los buenos días, como que en su interior algo estremecía la conciencia y le acusaba de la escena pasada con su tío.

Sentose tímidamente frente a la puerta dejando ir los ojos por el paisaje, y sintió, sin atreverse a volver la cabeza, los bufidos de leona que daba la sirvienta yendo y viniendo con las viandas, y las palabras de cólera que lanzaba a media voz contra el viejo que de tal manera se conducía.

Este, que en lances expuestos como en algunas veces le habían visto, sacaba de sí un valor que haría palidecer al más valeroso, se dejaba vencer y avasallar en punto a susceptibilidades de pudor, y esto era lo que a las nueve de la mañana le retenía aún en su cuarto, no atreviéndose a afrontar la mirada de aquella honrada Antonia, que, durante los años de prestar su trabajo en el cortijo, nada había encontrado que echar en cara al viejo, ni la más leve desviación había notado en su conducta.

Intenciones veníanle al hombre, movido de su completa desposesión de orgullo, propio de las naturalezas bondadosas, de ir a Antonia y pedirle perdón por su culpa prometiéndole firme propósito de enmienda; pero contra esto se alzaban las miras en que tenía que permanecer como dueño que era de la casa, y las que era necesario guardar a todo trance. Aquel paso de la estatua bajando de su pedestal para pedir perdón por su culpa a una criada destruía por completo la armonía que él establecía por movimientos instintivos, en todo, menos en las cuestiones amorosas, y le traía como a modo de un calorcillo de vergüenza al semblante. No era posible afrontar la cuestión por este lado. De otro, solo quedábale el recurso de salir como en los demás días del año a ocuparse en sus quehaceres, dejando en su cabeza *esfumada* como un sueño la escena que embargaba por completo su ánimo.

Así la veía él a veces, perdida como un jirón de niebla en su cerebro a fuerza de pensar ella, y a veces hasta creía que nada había habido de real y que todo sería acaso un espejismo aferrado con ansia a sus sentidos. A ratos recriminábase fuertemente por su falta de valor en no haber mandado ya con su hermano a su sobrina y se miraba como el ser más despreciable de la tierra; otras veces dejaba pasar un intervalo de tiempo en que no meditaba, en que su cabeza no encerraba razón

ni idea alguna, en que solo andaba por dentro de ella la sangre arremolinándose como oleaje sordo y poderoso.

Lástima daba ver la cara, generalmente apacible, con cierta emanación de celestial bondad, del cortijero, ahora expresando una borrascosa lucha interna, mediante la cual sus ojos se habían hundido y parecían mirar como desde una esfera de la locura, y con las mejillas demacradas a causa de la vigilia, que tampoco a él le había permitido dormir en toda la noche.

Su carácter, entero y sin desviaciones en todas las cosas de la vida, vacilaba, como he dicho, en asuntos de amor y de ternura, y la susceptibilidad del niño reemplazaba a la firmeza del hombre, haciéndole esto padecer horriblemente. Su naturaleza tendía fisiológicamente al sensualismo, y este enemigo, que en el ardiente y fogoso carácter de su sobrina llegaba al compendio y a la síntesis, le empujaba a su pesar hacia los encantos avasalladores de la virgen y le tenía en lucha constante y dolorosa.

Sus facciones habían contraído, durante el monólogo interminable de su pensamiento, un ajamiento simpático de abandono, un algo de una atracción poderosa que excitaba a la compasión, un aire de *mística bondad* que era lo que de ordinario hacía a Concha sentir en el estómago los recios picotazos del impetuoso amor que la envolvía. Este aspecto del viejo producía en Antonia efecto contrario que en la joven. En la sirvienta despertaba la compasión y la misericordia que se siente ante la desgracia de un hombre, y entonces redoblaba sus cuidados guiada del acendrado afecto que le tenía.

Un ajamiento en el rostro del viejo en que sus ojeras se acentuaban y adquirirían una vaguedad poética, quedando como envueltas en una *sombra de luna*, y en que un effluvio incitante y voluptuoso envolvía en un nimbo misterioso sus facciones, era el espectáculo más deseado por Concha: entonces, cerca de la figura de su

tío, no solo se extasiaba en el *sensualismo místico* que le producía la contemplación de su rostro, sino que llegaba a ella la emanación, más densa, más impregnada de fosfato de huesos y de calorcillo de sangre, como que el cuerpo exhalaba a causa del estropeamiento un sutilísimo vaho a descomposición...

No del todo sobre sí, a pesar del esfuerzo que verificó para conseguirlo, salió al fin cocina adelante, dispuesto a no darse en nada por entendido, y llegó cerca de Concha, tomando asiento a su lado y mirando de igual modo el paisaje.

Como la joven volviera el rostro para contestar al saludo, notó el viejo la languidez que se esparcía por las facciones de ella y sintió un dolor inexplicable y también ira de que alguien pudiera haberla maltratado.

—¿Qué tienes? —dijo secamente, echando una mirada a Antonia que pasaba mascullando vocablos y dando sofiones.

—Nada, tú si que parece que estás malo.

—¿Te ha maltratado alguien?

—No.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

—Si no me pasa nada.

—Como haya intentado alguien ofenderte, juro a Dios que he de hacer lo que no he hecho nunca. Aquí soy yo el amo y no hay quien hable más alto que yo.

—Pero si no tengo nada, tío: ¿por qué te pones así?

—Es que no consiento ni que el aire mismo te roce.

—Nada me ha ocurrido.

—¿Te ha maltratado Antonia?

—Su tío es quien la maltrata y quiere dar pasos malos para ella —bufó sin poder contenerse Antonia, que pasaba con una fuente en las manos.

—Tú solo tienes que callar, ¿entiendes?

—No callo cuando las cosas están mal y son contra personas que no saben lo que hacen.

Y como Roque entrara con un herrado de leche, puesto en alto, para entregárselo a Antonia, dióle esta un empujón que lo tiró patas arriba, rompiéndose la vasija y quedando el mozo cubierto del blanco licor.

A nadie hizo reír el incidente, que en otro momento hubiera hecho desternillar de risa a una reunión. Roque bregó contra el suelo, como pájaro alicortado, alzando formidable estruendo de herraduras con los clavos, y una vez en pie y soltando por cada pelo de su cara un hilo de leche, miró malhumorado a Antonia, que se disponía a darle el segundo empujón, y alejose sin pedir explicaciones.

Levantose el viejo de súbito, ciego por la ira con intención de estrangularla, tal efecto le hizo la forma bestial de la criada; pero cayó de nuevo en la silla viendo que se trataba de una mujer en la cual no debía un hombre dejar sentir su poderío.

—No consiento en mi casa semejantes maneras.

—Pues me iré a la calle y estaré en la del rey.

—Puedes hacer lo que quieras: no estoy aquí para sufrir coces de nadie.

—Ahora mismo me voy, sí; ahora mismo; así tendrá libertad el perro viejo para cometer una fechoría con la muchacha.

—¡Antonia! ¡Antonia!

—Me voy ahora mismo, ahora mismo.

—¡Pero tío! —clamaba verdaderamente conmovida Concha, pues era la primera cuestión en que se hallaba.

En dos zancadas, que hicieron retemblar toda la casa, llegó la sirvienta a su habitación, puso boca abajo el arca para ir sacando de los trapos el que no fuese suyo y, hecho el equipo en menos de un periquete, salió nuevamente para despedirse.

Al ver la marchita cara del viejo, en la que antes no había reparado, y notar el súbito desmejoramiento de su persona, sintió una ráfaga de blandura correr por todo su cuerpo. Instintivamente, y aún en medio de la cólera, dio un paso hacia la cocina, movida de la costumbre, para sacarle el cotidiano vaso de leche; pero vino de pronto en su acuerdo, y se tragó la pregunta que acerca del estado del viejo viniéronle compasivos deseos de hacerle.

—Ya está separada mi ropa —dijo.

Y dando un paso hacia la puerta, hacia aquella puerta cuyo escalón había pisado durante quince años entrando y saliendo en las tareas de la casa, el sentimiento de la mujer estalló en nube avasalladora dentro de ella, y tuvo que hacer un es-

fuerzo increíble para decir en tono de triste despedida aquella sencilla fórmula en que uno se despide de sus semejantes.

Bajó el viejo la cabeza, en vez de contestar, como si sintiera írsele parte de su vida, y Concha, que no sabía cómo mediar en aquella lucha, fingió tener que hacer a Antonia una pregunta y la hizo entrar en la casa, conduciéndola a la cocina.

El momento era terrible para ambas personas, para la que se iba y para la que se quedaba. La costumbre y el roce con aquellos que fueron nuestros leales amigos crean lazos tan vigorosos como si, a causa de ir trocando con el tiempo alegrías y penas, ideas y sentimientos, un alma se vaciara en otra alma y un cuerpo formara parte de otro cuerpo.

Preguntó Concha no sé qué a la sirvienta, tratando de dilatar la despedida, y se puso a persuadirla de que se quedara.

La colección de platos adornados de pájaros y flores, por los cuales había hecho correr Antonia tantas veces los chorros del agua, parecía que se convertían en otros tantos ojos que la miraban, que suplicaban, a su modo, la permanencia de su antigua compañera en el cortijo: dijérase que en las mudas vasijas había algo que formaba parte de ella.

Un perro entró haciéndole caricias con el rabo y echándole las manos encima, y tal era la apegada costumbre, que, sin darse cuenta de que ya no pertenecía a la casa, alcanzó de la chimenea la comida de los perros y la echó como de ordinario en el lebrillo donde solían hundir el hocico los animales.

Enseguida pisó la cocina un trabajador, que nada sabía del suceso, a preguntar a Antonia qué se hacía con unos objetos que le presentaba, y en un dos por tres dio las oportunas disposiciones.

Salió nuevamente donde se hallaba el cortijero.

El aspecto de este, como el del que ha sostenido una colosal batalla consigo mismo, trajo nuevamente la compasión al pecho de Antonia, y hasta creyó que cometía un verdadero crimen con no ir a consolarle.

Se mantuvo, sin embargo, en sus trece, y dando a Concha un abrazo de despedida, mediante el cual se desató el petrificado raudal de sus lágrimas:

—¡Quede usted con Dios! —dijo al cortijero y atravesó por última vez el desgastado escalón de la vivienda.

—¿Te vas? —decidióse a preguntar el hombre.

—Sí, no quiero estar más en esta casa.

Como Antonia ni se había acordado de que en el cortijo se le adeudaban algunos meses de sueldo, que ella por voluntad propia había dejado de cobrar para ir reuniendo algunos ahorros, añadió el viejo antes de que Antonia emprendiese la marcha:

—Espera a que te dé la cuenta, que no voy a quedarme con nada tuyo.

Cayó en una silla Antonia, hecha un copioso mar de lágrimas, y Concha quitole el bulto de ropa de las manos y la hizo entrar en el cortijo.

—Mañana podrás irte: hoy no me hallo bien y no puedo darte la cuenta —dijo tomando cocina adentro el cortijero.

Aquel día fue de duelo para todos. Hasta el viejo vio, en un momento, borrarse el paisaje porque se le interponía el inseguro velo de las lágrimas.

Allá a la tarde, cuando la brisa del mar llegaba fresca y húmeda murmurando no se sabe qué pura salmodia de las playas, y los pechos todos habían desahogado su tristeza exhalando sollozos en secreto, la imaginación de las tres personas volaba por la serenidad de aquellos espacios, considerando, como se hace detrás de las recias batallas morales, lo grande e incommovible de la naturaleza, la grandiosidad del sol brillando como hostia santa en misa eterna sobre las ciclópeas cumbres de los montes y la sinfonía de abejas, mariposas e insectos que pasean su zumbido sobre los cálices, abiertos para recibir la lenta y divina destilación de gotas de sol.

Entonces se recorren con el pensamiento todos los círculos de nuestra vida, se aviva el cariño hacia las personas ausentes, y ansiamos borrar nuestros pecados, emprendiendo una vida nueva en que no volvamos a enredarnos en el fiero zarzal de las pasiones.

XVI

¡LADRONES!

Cerró la noche huracanada y negra como boca de lobo. Temiéndose que acabaran en *tocata celeste* la hinchazón y el aparato de que empezó a revestirse el tiempo, se *echaron* convenientemente los toldos: en los de lienzo, desarrollando este a lo largo de los paseros; y en los de tablas, abriendo la sucesión de las mismas y colcándoles piedras encima para que el viento no las levantara.

Repartiose el cotidiano jornal a los trabajadores, que emprendieron el camino de su albergue; cerrose a piedra y lodo la puerta del cortijo, y, después de oírse el susurro del rosario, que echó, hosco y serio, el patriarca de la casa, el tío Sebastián, dio Concha media vuelta para su cuarto llevando tanto sueño sobre sus floridos abriles como cansancio en todo su cuerpo. Tomó el viejo cocina adelante en dirección del suyo, y Antonia, después de dar una vuelta por la segunda cocina para tomar precauciones contra el fuego, puso la tranca a la puerta del corral, echando antes fuera los perros, atravesó la casa entre los vacilantes reflejos del candil y se introdujo en su habitación para acostarse.

La luz estuvo asomándose por las rendijas de la puerta durante un breve rato, al cabo del cual la casa quedó sumida en las más profundas tinieblas.

Una noche de viento en una casa de campo es, de cuantas cosas puedan imaginarse, la más fantástica y medrosa.

Apenas el sueño empezó a trazar los giros de su ronda en torno de los cuerpos, las rendijas todas de las ventanas, las grietas tendidas a lo largo de algún muro, los boquetes de la oscura chimenea y todo lo susceptible de producir silbidos o rumores, se convirtieron en otras tantas trompetas de órgano que comenzaron a ejecutar como una impotente sinfonía de la noche.

El huracán llegaba a estamparse en el largo frente de la casa y producía un medroso ruido de hopalandas como si se desgarraran en el saliente rafe del tejado. La puerta principal dijérase que sacudíala una persona que debía de tener fuerzas de gigante a juzgar por lo rápido y enérgico de los movimientos. Por la chimenea parecía que se descolgaba con estruendo un rosario de duendes agarrados unos a otros y que luego corrían por las estancias cual si quisieran tomarlas por asalto. A los graves sones que alzaba el enhiesto cañón destinado al paso ascendente del humo, contestaban con altas y furiosas notas todos los intersticios de las maderas; al rumor del trasto volcado, seguía la especie de fatigosa respiración del aire pululando por las habitaciones llenas de sombra; al revolverse de las palomas en su hueco buscando cómoda postura y arrojando su arrullo que borraba y desvanecía el eco del viento, acompañaba el quejido extraño de algún mueble viejo que partía alguna de sus *fibras* con doloroso estallido.

Rachas de furioso huracán pasando sobre los caballetes e imitando el paso de hombres sobre los techos, golpes de viento que sacudían los tallos de los rosales colgados en la portada, remolinos y espirales de hojas revueltos con tolvaneras furiosas que corrían en torno de la casa como visiones de la noche ante las cuales

lanzaban lúgubre aullido los perros; el aire poblado de fuerzas, cual si en él nadaran manos invisibles que tirasen de todos los puntos salientes del edificio; rumor de copas de árboles fuertemente sacudidas, que con el bronco y profundo ruido del mar formaban algo como una peroración de huracanes en los montes; todo venía a acentuar lo medroso de la noche y agitaba una serie de negros sudarios en derredor de la casa solitaria.

Ya empezaba Concha, cuyos ojos se habían divorciado del sueño, a sentir irresistibles deseos de gritar en demanda de auxilio, y también Antonia y el viejo sentían como a modo de invencible recelo, cuando, levantándose un ruido más fuerte que los anteriores en la chimenea, asomaron por el negro cañón las piernas de un hombre, no fantasma, sino hombre de carne y hueso, el cual dio en el suelo, colgado de una cuerda, siendo después seguido de otro que se deslizó de igual manera, y luego de un tercero que, tras de penosas contorsiones para evitar ecos de alarma, quedó enclavado en la cocina.

Nada indicaron del peligro los perros, que seguían ladrando como antes del suceso, si bien percibiose un aullido de muerte, el aullido que lanzó uno de los animales al sentir una hoja de acero en las entrañas.

Encendió con sigilo uno de los hombres un fósforo para hacer la luz en una linterna, y, prendida que fue a duras penas, pudieron verse unos a otros las caras, en medio del espacio lleno de sombras y reflejos.

Era el primero fornido, con los labios remangados y una selva de pelos en el rostro; otro era bizco, fuerte de músculos y de regular estatura, y del tercero pudiera darse idea diciendo que tenía el movimiento del péndulo en la cabeza, movimiento que poseen las terribles fieras incansables en ir y venir dentro de la jaula: la ferocidad salía y manaba de su rostro como el resplandor de una hoguera.

Encorvados los cuerpos y sacándose de las cinturas los cuchillos, salieron uno tras de otro de la cocina, subieron la pequeña escalera que separaba esta de la estancia principal, tomó allí cada uno dirección distinta como quien reconoce el sitio donde pisa, y, planteada la forma de ataque, reuniéronse de nuevo y detuviéronse un momento para asegurarse y cobrar confianza en el golpe.

A buen seguro que en el pecho de aquellos criminales no sonaba un latido más de prisa que otro. Eran asesinos de oficio y no había el más pequeño temor de que se desconcertaran. Impulsados a aquel intento por la bruja de la *buenaventura*, mala pécora, concedora del cortijo, que sabía guardábanse en la casa buenos patacones, iban con ánimo resuelto de no dar el paso en vago, y su resolución era inquebrantable.

Revolviendo como un ojo medroso la linterna en medio de aquellos golfos de tinieblas donde entraban, rasgando, las hojas sutiles de la luz, dieron con la puerta tras de la que dormía Antonia y, con ánimo de que cantase de plano acerca del lugar donde estuviese escondido el dinero, sitiaron los tres hombres la estancia, y uno deslizó una cautelosa ganzúa en la cerradura que hizo instantáneamente su oficio. Volvieron la linterna de otro lado para que no entrara la luz de repente en el cuarto, y asomó uno de ellos la cabeza para indagar hacia qué lado caía el lecho de la mujer.

¡Terrible y fantástico momento! El aire, más furioso que nunca, traqueteaba todas las puertas de la casa; mugidos semejantes a los del león encolerizado resonaban incesantemente en las grietas y atiplaban sus ecos según que soplaba con más o menos fuerzas el viento; los rumores de duendes se extendían con estruendo horrible, por toda la casa, y a la puerta llamaba el huracán dando aldabonazos como si una persona estuviese pidiendo auxilio desde fuera.

La obra de los criminales se desarrolló y terminó en breves momentos: fue obra de un rápido intervalo de tiempo. Entraron los tres decididamente en el cuarto de Antonia, que al verlos, despierta como se hallaba, púsose en guardia de un solo

salto que la dejó en pie enhiesto junto al lecho; gritó con voz que se sobrepuso a todos los ruidos del viento —«¡ladrones!!»— y amartillando en su cuarto un revólver el viejo, que no se sabe de dónde sacaba su valor extraordinario en los momentos terribles, tiróse de la cama como se tira el que a media noche es asaltado por criminales, encendió el velón colocado cerca de su cama y salió con la luz en una mano y en la otra el arma de fuego, con el espantoso martillo levantado.

Su paso hasta llegar al cuarto de Antonia fue breve y rápido. Dio un portazo al entrar, haciendo huir acorralados a los ladrones al fondo de la estancia; apuntó, desnudo completamente como se hallaba, al montón de bandidos, con una imperturbabilidad de valor que hacía correr el miedo en forma de chorro de nieve por las venas; dejó ir una bala que rebotó en la pared con golpe seco y, cogiendo los hombres la puerta, huyeron atropelladamente buscando un punto de escape por la casa.

A la denotación, echóse también Concha del lecho y, en vez de temblar, como sería propio de su edad en vista del ya evidente peligro, recató rápidamente su pudor y se lanzó resuelta en increíble defensa del viejo y la criada.

—¡Huye! —gritó el cortijero al ver que exponía su vida, sintiendo vacilar por esto su valor.

Corrió ella a su cuarto donde se encerró bajo llave, pero quedó totalmente colgada del oído.

La carrera del cortijero detrás de los ladrones fue por todo extremo imponente. Las balas que contenía el arma de fuego las fue disparando una tras de otra sobre el azorado tropel de fugitivos, sin que ninguna fuera a dar en los cuerpos a donde iban dirigidas.

Los ladrones dejáronse ir sobre la puerta del corral, haciendo saltar en mil pedazos la tranca con grave estropeamiento de la cerradura, salieron acelera-

damente saltando en atropellada carrera las tapias y emprendieron a través de los campos la fuga.

El rostro del viejo estaba como al principio de la lucha: severo, grave, impasible. Cerró la puerta de nuevo para evitar que entrase bramando el huracán, corrió a cubrir con un vestido su cuerpo para ir a tranquilizar a la muchacha, tiró el revólver, todavía caliente, sobre el asiento de una silla, y salió inmediatamente en busca de Concha.

Esta, al ver a aquel héroe que mostraba aún en las manos las negras manchas de la pólvora y le sonreía del modo más dulce y afable, sintió la sensación amorosa correr con más brío que nunca por su cuerpo.

Después, cuando, pasada la alarma, todos meditaban con recelo, cada cual en su lecho, sobre el suceso terminado, Concha, lejos de medir con el pensamiento el peligro, se extasiaba en la contemplación de aquel hombre que surgía ante sus ojos tal como lo había visto en la lucha: fiero, imponente, valeroso y dibujado con trazos de lumbre en sus retinas, lo mismo que si fuera la desnuda y vigorosa estatua de la energía.

XVII

EL JUEGO DE LAS BRUJAS

No podré decir si fue que un trabajador del cortijo notó algo relativo a los amores del viejo y su sobrina y el trabajador mismo empezó a formar la bola de nieve, o si a Antonia escapósele, en la furia de que hallábase poseída aquellos días, alguna palabra acerca del asunto; pero es lo cierto que el *runrún*, como dice la gente del campo, en que se comentaba el suceso, fue primero como un leve susurro de viento, después como correr atropellado de arroyo, más tarde semejante a río que dilata su zumbido por la costa y últimamente la murmuración tomó las proporciones de mar que canta con todas sus lenguas de espumas el himno valiente de sus olas.

A todo esto, como acontece en casos tales, lo mismo en la aldea que en las grandes poblaciones, los enamorados eran los únicos que nada habían notado, y, después de aquella batalla en que partiéronse los guiñapos y Antonia quiso dejar la casa, el viejo seguía más apasionado de la muchacha y esta del viejo, no habiendo esfuerzo posible de voluntad que rompiera con aquel fenómeno del amor.

Cada paso que daba la joven haciendo ejecutar a todos sus miembros de diosa una *melodía sin ecos*, una hermosa *canción de movimientos* en que todo era equilibrado y bello, el ritmo majestuoso del andar, el discurso elocuente de las curvas, lo gallardo del continente y la elegancia de los modales, arrancaba una ovación a todas las fibras del viejo, las cuales, a falta de manos con que aplaudir, quedábanse vibrando largo rato como las golpeadas cuerdas de un instrumento. Con la abierta nariz quedábase recogiendo en el aire el aroma de virgen que ella dejaba como rastro al pasar.

No era hombre que entre una idea grata y otra triste, siempre que la primera fuese amorosa, quedárase pensando en la segunda; dijérase que la fatalidad le conducía, como a niño que ignora el modo de evitar los escollos, hacia el punto donde él hubiera dado hasta su vida por no llegar.

Por su parte, ella vibraba como un arpa por la cual resbalaban solo notas de amor, cada vez que sostenía en sus ojos los del viejo. Tendíase, dijérase, la mirada de Concha, solicitando la del amante, y la de este caía encima, imprimiéndole como el grave peso de su alma.

Si en el refinado sensualismo, en ese que forma sus torres y castillos de oro en la imaginación y que proviene de la complexión delicada de una naturaleza, hay algo de *espiritual* que nada amengua las nobles condiciones morales, ese *espiritualismo* cruzábase en las miradas de ambos y verificábase entre ellos el invisible matrimonio de las palmeras.

Antonia volvió a los pocos días a dejarse llevar de su cólera, en vista de los pasos que notaba, a su modo, dar sobre lo andado al viejo, y volvió a andar en un pie y a tener ojo avizor como centinela a quien tocaba velar por el honor y la virtud de ambas personas.

En esta disposición hallábase el cortijo, todo coreado por las animadas tareas de la vendimia, cuando llegó una noche designada por los trabajadores, en que

desearon representar, en obsequio de la muchacha, unos juegos campesinos, para ver de distraerla y mostrarle la espontánea simpatía que le profesaban.

Pero como en esta clase de gente puede más que la cortesía el afán de averiguar ocultos secretos, y la murmuración acabó por despertar en todos deseos de saber lo que podría haber de cierto en lo que del amo y su sobrina se relataba, vieron de elegir un juego mediante el que se pusiera, si no claro del todo, por lo menos trasparente el enigma.

Ya bañaba la luna, bien cerrada la noche, la ancha explanada del cortijo cubriéndola de una poética nevada de luz, y bajo la enramada de la puerta agrupábanse, formando rueda, el tío Sebastián, Concha, Antonia, que sólo permanecía a ratos porque la llamaban obligaciones al interior de la casa, y algunos trabajadores, cuando haciendo callar a la guitarra, que tan bien suena en las noches del campo y que de antemano tocaba un campesino acompañando andaluzas canciones a otro que con voz melodiosa las entonaba, aparecieron en el umbral del cortijo varios mozos disfrazados de fantasmas, señal de que al momento se daría comienzo al *juego de las brujas*, novedad que traía sumamente intrigada a Concha, como que no sabía hasta dónde llegaban los *donaires* propios de la gente del campo.

Se trataba de una comedia fantástica, de *un pasillo* en que Roque, el despierto mozo, haría las veces de *guarda*, y otros representarían a las brujas que habían de caer, revueltas en negros mantos, en el círculo de la reunión. Sorprenderías Roque en el momento de precipitarse en el círculo, e, interrogadas acerca de su vida bajo la amenaza de matarlas, responderían cómo se llamaban, cuáles eran sus propósitos y con qué objeto venían a celebrar sus fiestas en la explanada.

El *quid* del cuento estaba en que cada bruja dijera ser una persona de la reunión y relatara *de pe a pa* su vida y milagros, cargando la mano en la parte censurable, puesto que, a costa de las flaquezas de unos, habrían de sacarse los chistes que hicieran desternillar de risa a los demás.

Dispuesto todo para el juego, enmudeció la vihuela y cesó la voz del que echaba las coplas, y saltó la primera bruja al ruedo vestida de amplio miriñaque sobre el que lucía un viejo vestido de Antonia; después cayó en el círculo otra fantasma, también revuelta en negro manto; luego invadió la pista una tercera; después una cuarta sombra penetró por entre la gente y fue a hacer compañía a las anteriores, y las brujas todas quedaron en el centro de la fiesta esperando ser sorprendidas por el guarda.

Empezando aquí su principalísimo papel Roque, a cuya voz habían de decir su nombre las brujas, entró en medio de la reunión con una caña al hombro, imitando la escopeta, y dejando caer en el suelo la punta y tomando una postura conveniente, se expresó de la siguiente manera:

—¡Eh, malas brujas! Aquí no hay niños a quienes dejar chupaos por la noche, ni lámpara de que llevarse el aceite pa sazonar vuestros cuchinfritos²⁷. ¡A ver! Hable la primera y diga cómo se llama, que juro a tos los santos del cielo he de hacer una soná si no dice de corrió su vía y milagros.

—Soy *Antonia* —repuso sin hacerse esperar la bruja—, la garduña del cortijo y sirvienta del tío Sebastián: como a un brujo que vive con nosotras se le han encalabrinao los cascos por una brujita joven de la cual está enamora, ando encendía de cólera queriendo impedir que el brujo jaga una mala trastá con nuestra hermana.

La vocecilla, atiplada como de máscara, con que el hombre hizo su papel, lo mismo fue oírla Antonia que encendérsele de todo punto la sangre, deseando en el momento caer sobre el mozo y darle una soberana *tunda* bajo el miriñaque. Pero se contuvo viendo que sería declarar a la bárbara gente el secreto y, tragándose la sátira como si se tragara un estropajo de la cocina, permaneció fija en el asiento oyendo las risotadas que a costa suya lanzaban a mandíbula batiente los campesinos.

Por su parte, el viejo quedó azul de puro lívido en la silla y, mediante una transición rápida e inteligente, transición en la cual parecieron doblarse aceros dentro de él, sonrió lo mismo que puede sonreírse con un cuchillo clavado en la espalda y festejó la ocurrencia de los trabajadores.

Quien nada comprendió y sí solo riose de buena fe al oír el nombre de Antonia fue la regocijada Concha, para la que tenía verdadero atractivo el ingenioso cuento de las brujas.

Las personas a que tratábase de espiar permanecieron, pues, en sus puestos, y nada, o casi nada, dejaron traslucir en el semblante.

Roque, satisfecho con la explicación, empujó con la punta de la caña a la segunda bruja y le dirigió semejantes palabras que a la primera, las cuales también hubo de contestar, con voz atiplada, para desfigurar el acento propio, con esta punzante sarta de palabras:

—Yo soy *Concha*, la brujita de que ha hablao mi compañera. Quiero a un viejo brujo porque él me quiere a mí. Si no, que lo diga la ropera que a menúo viene a vender trapos al cortijo. Dicen que si estoy enamorá del que me jace carantoñas y monerías, y esa es la verdad, porque si él no tiene cuerpo joven y pocos años, tiene en cambio güenos duros y onzas de oro que es lo que a mí me gusta. Aquí vengo con mis hermanas a celebrar nuestra fiesta porque es noche de sábao, y na más tengo que decir.

No vio Concha en el relato toda la saña brutal que se le disparaba, pero su naturaleza entendió por instinto algo del enredo y púsose en guardia, no osando decir palabra de su sospecha.

Al viejo si que viniéronle deseos de enredarse a tiros con aquella chusma miserable y mandarla fuera de su casa. Para aquel pago era él noble, y bueno, y desinteresado, y recompensaba a las personas puestas a su servicio con mayores sueldos de los que se daban en otros lagares.

Había, sin embargo, que permanecer firme en su puesto, y no osó levantarse, como de costumbre, del lugar de la broma para dejar a los demás divertirse: esta vez la retirada hubiera dado en qué pensar a los campesinos, y volvió a reírse en celebración del pasillo cómico que se representaba.

A todo esto, cada palabra dicha por la bruja levantaba una tempestad de brutales risas de labios de los mozos, que encontraban muy disimulada la sátira y por extremo bien basada en el mejor gusto la crítica.

A una risotada de uno, respondía una explosión de alegría de otro, y en tanto que el de aquí se sujetaba los cuadriles con los puños, temeroso de que fuera a salirse el mondongo, el de allá estiraba las piernas y daba patadas de gozo haciendo sonar los clavos en el suelo.

Era el sainete por extremo divertido: el *donaire* de los aldeanos dejaba lucir sus agudezas y agotaba todo el delicado caudal de la fantasía. ¡Qué motes ponían a las brujas! ¡Qué chistes tan *sutiles* venían a animar la ruidosa fiesta campestre y qué eructos a gazpacho exhalaban aquellos brutales hombres, cuyo instinto jamás había sospechado lo que pudiera ser delicadeza!

Tan grato iba pareciéndole todo al cortijero que por segunda vez sintió ansia terrible de empuñar la escopeta y hacer volar por el aire los sesos de alguno de aquellos hombres.

La tercera bruja se expresó de la siguiente manera:

—Soy el tío *Sebastián*, el viejo que ronda a la brujita, a la cual mima y regala. Dicen que si me han visto hacerle carantoñas y relatarle lo que la quiero, y hasta hay quien asegura que le he dao un beso en la mejilla...

Las de Concha se encendieron como dos brasas al llegar el hombre a este punto, y bajó los ojos al suelo.

Hízole una enérgica seña el tío Sebastián como queriéndole infundir aplomo y serenidad, y, no seguro de que la escena terminara con la alegría que se prometieran los campesinos, levantose bruscamente y metiose dentro de la casa.

El incidente puso en ascuas a todos. Ni una palabra había replicado el viejo, pero ya nadie estuvo tranquilo, y sobre el juego pasó como a modo de un vaho trágico, como un aviso de que algo grave se cernía sobre los iniciadores de la comedia.

Las voces se hicieron aceradas, las risas eran nerviosas como la de la persona que quiere seguir aparentando alegría cuando necesita dirigir sus facultades a una idea.

Antonia, que a menudo había entrado en la casa a ocuparse en tal cual precisa tarea, púsose en pie una vez más, pero no con el propósito de ocuparse en asunto alguno, sino con el de ir tras de su amo, temerosa de que fuera a tomar alguna de sus determinaciones.

Le halló frente a la ventana que daba a espaldas de la casa, desde donde se descubría buena parte del campo, pálido, febril, imprimiendo a su cuerpo un movimiento de péndulo y borrándose algo de sangre y cólera que quería como asomar a sus ojos en forma de lágrima de fuego.

Ni una palabra pronunció Antonia, porque el rayo hubiera descargado sobre ella: era el punto más cercano a la electricidad. Su impetuoso carácter femenino permaneció sumiso ante el hombre, y con una presteza extraordinaria quitó del cercano rincón la escopeta que medio embozada en el vestido se llevó hasta su cuarto, donde la escondió bajo los colchones de la cama.

Luego, so pretexto de que era llegada la hora del rosario, salió de nuevo a la puerta donde aún seguían los patanes diciendo despropósitos, y exclamó con el tono más apacible que pudo:

—Ya es hora de echar el rosario, muchachos. Basta de broma, que el señor Sebastián quiere rezar para acostarse.

—¡Quiere rezar! —dijo uno en tono de zumba e incredulidad.

—¡Digo! Lo que quedará será acostarse...

Disolviose enseguida el juego, tomó cada trabajador la dirección de su albergue, soltándose coces los unos a los otros, y después rezaron solas Concha y Antonia el rosario, porque el viejo se negó rotundamente a acompañarlas.

Concha, juzgándose por primera vez causante de un disgusto, fuese dolida y apenada a su cuarto y se acostó para no poder reconciliar el sueño en toda la noche.

Llevaba en las retinas la reflexiva figura de su tío sentado cerca de la ventana, sufriendo acaso por su causa.

Cerca del día, el cerebro de la joven latía congestionado y el sentimiento acudía en forma de llanto a sus ojos. ¡No haber ella propuesto al hombre su marcha, cuando era la llamada a evitar aquello que ponía a su tío tan desconcertado!

Era un egoísmo semejante actitud. Sin meditar mucho la idea, ocurriósele que aún podría permanecer el cortijero sentado a la ventana, y podría suplicarle, con lágrimas en los ojos, que cesara en su enojo y que podría llevarla cuando quisiera al lado de su padre.

A los años de Concha, la acción va delante del propósito. Tirose de la cama, no bien lo hubo imaginado, y sin encender luz alguna, velose ligeramente en medio de la atmósfera asfixiante de la estancia y salió descalza y sin hacer ruido, temerosa de que Antonia se despertara.

Las ventanas, defendidas por fuertes rejas, quedábanse abiertas aquella noche para que entrasen algunos hálitos frescos e hiciesen respirable el ambiente.

La nevada de luna que se extendía en la explanada al dar comienzo al juego de las brujas alargábase con grandes desgarrones de sombra por las laderas, y el mar movía a lo lejos su danza de destellos, como si a aquella hora celebrasen su fiesta los genios del mar y salieran a flor de agua las nereidas.

Temblaban las estrellas en lo alto. Ladraba algún perro en el lagar distante, y su aullido llegaba vago e indeciso como los ecos que oímos entre sueños. En el gallinero, a espaldas del corral, daban cabezadas las gallinas u ocultaban la cabeza bajo el leve cobertor de plumas, sostenidas por milagroso equilibrio sobre un pie. Todo era misterioso en la naturaleza. Los pantanos dejaban correr por su espejo los desvelados insectos de plata. Los sauces echaban sus desmayadas ramas sobre el río. La culebra apretaba sus círculos bajo alguna fresca mata o huía taladrando la hojarasca.

Un búho acentuaba desde los árboles de la huerta, con su isócrona nota, el silencio; parecía que empezaba a emblanquecerse un lado del cielo, y el horizonte uníase al mar por la tembladora raya de plata que cabalgaba sobre el lomo azul de las olas.

Toda esta fantasmagoría se le iba metiendo dentro de la cabeza al viejo, que aún permanecía fijo en la ventana.

En medio de aquel sosiego agosto, oía, llena y profunda como la de un órgano, la voz de su conciencia, que le recriminaba por su falta y hacía pasar a

galope ideas e ideas por su cerebro como jinetes que se mueven en una encarnizada batalla.

Solamente una figura aparecía luminosa en su cerebro, en torno de la cual giraban sus ideas: Concha. Mirábala él como lo que era, como un ser inocente del todo, como un símbolo hermoso de la juventud, sin doblez ni conciencia de pecado, y al trazarla en medio de su lucha con los colores mágicos del amor, una sensación intensa e inefable corrió por todos sus nervios como una poderosa ráfaga de tentación.

Concha se deslizó por la cocina, semejante a una visión de la noche. Metida en la banda de luna que penetraba por el labrado de los hierros, parecía cubierta su escultura de diosa por el cándido velo de la desposada, como si aquella noche fuera la destinada para la unión feliz de sus amores.

Se deslizaba con el cabello rodando por la espalda, a modo de manto de sombra; encendía sus mejillas el color vivo de la sangre que dejaba en ellas un deshojamiento de rosas; mostraba los brazos desnudos como una estatua, brazos donde hubiera dejado sus primores un cincel de oro; echaba el paso sobrecogida, y una respiración fatigosa y llena de sollozos oprimía su garganta y hacía moverse, bajo el velo de la envoltura, la nevada forma de su seno.

Acabó de cruzar la cocina y asomó la cabeza para ver si ocupaba aún el hombre la ventana. El cortijero reflexionaba, con la vista perdida en el cielo, como si quisiera cambiar las borrosas ideas de su mente por aquellos puntos luminosos de los astros donde todo era fulgor y transparencia.

Dio otro paso más decidido la joven. El viejo volvió la cabeza, atraído por el roce de la falda, dio un salto en la silla como si fuera levantado por un resorte y se desató en rotas, vehementes y ahogadas exclamaciones.

Ella rompió a llorar, cayendo en los brazos del combatido hombre; y al abarcar él la escultura para evitar, por el roto equilibrio, la caída, todos sus nobles propósitos rompiéronse en un instante, como deshace un vano soplo el penacho de espuma de una ola. Rechazó, sin embargo, a la mujer, sacando un soberano esfuerzo de sí, y quedaron una frente a otro.

XVIII

DRAMA EN LA SOMBRA

—Concha, ¿qué viene a ser esto? —clamó el desvelado con dura voz, después que corrió una chispa eléctrica por sus nervios.

—Nada, he estado sin dormir, pensando en que todos tus disgustos son por mi causa. Sospeché que no te habrías acostado y he querido decirte...

—¡Qué! —agregó él cortando como con un cuchillo la frase.

—Que me quiero ir con mi padre. Ya ves si deseo hacer lo que dices.

—Pero... ¿te ha reñido alguien? Nunca has pensado en eso hasta ahora.

—Porque no sabía que te hacía daño con quedarme.

—Mira —dijo el hombre después de una pausa—: ¿sabes lo que te digo? Que ahora es cuando parece que quieres destrozarme. ¿Conque te vas? —agregaba hecho un verdadero estupor el desdichado.

—Tú lo quieres...

—¿Yo?, ¿yo?, ¿dices que yo quiero que te vayas?

El viejo sentía la horrible indecisión de la vehemencia.

—¿Conque dices que quiero...?

—Yo tengo la culpa de que sufras. Ahora vuelves a disgustarte: ¡por Dios, tío, siento tanta pena al verte así! Mira, parece que me parten el corazón.

—Luego, ¿me quieres algo, no es eso?

La joven bajó los ojos al suelo. Un sollozo que hizo dibujar una ondulación a su pecho llenó el silencio que debió ocupar su respuesta.

Vacilando su voz como rayo de luz clavado en un estanque, repuso luego con una congaja que hubiera hecho ablandarse a una piedra:

—Si no te quisiera no desearía irme. ¡Ya ves si los trabajadores del juego tienen malicia y procuran hacerte daño! Bien dices, yo soy muy joven para ti. Me iré, pero te querré desde lejos, ya que tú... tampoco puedes quererme.

El nudo de lágrimas se desató en ancho río, y la mujer siguió llorando con desconsuelo.

—No llores, no llores —clamó el hombre ahogando la voz para no delatar aquel drama que se verificaba en la sombra—. ¿No sabes que Antonia puede oírnos? A esa mujer, ¿entiendes?, a esa mujer es a la única persona a quien tengo miedo.

—También ella tiene razón, yo debo irme con mi padre.

—Tiene razón, sí; pero, mira, no vuelvas a decirlo. ¿Crees tú —y decía esto con palabras parecidas a trozos de ascuas—, crees tú que yo podría ya vivir como antes, después de haberte conocido?

—¿Por qué dices eso, tío? —añadió ella algo sorprendida, pues le sonaban a declaración amorosa las palabras ardientes del cortijero.

—Concha —dijo por fin el viejo como aquel que se decide a arrojarse a la hoguera—, yo no sé si podrás entenderme porque eres aún muy joven, pero voy a revelarte un secreto.

Por el rostro de la mujer pasó una racha candente, una emoción, grave por lo intensa, pero alegre, sin que ella supiera por qué causa. En el acto quedaron secas sus lágrimas e hizo de cada poro de su cuerpo un oído para escuchar la revelación. En aquel momento vivía Concha hasta en los objetos que la cercaban.

En el silencio que medió desde que el viejo anunció su conferencia hasta que de nuevo tomó la palabra, oyó la mujer el ruido de la lejana represa del molino y la respiración, de cíclope que descansa, de la naturaleza.

Cosa incomprensible y extraña: cuando barajaba el viejo dentro de sí las ideas, como montón de rebeldes cartas, fuéle durante *un cuarto de segundo* el pensamiento hacia un hecho que había ocurrido hacía treinta años en que él fue a vender cierta cantidad de ganado a un pueblo vecino.

¿Por qué ocurrirán estos fenómenos cuando la atención entera del espíritu se convierte como en una fuerza centrípeta a la cual quedan atadas todas las facultades del hombre?

Ello es que, disciplinado un tanto el zarzal de pensamientos que dentro del cráneo como torbellino de víboras le mordía, comenzó a hablar de la siguiente manera:

—Concha, yo he sentido toda mi vida una repugnancia invencible, un asco de alma y de sentidos hacia todo lo que no es natural ni está sujeto a los principios creados por Dios y sostenidos por los hombres. Las cosas que he oído contar de amores sin lógica, de aberraciones absurdas, túvelas siempre por cuentos sin el menor asomo de verdad, creyendo que no pudieran existir tales abismos. Pero, Concha, yo he caído también en un precipicio, que ahora me parece el sitio más luminoso de la tierra. Yo, asómbrate, estoy enamorado.

—¿De quién?

—De ti.

Lo que mucho se anhela, cuando llega de pronto y sin ser esperado, suele no producir explosiones violentas.

A la respuesta del viejo, no estalló Concha en borbotones de pasión como sería de esperar; sintió algo así como una penetración de flores por todo su ser, como una primavera que se abría dentro de ella y ponía brotes en sus huesos y savias y perfumes en sus venas.

—Pero no quiere decir esto —continuó en su relato el hombre franco y leal— que yo intente dejar crecer una pasión que es una afrenta cuando se concibe

en la vejez, y que pida de ti una acogida favorable; lo que deseo es que tú me ayudes a destruir este amor, este absurdo como tantos otros para los que no hay lógica posible.

Nada oyó Concha de esta última parte del relato. La confesión primera la embargó hasta el punto de que quedose embebecida deshojando y deshojando la frase como se deshoja un capullo de rosa, hasta dar con la idea allí donde la palabra tenía, a semejanza de las flores, sus pistilos. Entonces, cuando con los labios del alma libó lo dulce de ellos, la emoción tomó forma de desmayo, y sollozó de nuevo, pero esta vez con llanto producido por la felicidad y el amor.

Necesario era, al ver la actitud poética de la joven con los ojos bajos que venía a alumbrar el resplandor de la luna, ser un hombre de un dominio absoluto sobre sí para no coronar el idilio de besos y cubrirlo con las pámpanas y rosas del amor.

Concha sentose, como siempre, en las rodillas del cortijero buscando sostén a su flaqueza, y tan natural fue el movimiento que, hasta que el hombre no sintió el peso de su cuerpo, no consideró lo peligroso de la acción.

Echó la joven la cara sobre el cuello del viejo, como hacen los hijos con las madres, y su llanto fue haciéndose entrecortado.

—Mujer, no llores, no llores; me siento morir cuando lloras. ¿Sabes lo que pienso? —repuso de pronto hecho una verdadera confusión—. Pienso que está bien meditado lo que dices... que mañana te llevaré yo mismo con tu padre, y que acabará...

No pudo hacerlo el cortijero, poniéndose en pie ella de repente, como si fuera un vigoroso salto de agua.

—No me voy, no —dijo con una resolución heroica en un arranque soberanamente humano y hermoso—. ¿Por qué me has dicho que me quieres? Antes, cuando no lo sabía, me hubiera ido, te hubiera abandonado: ahora no, y no. ¿Dices que eres viejo? A mí me gustas porque eres bueno. ¿Que es impropio de tu edad quererme? A mí me parece que siempre que se quiere se hace bien. Yo no sé, tío; pero, cuando me miras, me parece que penetra Dios en mi alma. ¿Te pasa a ti lo mismo?

Nunca había oído hablar de un modo semejante el viejo a su sobrina. Contagiado por el acento inspirado de la joven, que se quedó después del relato en la actitud de una diosa que hiciera su resolución de amar, olvidó toda la escena pasada, y dejando formar a su carácter una de aquellas *curvas* de cariño:

—A mí también me pasa lo mismo —dijo—. A Dios pongo por testigo, Concha, de que he hecho cuanto está al alcance de un hombre para no revelarte mi secreto; mi cabeza, no acostumbrada sino al sosiego, ha encerrado durante muchas noches, mientras yo daba alaridos de hombre que se quema, las ideas que acabas de saber. Y ya ves: yo que nunca he hablado de esta manera porque he tenido rubor de confesar las debilidades de mi alma, contigo parece que me vuelvo otro hombre y que mi lengua, amarrada como fiera a la boca, la mueven, no sé si Dios o el amor; pero se mueve para decirte que procuremos dominarnos, que pongas de tu parte cuanto puedas para que nuestra pasión venga a quedar en lo que mandan las leyes de la tierra.

—¡No, y no! Tú puedes aborrecerme, despreciarme; pero no haré lo que me dices.

—Comprenderás entonces que tenga yo que buscar el medio de separarnos —añadía el santo hombre, sin notar que momentos antes había dicho lo contrario—. Comprenderás que estoy en el deber de responder de ti ante tu padre y de salvar mi honra y la tuya. ¿Qué te parece que voy a echar mi virtud en el lodo, ignorando lo que me debo a mí mismo?

—Pues aunque así sea. ¿Para qué me has dicho que me quieres? Antes me hubiera ido, ahora...

—Ahora es menester que también te vayas, ¿entiendes?

Al decir con aire de mandato estas palabras, sintió caer en sus manos una lágrima de los ojos de Concha. Esta, no acostumbrada a tales combates, sentía que le faltaban fuerzas para la lucha.

Aquella gota tibia que rozó la epidermis del viejo trastornó de repente su organismo. Un heroico arranque de enamorado hizo entonces que cogiese a la mujer por la cintura y la atrajera sobre sí.

Concha, sentada nuevamente en las rodillas de su tío, percibió, en medio del llanto entrecortado, la constante emanación que levantaba ráfagas de sensación en sus nervios y notó algo así como el vaho de un nido de pájaros, tibiezas y cariños que desanudaron más aún los lazos de sus lágrimas.

El olor a nido y amor puso en el acto alerta los sentidos de la mujer. Su respiración, que alzaba y deprimía los senos turgentes con agitación soberbia y magnífica, sentía la el viejo cerca de su cuello, y, por una inevitable casualidad de la postura, los pechos altos y redondos rozaban y oprimían su cuerpo a cada compás del ritmo de la vida.

Una gasa roja, como la que se antepone a los ojos en las congestiones violentas, nubló las retinas del viejo, que sentía los golpes de la sangre en las sienas como si la creación entera fuese un espantoso martillo que le porraceara terrible la cabeza.

Fuera de sí, ciego, arrebatado, lio los ansiosos brazos, que temblaban con la epilepsia, al cuerpo palpitante de la mujer, sintió esta enroscarse a sus miembros

toda aquella fuerza salvaje contenida durante tanto tiempo, y el hombre buscó con la boca la entreabierta y roja de ella; puso un colmo de besos en sus labios que rebosaron por los hombros y por el pecho, y, al ceñirla en un más fuerte abrazo ya en la exaltación de la vehemencia, una mano angulosa y terrible, un gatillo de hierro, una tenaza de bronce, cayó sobre el brazo del cortijero, levantó en alto su cuerpo derribando a Concha de sus rodillas, sacudiolo con una fuerza espantosa y alejose la persona dueña de aquella mano, que no era sino Antonia, la cual tomó, como león que va de huida, la cercana dirección de su cuarto...

—Por aquí, Ripepe —dijo en esto la voz cautelosa de Roque, fuera del cortijo, mientras movía una linterna en la mano y quedaban helados de espanto el viejo y la muchacha—; por aquí suelen recogerse y mucho me engaño o vamos a pillarlos en la trampa.

—¿Pegao a la ventana? —preguntó Ripepe poniendo al nivel de la del otro su linterna.

—Sí, pero habla queo.

Los dos llegaron cerca de la reja, oscilando las sombras de sus cuerpos sobre el suelo. En la estancia verificábase un terrible drama sin palabras. Ni el viejo ni la joven se atrevían a pronunciar la más leve.

¿Sería una emboscada la que le preparaban? ¿Osarían exponer a la vergüenza la pasión ilícita de ambos sin respeto a las canas del viejo ni a sus años?

Cuando se persuadieron de que los trabajadores solo iban cazando pájaros con las linternas, deslizose cada cual a su cuarto para evitar un nuevo peligro, sobre los que ya les habían asaltado durante la noche.

Los cazadores, citados desde el anochecer para aquella *batida*, habíanse levantado y dado vuelta a la casa, cogiendo un buen número de aves.

Ya tocaba la cacería a su fin, porque, manchado de claridad azul un lado del mar, empezaban a cerrar su ojo de cíclope las atalayas de la costa, y la alondra hirió con una nota las alturas, haciendo vibrar como un sonoro tímpano los cielos.

XIX

A TODA LUZ

Mientras el tío Sebastián rumiaba tendido en el lecho, a la mañana siguiente, la pasada escena, y cada vez sentía renacer en su pecho mayor recelo y temor ante aquel carácter terrible de Antonia, contra la cual no eran posibles las asechanzas; y Concha, dejando ir por otro lado el pensamiento, sentía aún en la boca, con inefable desvanecimiento de placer, el cosquilleo del bigote del viejo; y la sirvienta, por su parte, con todos los demonios en el cuerpo en vista de la insistencia de los amantes, tomó el camino del cercano pueblo donde la llamaba imprescindible necesidad de hacer por ella algunas compras para la casa (no sin haber dejado antes preparado el almuerzo), Roque y los demás trabajadores hacían un paréntesis en la faena de la pasa para dedicar la atención a la trilla, porque el cortijero sembraba todos los años un puñado de fanegas, para así tener más asegurado el pan de cada día.

Aquella mañana verificábase lo que se llama un *remate de gavillas*. Las últimas que ató en los campos el gavillero llegaron en enorme carreta, y, como es costum-

bre entre la gente del campo, guió Roque la faena de adornar los bueyes con tallos de cañas y clavar también algunos en lo alto de la carga, encima de los cuales tendió cada cual, a guisa de bandera, su faja, y celebraron el feliz remate de la siega.

Al apuntar el sol, el manijero²⁸ tiró el sombrero por alto y entonó el ¡*Santo Dios!* de cada aurora que fue contestado a coro por las voces de la cuadrilla, la cual elevó su oración ante el sublime espectáculo de la naturaleza. Esta ceremonia magnífica que se verificaba a cada amanecer fue ahora más inspirada y conmovedora que nunca, y más impregnada de sentimiento divino y religioso.

Quien oye esta orquesta de voces al salir una serena mañana a los campos y, en medio de la resonancia de las arboledas y del sublime rezo de los manantiales, se penetra de la idea de los trabajadores que antes de poner mano a la tarea aclaman al Dios de cielos y tierras, y ve temblar al mismo tiempo los collares de rocío en las hojas cuyas gotas humean a los tibios rayos del sol, y aspira el aire franco y libre que viene a carrera tendida por las vides, y se entrega en cuerpo y alma a los goces de la naturaleza, no puede por menos de sentir la llegada de las lágrimas a los ojos y de inclinar a tierra la frente ante las grandes maravillas de Dios.

El esquilón cuyas notas de bronce llegan en alas del viento desde el recinto humilde de la aldea, la voz del hombre que entona su copla y llega a los oídos con la indecisión de las ráfagas de música lejana, el andar soñoliento de los bueyes que tienen el profundo reposo de la tierra, el canto de los pájaros que forman ruidos y algazaras en las torres de hojas de los árboles, todo lo que en el campo tiene movimiento, luz o sonido acaba por llenar de inspiración nuestra mente y nos hace recibir la invisible comunión que lava de pecado, que Dios ofrece al hombre en la naturaleza.

A la vista de tanta magnificencia y sentada a descansar en una peña del camino que dominaba toda la extensión de la comarca, quedose Antonia, una hora

después de su salida del cortijo, abismada en los pensamientos que le mordían el cerebro. Y aquella mujer enérgica, que de haber nacido en más elevada esfera hubiese hecho de reina incomparable, ante la cual solo hubiera habido justicia, sin entender, como no entendía, de fenómenos naturales ni ser apta para apreciar las deformidades humanas, echó a volar el pensamiento, impregnado de compasión y misericordia, considerando que hombre tan justo y recto como el cortijero, para quien solo tenían encanto las cosas buenas del mundo, hubiera podido caer en semejante precipicio.

A su manera, fue pensando cómo es de imperfecta el alma humana y cómo, por cada punto de luz que la ilumina, lleva infinitos lunares de sombra. —«Mentira son la justicia, el honor, la virtud»— fue diciendo de esa manera que se habla cuando un reflejo místico enciende el corazón y le hace sobrenadar como arca sagrada por cima de las tempestades del mundo.

Aquel pueblo que miraba a sus pies era el suyo propio, el mismo donde había nacido, el mismo cerca de cuya fuente oyó las primeras palabras de amor de un hombre, para el que todavía, muchos años después de muerto, tenía levantado un indestructible altar en su pecho.

¡Y pensar que en aquellas casas sobre las que lucían como blancas pinceladas de un idilio los bandos de palomas, que bajo aquellos techos sencillos se albergarían acaso la perfidia, la traición, lo imprevisto y monstruoso, innatos a la naturaleza humana...!

Después fuéle el pensamiento hacia la joven, hacia el *Gusano de luz*, que juzgaba, a su manera, como un ser inocente del todo, como una encarnación de la juventud desprovista de toda malicia y dispuesta solo a las vehementes expansiones del amor.

Si ella, Antonia, hubiera nacido hombre, cuerpo a cuerpo y brazo a brazo hubiera arrancado su víctima al enamorado; pero su posición de una parte, dentro de la casa, y su condición de mujer por otra, devolvían la disparada fuerza a su pecho y hacían retroceder el relámpago al punto de partida. Con todo, lucharía, pondría las peras a cuarto al viejo, resistiría hasta no sucumbir, sino siendo arrollada en el combate.

Alzose de la piedra, arrojando un hondo suspiro, y emprendió nuevamente el camino.

A aquella hora, caían en la era, de la engalanada carreta, las gavillas, ya desatado el *cintero* de los haces, y la *bierga*²⁹ echaba los manojos a tierra movida por la robusta e inteligente mano de Miguel.

Al cortijero, sentado después del almuerzo junto a la era bajo el sombrero de los trabajadores, que también habían acabado de almorzar, llenábale el ojo la espléndida faena del verano y, libre por aquel día de la imponente presencia de Antonia, que como él bien decía había llegado a cobrarle respeto, embebecíase en la alegría bulliciosa del cuadro, sintiendo la fuerza de la juventud invadir todos sus miembros lo mismo que si volviera a los floridos años de su vida.

Verdaderamente que el hombre, trocado de viejo en mozo por el amor, sentía los excesos de vida que ya creía idos para siempre, y hasta su cuerpo tomaba la robustez proporcionada a las grandes actividades de su espíritu.

Luego, la balanza que se mecía dentro de su alma, inclinándose ya al deber, ya a la pasión, volcase por completo, tras de fieras y empeñadas luchas, de este lado, y su ser todo, su pensamiento, su vida, corrían como el misterioso polen por el aire a dar nuevos abrazos y a repartir nuevas caricias a la que llenaba por completo sus sentidos.

El día ayudaba también a abrir de par en par los *poros del cuerpo y los del alma* y a solicitar cambios y emociones de amor.

Rendidos los árboles por el sol caliginoso que caía a plomo del cielo, inclinaban sus ramas formando lánguidos pabellones que recordaban posturas de mujeres hermosas y escorzos de cuerpos juveniles.

En los rosales que tenían encerrada en abrazos de flores la vivienda y que colgaban de escalas los muros como si alguien fuera a subir a hablar de amores en las rejas, dábanse entre el follaje sus encendidas bocas las rosas y prolongaban el beso durante las pausas solemnes de la siesta. Mermados los arroyos, enseñaban cenefas blanquecinas donde caía el sol gota a gota como en la copa cae gota a gota el vino reluciente. Los tallos resecos de las veredas, los moños de pitas duras y espinosas que marcaban las lindes de los campos, los juncos que se yerguen con más brío en la siesta a orilla de las fuentes, los arbustos pequeños rendidos por el calor y los rastrojos con intenso *olor a verano* que dejó la hoz como desigual bordado de oro en la tierra, acusaban con una fuerza extraordinaria la sombra, lanzaban batientes enérgicos sobre los campos de los cuales se alzaba un espeso tejido de vapores que el cortijero veía subir a través del espacio mirando el indolente escorzo del paisaje y sintiendo que se exhalaba de sí otro vapor de cuerpo caldeado, otro hálito de fuerza y de vida que se desparramaba como llama invisible por el aire.

Roque guiaba los ferrados caballos en la era, haciéndoles dar vueltas de horario dislocado, y acentuaba la pesada siesta con su copla que salía cantada como por labios untados de opio según lo lánguido y perezoso de su ritmo.

Los ecos llegaban a oídos del viejo semejantes a los distantes de una caravana que va atravesando el desierto.

Luego, el aroma intenso de la paja que saltaba al choque de las bestias en brillantes explosiones de oro, el aleteo de las hojas en las ramas, el insecto que pasaba zumbando su música como si fuese la errante y perdida vibración de una copa y el pío de los pájaros echados en las hojas y dándose el pico entre notas sonoras como besos, sublevaron la naturaleza del hombre y extendieron emociones intensísimas por su cuerpo, que fueron a morir, como siempre, tras de una recia picada, en su cintura.

Dirigió los ojos, trepidando dentro de sí mismo, y con algo de extraño en ellos, al cortijo; púsose en pie *como si lo alzara la misma naturaleza* y dio algunos pasos dentro de la sombra que su cuerpo, en forma de horrendo murciélago, proyectaba.

Alegre y rumoroso con su estruendo de hojas y alegría, movía, en tanto, sus pabellones flotantes la selva de álamos que se alzaba a espaldas de la casa, cerca de la huerta, y un millar de pájaros volaba del arroyo oscuro y cristalino que cruzaba el fondo de la selva a las ramas, zambulléndose de paso en las rientes trenzas del arroyo.

Una vez que viose libre Concha, se deslizó por la puerta falsa de la casa, según tenía por costumbre, y fuese a pasar la ardorosa siesta bajo los álamos.

Nadie podía distraerla en aquel sitio porque rara vez acostumbraba nadie a visitarlo; pero, ahora, ni la gente misma que verificaba sus operaciones en la huerta hubiera sido parte a distraerla, pues, fija en una tenaz idea, miraba con fijeza el agua, dejándose cubrir, efecto del sol pasando por las hojas, de una túnica de lunares de luz que corría como un encaje de oro por su cuerpo.

Al pisar el viejo el cortijo y no hallar en ninguna estancia a la muchacha, escurióse por la misma puerta y tomó la cercana dirección de los álamos.

Los trabajadores entregábanse durante aquellas horas al sueño, excepto Roque que seguía entonando sus canciones de trilla dando interminables vueltas en la era.

Debajo de los cobertizos de hojas y de ramas, escondidos bajo una retama que hacía sonar al aire sus semillas como cascabeles afónicos; bajo los pámpanos de las cepas en que parecía sonreír algo del paisaje griego, soleado y lascivo, dormían los sosegados hombres la siesta, viéndose en sus caras los ramalazos de sangre, por efecto de las malas posturas, y escuchándose los ronquidos del que descuidado descansa y duerme a pierna suelta.

En el cortijo, no oíase otro rumor que el del canario al limpiarse el pico en la varilla, o la llamada de la clueca a sus pollos para enseñarles el perdido grano de cebada.

¡Momento deseado por el cortijero! Su sangre huía aborbotonada por sus venas y se estrellaba en espléndidas rompientes en su cerebro; la pulsación casi impedíale respirar, tal era de violenta.

Procuró dominarse, con todo, y penetró bajo la bóveda de árboles.

El vaho de frescura en medio de aquel día de llamas corrió con la sensación de una ola de nieve por su cuerpo y pareció quererle romper la escala de vértebras por la cintura.

Nunca pasó con tanta rapidez del calor excesivo al frío polar, ni nunca volvió de nuevo y con más presteza al calor. Aquello no era ya hombre dueño de raciocinio, era una pasión, una fuerza.

Al verle llegar, Concha bajó los ojos por pudor y enlazó las manos en su falda entre un montón de florecillas que había estado deshojando.

—¡Hola! ¿Estás aquí? —dijo él rompiendo el silencio, como quien hace un portillo para entrar—, ¿has venido a echar un rato de siesta?

—Tenía mucho calor y busqué este sitio que es más fresco.

—Bien hecho: así como así, a mí me ha pasado lo mismo y he venido también bajo los álamos... ¿Sientes que llegue a distraerte...? —agregó sentándose a su lado y temblando como una sacudida cuerda su cuerpo.

—No, tío; me alegro de que vengas, pero ya ves, puede llegar Antonia...

—Hoy no hay temor ninguno, tontuela —dijo dándole una palmadilla en la cara de un modo como jamás se la había dado, y sintió que le hacía involuntariamente rápida contracción un nervio debajo de uno de los ojos—; hoy ha ido Antonia al pueblo y nadie puede molestarnos.

La nariz del viejo dilataba sus dos ventanillas como caballo lanzado a la carrera y dijérase que venteaba secretas virginidades... Su respiración no recogía aire bastante para su pecho.

En tal situación, ya no pasaba una sola idea por su cerebro.

La inteligencia de la sangre, la pasión, sacudía como ráfaga impetuosa sus nervios y desencajaba sus huesos, un tanto doloridos de placer.

Concha chocó sus ojos con los del hombre y dejó abrirse un puñado de rosas en su tez: el viejo poseía en aquel momento todos los extraordinarios bríos de su juventud.

—Conque... —aquí tuvo el hombre un atragantamiento de esos que forma la emoción, y después de deglutir para deshacerlo—, conque ¿has venido a echar

una siesta? —dijo sin notar que repetía lo mismo que ya había preguntado—. Si quieres... la pasaremos los dos juntos en este sitio.

La intención de las palabras llegó donde debía dentro de Concha, la cual bajó de nuevo los ojos haciendo con la respiración mecerse su agitado pecho.

—¿No querrás irte ahora, tontuela? —añadió a falta de respuesta, cogiéndola en un inmenso abrazo, como si abarcara en él al universo.

Cerca del enlace de las manos del viejo cayó el rostro de la mujer, la cual trató un solo momento de defenderse. Su olfato, que era su peor enemigo, percibió el olor a manos de hombre, a vello recio y salvaje que ella conocía con su ciencia profunda de los olores, y todo subía en onda blanda y tibia hasta su rostro.

Ya no besaba el cortijero; sembraba regueros de besos en la boca de Concha, produciendo los mismos chasquidos que en los nidos hacen los pájaros pequeños.

El bosque empezó a girar delante de los ojos de la joven. Alzándose por cima de todo, sin embargo, mediante un supremo esfuerzo, clamó con aquellas lágrimas que tanto enternecían al cortijero:

—Déjame, déjame o dame palabra de que has de casarte conmigo. Yo quiero ser tuya, pero quiero ser tu mujer.

—Haré lo que quieras, me casaré contigo, te empeño en ello mi palabra; pero ahora déjame que te abrace, que te bese.

La granizada de besos cantaba en los labios de la mujer la canción de fuego del amor. Goteaban los besos como una lluvia sobre ella, y su cuerpo se envolvía en una túnica de alborotados ósculos vibrantes.

El bosque empezó a girar de nuevo ante los ojos de Concha, pero esta vez no pudo ya recobrar el propio dominio.

La selva entera brilló de pronto ante ambos con una luz superior en fuerza a la del sol, inflamose en átomos de oro el ambiente, y el supremo arrebató de pasión resolvióse, ya amortiguada la llama, en el descanso de un beso absolutamente largo y tranquilo...

XX

A LAS ANCAS

La noche fue terrible, singularmente para el viejo que midió con la inteligencia toda la profundidad de su culpa, pero provechosa cuanto a trazar planes que habrían de cumplirse, con los cuales remediar el daño causado.

No sentía tener por esposa a su sobrina, que era buena de alma cuanto puede serlo un espíritu encerrado en cuerpo de mujer; pero temía demasiado el ridículo para no irse con pies de plomo en punto a dar a las gentes la inesperada noticia de su enlace.

Porque esto fue lo que resolvió para quedar bien con su conciencia. No era hombre que diera una palabra y en el acto no tratara de cumplirla. Lo que no veía claro, ni abordable bajo ningún concepto, era pedir a su hermano la muchacha y darle también de paso la noticia estupenda de su enamoramiento. Claro es que para nada tenía que decirle la perfidia cometida con el *Gusano*, puesto que se hallaba dispuesto a remediarla; pero con todo, el acto de coger la pluma —porque él

no iba ni atado a hablar, frente a frente, a su hermano— para decirle que había resuelto casarse y que la contrayente era gustosa en ello lo veía como una montaña, sobre la cual tendría que pasar si quería cumplir como hombre de honor y de conciencia.

Lo hizo así, después que vio que no había otro remedio, y agregaba al final de la carta «que se casaba, que se casaba a escape y corriendo, antes de que fuera a negarle a su hija, para la que deseaba toda su fortuna y a quien dedicaría la mucha o poca vida que le restara». «No vengas, querido Andrés —decía—, ni venga tampoco nadie de la familia: comprendo la diferencia de edad que hay entre Concha y yo, y lo que quiero es que nos casemos sin ostentación alguna, porque ya sabes lo novelera que es la gente y el escándalo que armaría». «Venid, sí, pero pasado algún tiempo, cuando poco a poco se haya ido sabiendo la noticia. Confía en mí, querido Andrés, que tu hija será reina y señora de mi casa, y no habrá de tener en torno suyo más que respetos y cariño. Perdona esta acción de tu hermano y participa mi resolución a la familia. —Tuyo, *Sebastián*».

No hay que decir si llevaría mazazo en el cráneo D. Andrés al leer la carta del viejo y si lo llevaría de igual modo la descuidada madre de Concha; lo que hay que decir es que en una de las mañanas próximas, mañana de domingo, irían el cortijero y su sobrina al pueblo vecino con el pretexto de oír misa, acompañándose de dos trabajadores de su confianza que harían de testigos, y que el casamiento se verificaría a puerta cerrada dentro de la iglesia para no dar pábulo a los vecinos del lugar.

Así, una vez que hubo hecho el propósito, comunicó el viejo su plan a la joven.

Muy de mañana, pues, y pasados los días necesarios para el arreglo de toda clase de papeles, púsose de punta, un domingo, el buen hombre, con algo de extrañeza

por parte de Antonia, que no acostumbraba a verlo madrugar de aquel modo, y mandó a Roque y a otro trabajador que aparejaran las bestias, porque Concha (y alzaba la voz para que esta lo oyera) había manifestado deseos de ir a misa y era preciso que ellos y el viejo la acompañaran.

A decir verdad, Antonia no acogió mal la noticia, menos aún cuando oyó que no irían solos el viejo y la muchacha.

—¿Qué borrico se querrá morir pa que él madrugue tanto y se arranque a ir al pueblo? —rumió *in mente* Antonia, que aún no había desarrugado el ceño desde la noche en que evitó el peligro cerca de la reja—. Si no es que se arrepiente —añadió— de sus malas pasadas, y quié meterse a beato...

Y con estas indecisiones entre cejas, entrore cocina adentro y empezó a remover cacillos y peroles.

—¿Te has olvidado de que vamos hoy a misa? —preguntó el viejo asomando la gaita al cuarto de la joven.

—¿A misa? —dijo ella sin caer al pronto en el ardid.

—Sí, mujer; estás durmiendo todavía.

Y como de pronto cayera en el enredo, clamó con voz de pájaro que se despierta cantando en el nido.

—Sí, sí, no me acordaba, allá voy.

El acento se lo hubiera envidiado la actriz más consumada del mundo, tal es la condición de la mujer, aun siendo tan inocente como Concha.

Vistiose con todo esmero, porque a casarse sabía ella que iban las personas muy engalanadas, y salió a la explanada con los signos del insomnio en el semblante.

Una vez a las ancas del caballo y agarrada con un medio abrazo al viejo, que también, a pesar de sus disgustos, había puesto el *endino* lo más rico y vistoso del arca, como viniera el sol del lado del mar en forma de varillaje de abanico, tiñéronse de fuego las dos figuras hasta el comedio de los cuerpos, y Concha tuvo que poner sobre su rostro abierta la vitela, para enviar a Antonia y a los que se quedaban su saludo.

Los acompañantes echaron uno detrás y otro al costado de la bestia, y empezaron a caminar por la vereda.

Sea que una vez hecha su resolución de remediar la falta y de tomar por esposa a su sobrina, el alma del viejo volcó, como si dijéramos, su carrada de culpa y quedó libre del peso; sea que el aire de la mañana y la perspectiva del paisaje alegraran su vista y su cerebro, o sea simplemente que el verse con una mujer tan hermosa a las ancas, rodeándole para forzar más el argumento, con uno de sus brazos el talle, despertara en él ganas de retozo y de juego, es lo cierto que la risa, que rara vez solía asomar a sus labios, los abrió no bien dejaron a espaldas el cortijo, y comenzó a embromar a la muchacha.

Ella sentía un goce supremo, el goce sublime y puro, en lo posible, que puede caber en una naturaleza sensual, algo a lo helénica, cuando lo espontáneo y desprovisto de artificio atenúa lo feo del pecado.

Pero lo más notable era que ella, que nunca había montado de aquel modo, se pegara con tal arte al cortijero, no pudiéndose achacar la destreza sino a evidente milagro del amor.

Por su parte, él recogía, *reunía*, como dice quien lo entiende, el brioso caballo para que se alcanzara con los brazos al pretal, y hacía trazar al cuello de la bestia un arco gentilísimo, arco como no se ha visto otro igual ni en los caballos del clásico Velázquez.

Bien es verdad que en clase de viejo, y de viejo rico y noble, que no es lo mismo que viejo a secas, el tío Sebastián era de lo más currutaco en llegando la ocasión rodada, y como la ocasión no podía venir más de perilla, desdoblada y desdoblaba, si así se me permite jugar con las palabras, sus facultades de caballista, y entre el brío que había adquirido su cuerpo a causa de las excitaciones del amor, la juventud lozana de ella y la suprema gallardía del caballo, si la vejez había pasado cerca de la pareja, el amor habíale dicho «perdona», y nadie podría tomar a burla que ella fuese colgada a su cintura.

Los sarmientos llenos de pámpanas que remedaban grandes y verdes mariposas parecían querer apartarse para que atravesara la felicidad en forma de enamoras personas.

Había en el aire que respiraban remolinos de átomos de oro, moléculas de luz que vibraban como una sinfonía sin ecos de la tierra, y parecían beber con los ojos en el día, en el sol, en la atmósfera donde se descuajaba el rocío, el aliento de la vida universal que surgía de la naturaleza.

El caballo parecía tener inteligencia de lo que pasaba. Movía los arrogantes brazos terminados en cascos amplios y lustrosos, y los alzaba con gentileza bajo el ancho y robusto pecho, que avanzaba majestuoso, de frente, con potestad serena y magnífica.

Su nariz ampliaba a cada aspiración los cercos por donde entraba zumbando la vida y dejaba exhalar el aire convertido en vaho caliente que llenaba la boca del bruto de caldeadas gotas de vapor.

Las ancas se movían con la armonía de miembros de una escultura viva y hermosa, y, en el haz de crines flotantes, parecido al penacho de espuma de un torrente, la luz formaba brillantes tornasoles y colgaba un velo de rayos y reflejos.

A veces, sujeto de árbol a árbol en medio del camino, tendíase un finísimo hilo de araña a trozos amarillo, a trozos azul, y a trozos violado, y al cortarlo con la soberana cerviz el caballo, la hebra rozaba el rostro de ambas personas que llevábanse instantáneamente la mano a las mejillas para apartar el hilo luminoso.

Roto como un cable de luz, quedábase tendido en el aire, donde se mecía con el lento moverse de la niebla...

De pronto pasó rozando casi sus caras una acelerada riña de mariposas que trazaban trescientos ángulos por minuto. Concha alargó las manos para alcanzarlas y, sin poder coger más que algo de polvo de oro de sus alas, lo miró al sol sobre el color de rosa de sus dedos, y sonrió a los juegos de luz que iban haciendo los insectos.

Había que ver el paisaje infinito, circuido a lo lejos por nubes como cordilleras, con riscos de nieblas en las cimas y prismas que brillaban al sol como sangriento campo de batalla. Los rayos que venían del horizonte atravesaban el toldo de chispas de oro que las mañanas próximas a otoño suelen tender en los aires.

El pueblo adonde iban enseñaba su campanario allá lejos, esfumado entre el golfo de moléculas, y la campana hacía venir su eco en medio de placideces divinas como si fuese la voz de Dios que resonara sobre los campos.

A veces pasaba un pájaro que conducía una carga de sol y colores en las alas, y Concha quedábase mirándolo alejarse y alejarse, hasta que a semejanza de materia que se disuelve en el agua, la distancia lo reducía a un punto levísimo, y por fin se *disolvía* en el espacio.

Llegaron al pueblo a tiempo que salía la gente de misa, y a pie recorrieron la calle que conducía a la iglesia.

Los trabajadores que habían de servir de testigos entraron con el viejo y Concha en el templo, y, después de la confesión de los culpables, adelantó el reducido grupo al altar.

En medio de la ceremonia, las almas de ambos verificaron el puro lavatorio de sus culpas, y bañadas de un reflejo místico quedaron una y otra sujetas al amor, como al cuerpo del pájaro van unidas un ala y otra ala...

XXI

LA CENCERRADA

La noticia, en los primeros días contenida, del casamiento del *exviudo* con flor tan lozana y fresca como Concha rebotó del cauce donde tuviéronla contenida y, como agua derramada desde una eminencia, que ese privilegio tienen las cosas caídas de lo alto, bajó partiéndose en infinitos raudales por la comarca, cantando cada chorro y pregonando cada salto la nueva sorprendente e inesperada.

El viejo, que creía poseer solo en unión de su esposa y dos personas más el secreto, sintió emoción igual a la que sentiría, si teniendo fija una luz delante de los ojos, le interpusieran un cristal profusamente tallado: la luz se multiplicaría hasta lo infinito.

En un solo momento vio reproducida la nueva en profusión de seres que sonreían de esa maliciosa manera que se sonríe en asuntos de amor, y con su buen juicio y mejor experiencia comprendió que no podía librarle poder alguno de la cencerada, así fuera él mucho más santo y noble de lo que era, y así contara con más influencia y más *peluconas*³⁰ de las que poseía.

Sardina enseñada a una pelota de gatos no produjo nunca más regocijo, ni más bulla, ni, por decirlo de una vez, más jolgorio que aquella bomba que estallaba en medio de la comarca, ni tampoco se dispuso más pronto cosa alguna que se dispusieron en todos los cortijos las cencerras usurpándolas a las reatas. Se desempolvaron las latas de petróleo, alcanzáronse de las chimeneas los almireces, sacáronse de las cocinas los cacillos, acaricióse el rabo a las sartenes, echáronse de sus sitios los caracoles, se hicieron porras para dar golpes de bombo a las calderas, requirieronse los platillos de las parrandas, tirose del carrizo de las zambombas y se trajo a retortero cuanto objeto era capaz de música o de ruido, todo coreado por brutales risotadas y horribles contorsiones, como si se tratara de ir a degollar un pelele o a hacer cosa irrisoria parecida.

Roque sentía hormiguillo en todo el cuerpo, y le andaba una zarabanda de diablos en los nervios que le trasponía de placer cada vez que pensaba en que él pudiera también pasarse al enemigo y darle matraca a su amo, haciendo lanzar el *dolón dolón* a una cencerra, y confundirse con la marejada de gente que, no bien se echara encima la noche, bajaría, como lo tenían convenido, por aquellas laderas, levantando espantoso ruido de aquelarre.

Una vez resuelto a pasarse, se disfrazó lo mejor que pudo; metiose en la cuadra, alcanzó de una estaca la cencerra cogiéndole el badajo para que no alborotase y lo denunciara, y traspuso con ella hacia otros lagares, apostándose en el camino hasta que llegara la hora de incorporarse a las filas de los que descendieran.

Era la primera jugada que hacía al santo varón, pero por aquellos días andaba desalentado con el nuevo descalabro que sufrió, en forma de orondas *calabazas*, de parte de Rosario; y ya que no podía hacerse querer de la que le ponía rostro mohíno, tomaba aquella venganza con quien de buenas a primeras llevábase el primer palmito del contorno.

No tardó en cerrar la noche, que era más bien negra que parda: con todo, veíanse manchas de luz plateada en las colinas, y los batimentos de sombra se alargaban pardos y confusos, pero no del todo siniestros.

En medio de ese augusto silencio del campo estaba sumido Roque, cuando un eco lejano, que no era voz mística de campana, sino antes bien de cencerro, vino a *escarbar* levemente en su oído, del cual, como si fuera hilo invisible, tiró y tiró hasta poner al mozo de pie y hacerle llevar toda la potencia de sus sentidos al del oído.

El tropel de diablos que tenía en el cuerpo dio un formidable brinco produciéndole un transporte de alegría: a aquella campanada de aviso, porque a no dudar lo era, puso él en alto su cencerro, dejándola pendiente del brazo, y, dándole con la mano libre al badajo, le arrancó tan llena campanada que, chocando la robusta onda sonora en las hendidas pizarras de las laderas, rebotó y fue a dar en la cima de un monte y de allí corrió sonando y sonando como voz repetida de alerta de pico en pico y de cumbre en cumbre, hasta desvanecerse allí donde se alzaba el más distante cortijo.

No fueron necesarias más señales. Como convenidos de antemano que estaban todos los mozos y sirvientes de los demás lagares, el son de la cencerro halló eco en todas las que había en el contorno, y un lejano *dolón dolón* que al principio fue vago y confuso, pero que luego se acentuó como patear de escuadrón que se acerca, oyose en todos los ámbitos y fue reproducido por todas las peñas, alzándose un terremoto de sonidos como si trepidaran y vacilaran en sus cimientos las montañas.

A buen seguro que las brujas metieron espuela a las escobas al verse venir encima la tormenta, y los duendes echaron a correr por las cordilleras, y hasta el macho cabrío, que haría temblar su perilla sobre algún abismo negro, lanzaría su espurreo de cabra renunciando al aquelarre, porque era noche de sábado, y huiría a esconderse en alguna cueva siniestra.

A poco, ya no eran solo cerraduras las que alborotaban en los picos y atronaban cerros y cañadas: unas voces agudas y metálicas que en aquel monstruoso concierto representaban las altas octavas dejáronse oír lejanas y leves, y fueron paulatinamente acercándose semejantes a tromba de mosquitos que viniera a descargar en la llanura: eran los vocingleros almireces, que repicaban como campanillas de plata en día de gloria y se despepitaban dando original armonía al concierto.

Del fondo de la enmarañada sinfonía resaltaban con eco ronco las sartenes porraceadas por tenazas y punzones, y echaban como *cargas de sombra* a la música, que la hacían grave y espantosa. Los cacillos hablaban como seises en las profundas catedrales y destacaban sus ecos *infantiles* al lado de las tremendas latas de petróleo, que traían a la imaginación la manada de osos hambrientos al correr impetuoso por la llanura.

Los caracoles alargaban el *tirabuzón* de su sonido imitando el bronco oleaje del mar y representaban lo que en el órgano las trompas de batalla; los platillos exhalaban vibración aguda y fastidiosa, que se pegaba al oído como el hilo de nota del mosquito o el *cerdeo* fino y punzante del martillo dando sobre el yunque.

Toda esta intrincada algarabía de trébedes, latas, estrepitosas cerraduras, roncadas y *subterráneas* zambombas, cacillos con vibraciones de rabo al descargarse en ellos el golpe y sartenes que lanzaban su repique al preludiar en ellas los martillos, venía, se acercaba, ya resonando en una cresta coronada de gente que daba alaridos de júbilo, ya subiendo de una cañada como legión de ejército que fuera a tomar por asalto un castillo, y los hombres estrechaban su círculo viniendo de todos lados del horizonte, y el cortijo quedaba encerrado en medio de la monstruosa invasión.

Deshiciéronse los perros en ladridos al sentirse cercados de tan numerosa gente y, no sabiendo a qué punto acudir, dábanse de encontronazos en la carrera y mordiscaban hoscas y terribles las paredes.

La primera impresión del viejo al percibir clara y distinta la cencerrada fue la de terror y al mismo tiempo de vergüenza, al ver cómo el instinto del pueblo y la severa autoridad de las costumbres condenaban lo que iba contra naturaleza, no siendo apto el pueblo mismo para dilucidar y poner en claro el absurdo, digno de estudio en nuestro tiempo, por lo mucho que abraza y que comprende.

Instintivamente echó mano al aire como quien desea coger un objeto para con él clavar puertas y ventanas, y después poner la indiferencia en sus oídos.

Mandó atrancar bien las maderas y echar la llave a las cerraduras y se dispuso a sufrir la atronadora fiesta del ridículo que venían a ofrecerle de todos lados.

Nada decía la muchacha, que desconocía la costumbre, aunque vagamente había oído hablar de ella; pero también sentía vergüenza inexplicable que le encendía el rostro en ráfagas intensas.

Fuera, un espantoso tumulto, un motín semejante al de las insurrecciones populares envolvía en una marejada el cortijo, cerrado a piedra y lodo, y se posesionaba de la explanada, de las tapias que rodeaban el edificio, de los lagares de pisar la uva, del cobertizo de los bueyes que movían, *azollispados*³¹, la cornamenta, y de todo lo que podía servir de mirador cerca de la casa.

Allí estaba montado en una cabezada de toledo el cínico y espantoso Juan Requejo, arriero del cortijo inmediato, con la boca abierta de risa y la cencerra puesta en alto arrancándole su nota grave y pausada; veíase allí al regocijado Periquín, trabajador conocido en la comarca por sus inacabables decires a las mozuelas, para las cuales punteaba primorosamente la guitarra y lanzaba, suspirando, su copla; hacíale compañía el tonto Roncales, dando manotadas al aire, ya que el idiotismo impedíale lanzar palabra, y echaba la risa imbécil como pavo que estornuda su canto; alzábanse en un *rebellín* compadres en desvergüenza y

compañeros en barbarie, dándole a la mandíbula con golpes atronadores de risa y a la lengua con afrentosas chanzonetas; todos, unos dando golpes y martillazos a las sartenes, otros arrancando su plañido a los almoreces, los de aquí soplando en un caracol con fuerza que ponía estallando sus lagrimales, los de allá arrastrando sobre las puntiagudas piedras las latas de petróleo que acabaron por intimidar y hacer huir a los perros, dirigían desde todos los puntos de la casa una lluvia de improperios al recién casado, que allá en sus habitaciones mordíase los labios de rabia y paseábase como fiera enjaulada y furiosa.

En los cortijos que a lo lejos enseñaban sus bocas de luz en la sombra, en las casas de campo que salpicaban el terreno y se extendían como pueblo diseminado por la costa, ladraban furiosos los mastines y daban tironazos a las cuerdas, deseando salir disparados. Toda la gente en diez leguas a la redonda salía a las portadas a oír la enorme cencerrada y a comentar y zaherir los méritos y circunstancias de los esposos.

Tres mortales horas estuvo la matraca dale que dale y ronca que ronca a la puerta de la casa del viejo, y otras tantas estuvo publicándose la noticia a los cuatro vientos; hasta que rendidos los brazos de apalear sartenes y peroles, cansadas las manos de darle a las zambombas, desfallecidos los alientos de introducir aire en los caracoles, desmayadas las bocas de vomitar injurias y amenazas, afónicas las gargantas de lanzar gritos y denuestos, tocó aquella infernal batahola a dispersión y se derramó, semejante a retirada de escuadrones en batalla, por los despeñaderos.

Las cañadas despertaban sus ecos al paso de la imponente fiesta nocturna, mezcla de zambra y aquellarre, y salían las aves disparadas de las frondas dejando cortado su sueño, y las culebras taladraban la hojarasca arrastrándose con fiero silbido, y los lagartos removíanse en sus guaridas de piedra, y el suelo entero retemblaba al rumor de trompas y bocinas.

La invasión diseminose por las laderas subiendo pendientes y repechos, coronó como soldados en días de guerra los picos y las cimas, fue gradualmente alejándose con sus músicas y ruidos a semejanza de los círculos que se abren, y amplían, y desvanecen, en el lago. Vibró la última cencerro en la distancia, vino cabalgando en el viento el eco del postrer caracol, y el silencio echó su piedra pesada sobre los campos, dejando sumida en profundo silencio la comarca.

F I N

NOTAS

- 1** *zarzalear*: hacer ruido como de andar entre hojarasca, papeles, etc.
- 2** *rebellín*: poyo de mampostería
- 3** Alude aquí el autor al pasaje bíblico en el que Eliazar fue enviado por Abrahán a Harán para que le trajera a su hijo una esposa de su raza.
A su llegada, reparó en una fuente en la que unas jóvenes sacaban agua. Invocó a Yahvé para que le fuera indicada aquella a la que había venido a buscar. Fue Rebeca, sobrina de Abrahán, la elegida. Eliazar pidió su mano para el hijo de su señor: Isaac. *Génesis*, 24, 1-54.
- 4** *yelo*: Agua mezclada con azucarillo, miel y clara de huevo
- 5** Hace referencia el autor a la vendeja. A finales de julio o principios de agosto, la capital se veía inundada por reatas y caballerías cargadas de frutos que vender y manufacturar, almacenándose en los locales situados entre la Alameda y el Muelle de Heredia.
- 6** *jabegote*: pescador del litoral malagueño que maneja la jábega
- 7** *violero*: mosquito
- 8** *los fondos del arca*: La ropa mejor y más hermosa que suele vestirse solo en ocasiones muy especiales

- 9** *de layo*: expresión adverbial que indica que algo está entre lo agrio y lo dulce
- 10** Henriette Rosine Bernard, llamada *Sarah Bernhardt*. Famosa actriz francesa, nacida y muerta en París (1844-1923). Cosechó éxitos desde sus primeras actuaciones y fue célebre por su elegancia en escena.
- 11** Ninfa de las fuentes y de los montes en la mitología popular asturiana. Las xanas son espíritus hermosos, vestidos de blanco, de reducido tamaño como los trasgos. El sol las sorprende todos los días al salir de sus escondrijos para tender en las orillas del río las madejas de oro que han hilado, danzando en círculo a su alrededor al son de alegres canciones y sonoras carcajadas, haciendo brotar flores de la hierba cada vez que la huellan con su diminuto pie. Existe la leyenda que afirma que todo aquel que pudiese apoderarse de una flor o de un hilo de sus madejas de oro obtendría la felicidad.
- 12** *a pilla-pilla*: perseguir a uno sin lograr cogerlo
- 13** *galga*: cada una de las cintas cosidas al calzado para sujetarlo a la pierna
- 14** *capellá*: síncopa de *capellada*, puntera de la abarca y de la alpargata espartaña
- 15** *formaleta*: útil que se emplea en la extracción del mosto
- 16** *tajamal*: trozo, pedazo, loncha
- 17** Personaje literario de romances moriscos y obras dramáticas. Fue víctima de un duelo en el que retó a los cristianos al presentarse ante el real de los Reyes Católicos arrastrando de la cola de su caballo un cartel con las palabras *Ave María*. Garcilaso de la Vega fue quien venció y cortó la cabeza del arrogante moro ante los muros de Santa Fe. La provocación de Tarfe fue la respuesta a la llamada *Hazaña del Ave María* protagonizada por Hernán Pérez del Pulgar, quien en 1490 entró en Granada y clavó en la puerta de la mezquita un documento con idénticas palabras. Quería hacer notar que tomaba posesión de ella para consagrarla a la Virgen cuando conquistase la ciudad.
- 18** *peltre*: aleación de cinc, plomo y estaño. Por metonimia, *cuchara*
- 19** *revolaina*: vuelta rápida
- 20** *cola*: residuos de la ensaladilla o del gazpacho, aliñados con aceite
- 21** *camal*: artesa de amasar
- 22** *afrecho*: salvado, cáscara del grano de los cereales
- 23** *jintero*: hintero, mesa para amasar pan

- 24** *jurgonero*: hurgonero, hurgón
- 25** *meter la calda*: introducir en los hornos cierta cantidad de combustible para aumentar de temperatura
- 26** *pellugón*: por metátesis consonántica: pegullón
- 27** *cuchifrito*: cochifrito, lechón asado
- 28** *manijero*: capataz de una cuadrilla de trabajadores del campo
- 29** *bierga*: horca, instrumento para aventar
- 30** *pelucona*: onza de oro, por alusión a la caballera largo del busto en estas monedas
- 31** *azollispado*: excitado



unas palabras sobre

El gusano de luz
y los inicios de un novelista

MARÍA ISABEL JIMÉNEZ MORALES

COLECCIÓN DIAMANTE

Salvador Rueda

CUSANO
de
LUZ



ANTONIO LÓPEZ : EDITOR
RAMBLA DEL CENTRO, 20 : BARCELONA

Salvador Rueda Santos nace el 2 de diciembre de 1857 en Benaque, en plena naturaleza. Tras morir su padre, abandona el pueblo, estableciéndose en Málaga, donde trabaja de los más diversos oficios –mancebo, droguero, tipógrafo, guantero...– y comienza a frecuentar sus ambientes literarios. En torno a 1870 colabora en *El Mediodía*, diario dirigido por Narciso Díaz de Escovar, quien, desde entonces, se convertiría en su mentor y amigo. En 1880 publica en Málaga su primer libro de poesías: *Renglones cortos* y redacta su poema “Arcanos”, que dedica a Gaspar Núñez de Arce y que luego incluirá en su libro *Noventa estrofas*. Dos años después, en 1882, Núñez de Arce, recién nombrado ministro de Ultramar, llama a Rueda a la Corte y lo contrata en *La Gaceta de Madrid*. Así inicia su etapa madrileña, la más brillante de su carrera, que se prolongará casi cuatro

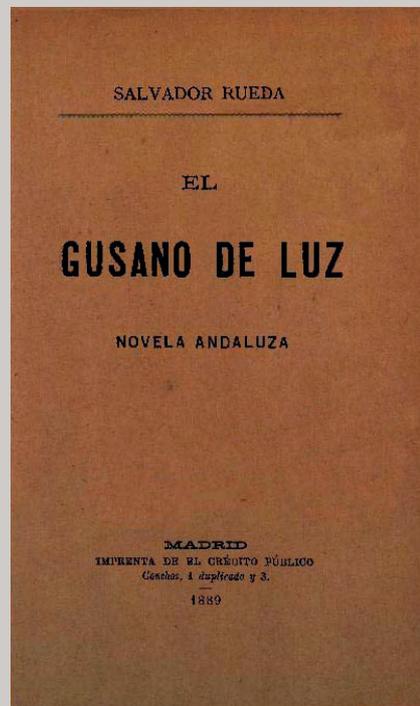
[PÁGINA ANTERIOR]

Retrato de Salvador Rueda, 1909. Archivo de Fotografía Histórica de Canarias. FEDAC/Cabildo de Gran Canaria

Cubierta de la edición de *El gusano de luz* en la Colección Diamante, Barcelona, Antonio López Editor, ca. 1902. Incluía un estudio de Juan Valera.

décadas. Con su ayuda, sigue formándose: le permite el acceso a su biblioteca, le da al joven Rueda continuos y mesurados consejos, al tiempo que lo introduce en los círculos literarios más selectos, donde conoce a Echegaray, Zorrilla, *Clarín*, Sellés, Palacio Valdés, Campoamor...

Poco a poco va abriéndose paso en Madrid y cada vez son más los periódicos y revistas que acogen su firma. *La Gaceta de Madrid*, *El Imparcial*, *El Globo*, *La Diana*... son solo las más destacadas publicaciones. Son años vertiginosos, de fecunda producción. En 1883, aparecen *Noventa estrofas*, *Don Ramiro* y *Cuadros de Andalucía*; en 1886, *El patio andaluz*, recibiendo alabanzas de *Clarín* y, al año siguiente, *El cielo alegre* y *Bajo la parra*, libros con los que adquiere fama de escritor costumbrista. En 1888 escribe *Sinfonía del año*, versos que preludian rasgos modernistas, incluso cercanos a las todavía desconocidas vanguardias, alejados del gusto burgués imperante, que imitaba incesantemente a Bécquer, Campoamor o Núñez de Arce. Pero las críticas adversas de la “oficialidad” le indujeron a enderezar el camino y en *Estrellas errantes*, publicada en 1889, desaparecen las valentías innovadoras de producciones anteriores, sin aminorar ni un ápice su belleza. Es este el mismo año en que publica *El gusano de luz*, su primera novela, e *Himno a la carne*, obras que volvieron a escandalizar a la crítica más puritana. La primera, por ser considerada, en palabras de Pereda, una “novela pornográfica de la peor especie”; y la segunda, por la interpretación de muchos escritores que, como Valera, vieron en el poemario



Portada de la primera edición de *El gusano de luz*, Madrid, 1889.



Tipos andaluces. München, Purger & Co., Photochromikarte nr. 9419, ca. 1910. Biblioteca de Andalucía.

“un canto a la sexualidad, ofensivo a la religiosidad española”. Este y otros juicios adversos asustaron a Rueda y en años sucesivos volvió a la senda del costumbrismo, publicando, en 1890, *Granada y Sevilla*, y *La reja*. 1891 fue el año de *Tanda de valeses*, nuevo libro de género, y de *Cantos de la vendimia*, que acaparó la atención de lectores y crítica. Fue alabado por algunos, pero criticado por muchos, que no apreciaron el espíritu renovador y el tono inusual de aquellos versos, con los que su autor pretendía revolucionar la poesía castellana, tal y como recordaba en 1914 en *Cantando por ambos mundos*. Sin olvidar la redacción de *El secreto*, primera pieza de su repertorio teatral, que nunca representó.

En 1892 aparece su tercera novela: *La gitana*, que pasó inadvertida por el público. Con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América, llega a España Rubén Darío, que ya ha publicado *Azul* (1888). El malagueño se esfuerza por introducirlo en los círculos literarios madrileños, pues ve en él a un compañero en la lucha por la renovación de la poesía española. Darío le corresponde escribiendo un prólogo para *En tropel* (1892). Pero Rueda se deja llevar por las opiniones de sus mentores -en especial de *Clarín*- y se va distanciando del nicaragüense, trocándose la amistad en rivalidad, gracias a una serie de malentendidos que ahondaron en la disputa de quién fue el primer renovador de la lírica hispana.

En 1893 publica *Sinfonía callejera* y *La bacanal*; y al siguiente, José Yxart le encarga *El ritmo* un tratado de teoría poética

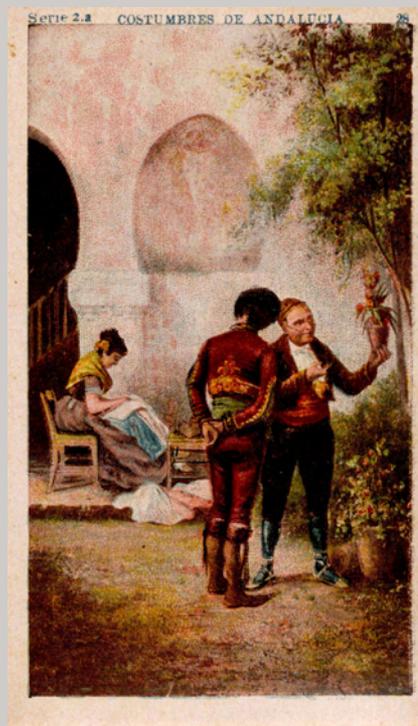


Málaga. Plaza de la Constitución. Tarjeta postal. München, Purger & Co., Photochromikarte nr. 5854, ca. 1920. Biblioteca de Andalucía.

en diez cartas. Sus trabajos literarios se multiplican: *Fornos* (1895), *El bloque* (1896), *Camafeos y Flora* –ambos de 1897–, *El César* (1898). En ellos se aprecia cada vez más el peso de la tradición española, frente a modelos foráneos de vanguardia. En el período de entresiglos, Rueda se halla en los años de mayor plenitud: es respetado por sus colegas, colabora en periódicos de gran tirada, frecuenta los mejores ambientes literarios y comienza a relacionarse con las nuevas generaciones de escritores: Juan Ramón Jiménez, Villaespesa, Pelli-

cer... Entonces, apoyándose en diversos amigos, entre ellos Pérez Galdós, intenta acceder a la Real Academia Española, lo que nunca consiguió. Durante estos años publica *Piedras preciosas* (1900), *El país del sol* (1901), *La musa* (1901), *La cópula* (1906), *Fuente de salud* (1906), *Trompetas de órganos* (1907), *La guitarra* (1907), *Lenguas de fuego* (1908), *La procesión de la Naturaleza* (1908), *Vaso de rocío. (Idilio griego)* (1908), *El salvaje* (1909), *Poema a la mujer* (1910). Son libros reveladores, importantes, pero, en opinión de C. Cuevas, de una estética que no evoluciona en lo esencial.

En 1906, el fallecimiento de su madre le sume en una profunda soledad. Abandona entonces Madrid y marcha a Alicante, donde llega el 22 de abril de 1908, permaneciendo en la Isla de Tabarca, su nuevo paraíso, hasta 1919, de donde partirá para regresar definitivamente a Málaga. España aplaude a Salvador Rueda, pero su mayor apoteosis le llegará de Hispanoamérica, con cinco viajes transoceánicos con los que ganará el título de “Poeta de la Raza”, por su deseo de fraternidad y su mensaje de hispanismo. Publicará entretanto varias antologías poéticas, entre ellas *Cantando por ambos mundos* (1914). Ya tiene sesenta y dos años y ha envejecido como escritor, se siente solo en Madrid y pide su traslado a Málaga, a donde regresará en 1919. Sigue publicando obras como las novelas *Donde Cristo dio las tres voces* (1919), y *La Virgen María* (1920); la pieza teatral *La vocación* (1921) y libros de versos como *El milagro de América. Descubrimiento*



Equivocación. Serie 2ª. Costumbres de Andalucía, 28. Barcelona, Lit. Pujadas y Oliver, ca. 1900. Biblioteca de Andalucía.



Propósito de enmienda. Serie 2ª. Costumbres de Andalucía, 36. Barcelona, Lit. Pujadas y Oliver, ca. 1900. Biblioteca de Andalucía.

y *civilización* (1929), *El poema del beso* (1932) o *Claves y símbolos*, obra póstuma de 1957. En su ciudad natal sigue siendo un referente en lo que a justas, certámenes y concursos se refiere. Cae enfermo en marzo de 1933, muriendo el 1 de abril, a los setenta y seis años de edad.

El gusano de luz, de 1889, marcó el inicio de una nueva faceta literaria en Salvador Rueda: la de novelista; y, en particular, inauguró la etapa de sus novelas andaluzas, insertas en la corriente regionalista, muy cultivada en el último tercio del XIX. Esta tendencia era de ideología conservadora, presentadora de usos, ambientes y costumbres rurales y prolongadora de modelos narrativos decimonónicos.

La primera noticia de esta novela se remonta a septiembre de 1886, lo que denota que el malagueño pensaba desde tiempo atrás dedicarse a la narrativa. Como era habitual en el XIX, publicó buena parte de sus capítulos en la prensa, antes de la aparición del libro. En concreto, en *El Globo* y *El Imparcial* de Madrid, así como en *La Ilustración Ibérica* de Barcelona. Razones crematísticas, sin duda, le movieron a ello; pero también la necesidad de dar a conocer poco a poco su primera novela para ir preparando la opinión del gran público, pues, aun incluyendo grandes dosis de andalucismo y toques costumbristas, con *El gusano de luz* se desviaba del camino iniciado en anteriores obras en prosa. Era consciente de que se adentraba por vez primera en una construcción narrativa extensa, en la que el andalucismo era un mero escenario, un decorado

donde transcurriría una historia no exenta de polémica, que recreaba una nueva versión del tópico del viejo enamorado.

Rueda narra en ella el proceso de enamoramiento que experimentan Concha y su tío Sebastián: ella de quince años y él de más de cincuenta. Concha, la joven protagonista, va a pasar una temporada al cortijo de su tío, en contacto con la naturaleza, pues tiene una salud quebradiza. Allí conocerá a todos sus sirvientes y trabajadores y entrará en contacto con unas costumbres y usos populares que le cautivan. Desde el primer instante, tío y sobrina sentirán, sin saberlo, una atracción mutua que, paulatinamente, se desbordará en una pasión incontrolable. Las leyes del decoro y la moral van contra un amor desigual en edad y casi pecaminoso, por la consanguinidad; pero el amor se alza sobre cualquier escollo, pues Rueda lo concibe como una fuerza natural y cósmica. La trama se desarrolla en un pueblecito de la hoya malagueña, durante los meses de julio y agosto, en la vendimia. La canícula estival que tan bien se refleja en la novela y el poco aplomo de los protagonistas les llevan a cometer faltas monstruosas que solo son redimidas, a posteriori, con el matrimonio.

Salvador Rueda concluyó su novela en Sevilla, en abril de 1888. A lo largo de todo ese año intentó conseguir un prólogo, pues en aquel entonces era habitual encabezar las obras con cartas o prefacios de autores consagrados. El malagueño envió su primera novela, al menos, a Pereda, Valera, *Clarín* y Menéndez Pelayo. Buscaba en ellos su apoyo, el respaldo de



Retrato de Narciso Díaz de Escovar publicado en la revista *La Esfera* (2 de octubre de 1915).



El escritor José María Pereda (en la imagen) calificó *El gusano de luz* como "una novela pornográfica de la peor especie".

un prólogo laudatorio que prestigiase su obra, pues, hasta el momento, su nombre estaba asociado a la poesía y el costumbrismo. A este respecto, es muy esclarecedora la misiva que un humilde Rueda escribe a Menéndez Pelayo en noviembre de 1888 y que debió de tener idéntico cariz en los restantes destinatarios: "ahora se decide mi suerte ante el público, y el apuro y la angustia inmensa en que estoy me hacen distraer un poco su atención con la lectura de mi libro".

Pese a los intentos del joven escritor, *El gusano de luz* se publicó sin prólogo los últimos días de 1888, aunque, por motivos editoriales, apareció en su portada la fecha del siguiente año. Este pequeño disgusto no impidió a Rueda sentirse sumamente satisfecho tras haber vendido toda la edición al célebre librero Fernando Fe y por haber propiciado numerosos comentarios en la prensa del momento: "Por lo pronto hice mi agosto y ocupo hoy todas estas conversaciones literarias", le escribe, exultante, a su amigo Narciso Díaz de Escovar. En efecto, desde diciembre de 1888 a marzo del siguiente año aparecieron numerosas críticas a su novela y, en general, muy positivas. Destacan las de *La República*, *La Monarquía*, *Revista de España*, *El Motín*, *La Ilustración Ibérica*, *Revista Contemporánea*, *El Imparcial*, *La España Moderna*; sin contar noticias más breves que se publicaron en *La Correspondencia de España*, *La Dinastía*, *El País* o *El Día*.

Todos los críticos resaltaban el elevado componente lírico de la novela, las excelentes dotes de su pluma costumbrista y su

adscripción al regionalismo. De este modo, *El gusano de luz* se convertía en un ejemplo más de la pasión que sentía su autor por el colorido de todo lo que pintaba, con especial atención a su tierra andaluza. Colorismo y regionalismo íntimamente imbricados en esta obra que muestra al lector un acervo de escenas de marcado sabor malagueño, que se desarrollan en plena naturaleza, principal fuente inspiradora de la obra literaria del autor: las fiestas en los lagares durante la vendimia, la trilla, la elaboración del gazpacho, las formas de cortejar de los campesinos, la buenaventura, la vendeja, etc., escenas que hoy complacen desde esa lejanía temporal, aunque no afectiva, por su componente pintoresco y emotivo. El campo que retrata es limpio, saludable, vigoroso, poético, fecundo. En la naturaleza, no hay que olvidarlo, junto a la fresca sombra de los álamos, durante la siesta, se consuma el amor de los protagonistas.

Otro aspecto a destacar de esta novela es el de sus contactos con el Naturalismo, orientación artística que tuvo muchos detractores en nuestro país por el extremado realismo, por los ambientes sórdidos y los personajes degenerados que aparecían en la trama, carentes de decisión, movidos por un determinismo social y genético. Muchos de los críticos, salvo en *Revista Contemporánea*, reconocieron “instintos invencibles” en la novela, que imponían “movimientos fatales” en los personajes, haciendo alusión a su fuerte sensualismo, que estalla, sin control, en unos amores desiguales por la edad y de lejanas sugerencias incestuosas.

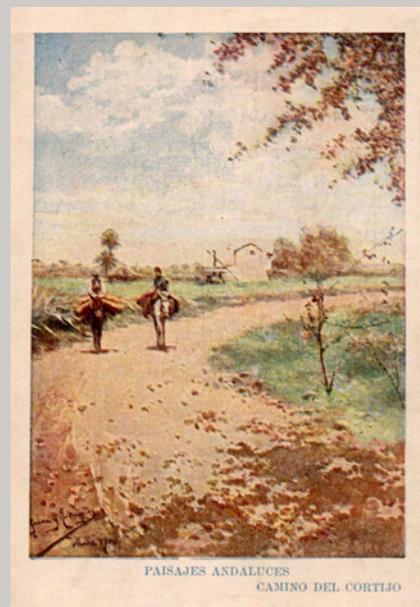


Salvador Rueda (sentado, tercero por la izquierda) junto con otros escritores e intelectuales en el Hotel Quiney's de Las Palmas de Gran Canaria, diciembre de 1909. Archivo de Fotografía Histórica de Canarias. FEDAC/Cabildo de Gran Canaria.

Esta tradición crítica decimonónica conecta con la actual – Cossío, Pattison, Ferreras, López Jiménez-, que continúa incluyendo al autor en la nómina de naturalistas menores. Pero tenemos noticia de estas opiniones antes de que el libro se publicase. En concreto, en las epístolas que Rueda cruzó con esos escritores a quienes solicitó un prólogo. En todas justificaba el expuesto proceder que le había llevado a concebir

y redactar *El gusano de luz* por su afán de verosimilitud: “mi amor a la verdad del modelo me ha impedido descargarlas de color”, le escribía a Menéndez Pelayo. Pereda y Valera respondieron las misivas de Rueda e inmediatamente vincularon su obra al Naturalismo, siendo la contestación del santanderino la más demoledora. Su opinión se cebó en el contenido moral de la novela, pasando por alto sus valores estéticos, conceptos que en la época no eran autónomos. Mostraba su alarma por la desviación de una brillantísima carrera: “Creo que tiene V. sobrados motivos para estar alarmado y febril con la obra”, le escribía en diciembre de 1888. Con unos planteamientos que hoy se considerarían excesivos, Pereda conceptuó *El gusano de luz* de novela pornográfica y la vio impregnada de elementos naturalistas, comparando al malagueño con escritores tan radicales como López Bago. La desilusión que experimentó Pereda –quien conocía muy bien la prosa anterior del malagueño- le llevó incluso a recomendar al novelista que se abstuviese de publicarla.

La opinión que más tuvo que satisfacerle, pese a las críticas implícitas, fue la que Juan Valera publicó en *El Imparcial* (18-marzo-1889); de ahí que la eligiese como pórtico a la segunda edición de *El gusano de luz*. Aunque el cordobés localizó ciertos excesos naturalistas, criticó la escasa profundidad de algunos personajes y apuntó ciertas fallas argumentales de menor importancia, alabó el optimismo de la novela, el estilo –a su juicio, una influencia benéfica del Naturalismo,



Paisajes andaluces. Camino del cortijo. Unión Postal Universal. Colección postales en blanco y negro, n. 1, ca. 1930. Biblioteca de Andalucía

por su copia fiel del natural- y, en definitiva, afirmó ser testigo del nacimiento de un buen novelista.

Las críticas desfavorables de Valera y Pereda y el aparente desinterés de escritores como *Clarín* y Menéndez Pelayo, le llevaron, sin duda, en la segunda edición de *El gusano de luz*, aparecida en la Colección Diamante de Barcelona en 1895, a introducir significativas variantes de autor, que perpetuó en sucesivas reediciones. Todas esas variantes estaban estrechamente relacionadas con el sensualismo y “pornografía” de la novela. Eliminó, por tanto, sintagmas, palabras y párrafos polémicos y difuminó el componente erótico y sensual de Concha y los rasgos deterministas de la obra. Demuestra este cambio la indecisión y titubeos de un novelista incipiente, que se dejó llevar por opiniones ajenas, sin escuchar sus convicciones literarias, y que, si en un principio pudo sentirse



Caserío de un cortijo andaluz. Manuel García Rodríguez, ca. 1910.

halagado por una polémica que le llevó a estar de plena actualidad, a la postre tuvo que aceptar los condicionamientos literarios que implícitamente se le imponían. Sin olvidar su indiscutible calidad, esta es la razón que nos lleva a elegir la primera edición de *El gusano de luz*, la de 1889, para esta *Galería de Lecturas Pendientes*, pues reflejaba de forma espontánea los principios estéticos de un joven Rueda.

Aquellas opiniones desalentadoras no sólo movieron al malagueño a cambiar fragmentos muy concretos de su novela, también lo desviaron de esa moderna trayectoria narrativa por la que había tomado partido cuando escribió *El gusano de luz*. Debido a esos juicios que mellaron sus primeras convicciones literarias, la novela que publica Rueda al año siguiente es *La reja*, ausente de modernidad y de polémica, de ambiente andaluz y costumbrista; sin olvidar que ese mismo año dio a las prensas madrileñas *Granada y Sevilla*, un libro que se articulaba sobre coloristas cuadros de costumbres. Dos años después, en 1892, publicaría una nueva novela: *La gitana*, también de orientación regional.

El nuevo camino que Salvador Rueda había comenzado a recorrer con titubeantes pasos en *El gusano de luz* lo había dejado a un lado para continuar por la senda costumbrista en la que se inició en 1886 con *El patio andaluz*. *La gitana* fue la última novela que publicó en el siglo XIX, transcurriendo un lapso de catorce años hasta su siguiente producción: *La cópula* (1906). La mejor de sus tres novelas andaluzas fue,

Regando sus claveles. Costumbres andaluzas (detalle silueteado). Dresden, Stengel & Co., ca. 1930. Biblioteca de Andalucía.

sin duda, *El gusano de luz*: mereció más estudios críticos, fue objeto de más reediciones y presentó un mayor mestizaje literario, sin olvidar su mejor construcción narrativa, su estilo altamente poético, cuidado y colorista y la habilidad de su autor en el retrato de la ambientación andaluza.

Bibliografía selecta

-CUEVAS, Cristóbal: “Ensayo introductorio. Vida y personalidad”, en Salvador Rueda, *Canciones y poemas. Antología concordada de su obra poética*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 1986, pp. XIX-LXXI.

-“Salvador Rueda y sus relaciones con el Naturalismo (con seis cartas inéditas del poeta)”, *Analecta Malacitana*, nº 10, 2 (1987), pp. 345-368.

-CUEVAS, M^a Rosario: “Salvador Rueda Santos”, en Diccionario de escritores de Málaga y su provincia, C. Cuevas (Dir. y Ed.), Madrid, Castalia, 2002, pp.833-844.

-JIMÉNEZ MORALES, M^a Isabel: “Prólogo”, en Salvador Rueda, *El gusano de luz. Novela andaluza*, Málaga, Arguval, 1997, pp. 13-61.

-“Notas de crítica textual a *El gusano de luz*, de Salvador Rueda”, en *A zaga de tu huella. Homenaje al Prof. Cristóbal Cuevas*, Málaga, Universidad de Málaga, 2005, II, pp. 33-49.



-“Las novelas andaluzas de Salvador Rueda (1889-1892)”, en S. Montesa (ed.) *Salvador Rueda y su época. Autores, géneros y tendencias. Actas del XVIII Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Málaga, Publicaciones Congreso Literatura Española Contemporánea, 2008, pp. 149-183.

-“Los proyectos narrativos de Salvador Rueda: las novelas que nunca escribió”, en S. Crespo Matellán (Coord.), *Teoría y análisis de los discursos literarios. Estudios en homenaje al profesor Ricardo Senabre Sempere*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, pp. 211-217.

Ediciones modernas de sus novelas:

-*El gusano de luz. Novela andaluza*, Málaga, Arguval, 1997. Edición, prólogo y notas de M^a Isabel Jiménez Morales.

-*La cópula*, Madrid, Clan, 2010. Introducción de Antonio A. Gómez Yebra.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2012

“ Cada paso que daba la joven haciendo ejecutar a todos sus miembros de diosa una *melodía sin ecos*, una hermosa *canción de movimientos* en que todo era equilibrado y bello, el ritmo majestuoso del andar, el discurso elocuente de las curvas, lo gallardo del continente y la elegancia de los modales, arrancaba una ovación a todas las fibras del viejo, las cuales, a falta de manos con que aplaudir, quedábanse vibrando largo rato como las golpeadas cuerdas de un instrumento. Con la abierta nariz quedábase recogiendo en el aire el aroma de virgen que ella dejaba como rastro al pasar. ”